



Lazarillo de Tormes

En la España del siglo XVI, un humilde pregonero llamado Lázaro de Tormes escribe una larga carta en la que relata su propia vida. Nacido en un hogar pobre, Lázaro tuvo que abandonar su casa cuando era un niño a fin de ganarse el sustento sirviendo sucesivamente a una serie de amos: un ciego malicioso que le enseñó a golpes la importancia de ser astuto, un clérigo que lo mataba de hambre, un escudero que aparentaba lo que no era, un predicador que estafaba a los feligreses... En conjunto, la vida de Lázaro se nos aparece como una ardua carrera de obstáculos, si bien el personaje la narra con ironía y buen humor, convencido de que sus penurias son agua pasada. Pero, entonces, ¿por qué nos las cuenta? ¿Qué sentido tiene la evocación de un ayer tan doloroso? La respuesta llegará al final de la novela, cuando comprenderemos que Lázaro ha superado la pobreza a costa de aceptar un pacto indignante. El pregonero siente entonces la necesidad de justificarse, y con ese propósito da inicio al relato de su vida, que es una conjugación magistral de humor negro, dilemas morales, hallazgos narrativos y destreza estilística.

A menudo pensamos que el *Lazarillo* es un libro plenamente accesible para los jóvenes. Pero se trata de una impresión engañosa, pues la obra está plagada de dificultades lingüísticas y alusiones culturales que obstaculizan la lectura. Para facilitar el acercamiento a la novela, el escritor Eduardo Alonso ha preparado una rigurosa adaptación que moderniza lo indispensable el lenguaje del *Lazarillo* para que los jóvenes lectores comprendan el texto a la perfección al tiempo que disfrutan con su lectura.

 Vicencs Vives
www.vicensvives.es



 Vicens Vives

Lazarillo de Tormes

Adaptación de EDUARDO ALONSO
Ilustrado por JESÚS GABÁN



Colección dirigida por
Francisco Antón

Lazarillo de Tormes

Adaptación de Eduardo Alonso

Ilustraciones de Jesús Gabán

Introducción
Antonio Rey Hazas

Actividades
Gabriel Casas


Vicens Vives

Primera edición, 2005
 Reimpresiones, 2005, 2005, 2006,
 2006, 2006, 2006, 2007, 2007, 2007, 2008
 2009, 2010, 2011, 2011, 2012, 2013
 Decimoséptima reimpresión, 2014

Depósito Legal: B. 37.205-2011
 ISBN: 978-84-316-8025-1
 Nº de Orden V.V.: HL66

© EDUARDO ALONSO
 Sobre la adaptación.

© JESÚS GABÁN
 Sobre las ilustraciones.

© ANTONIO REY HAZAS
 Sobre la introducción.

© GABRIEL CASAS
 Sobre las actividades.

© EDICIONES VICENS VIVES, S.A.

Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la normativa vigente que lo modifica. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, de reproducción, así como el tratamiento informático. Reservado a favor del Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN.

INTRODUCCIÓN

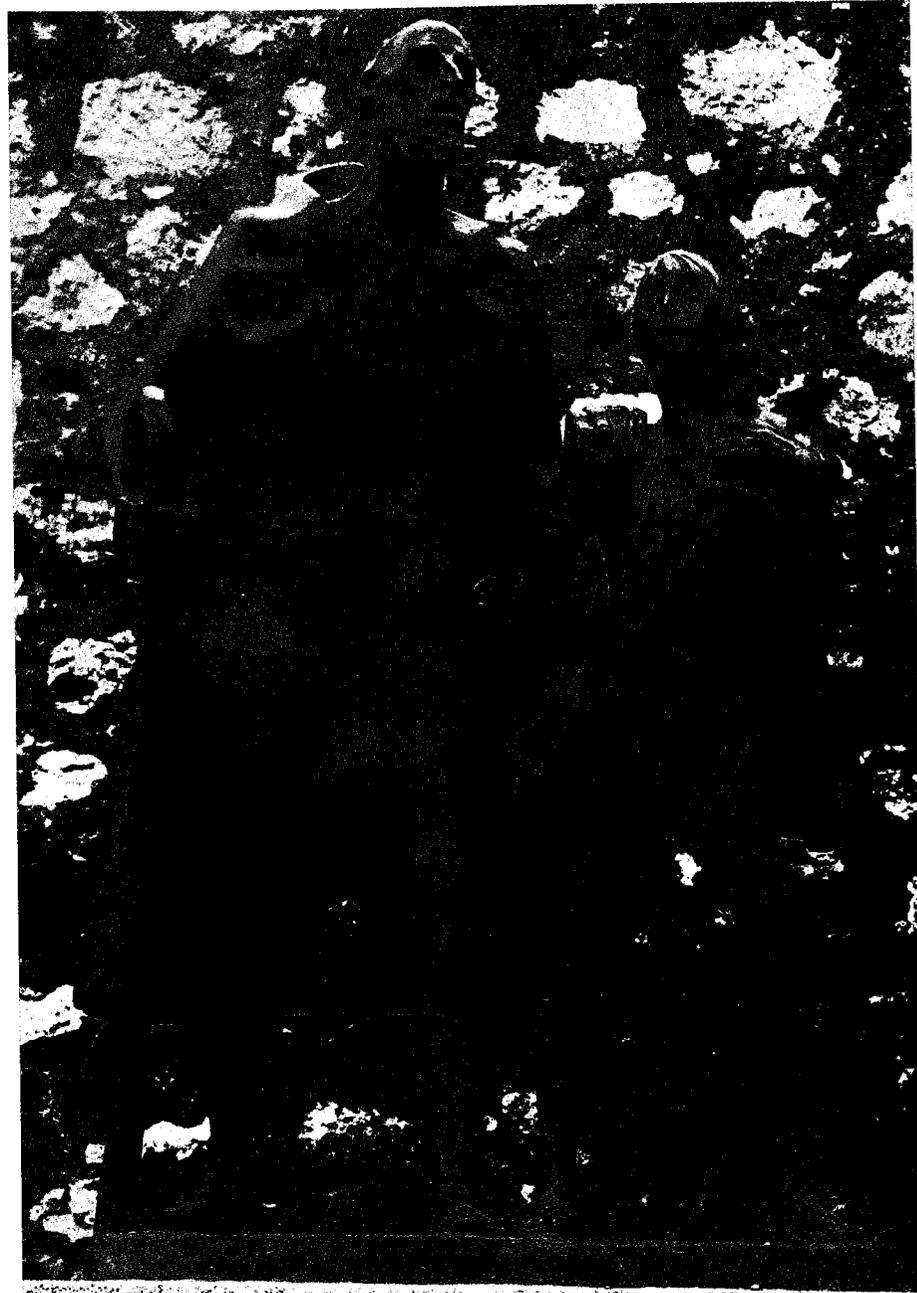
Una novela realista	7
Del folclore a la novela	10
Aprender y medrar	13
Lázaro se justifica	17
Una visión crítica	18
La lengua del <i>Lazarillo</i>	23
Esta adaptación	24

LAZARILLO DE TORMES

Prólogo	27
Lázaro cuenta sus primeros años de vida	30
Lázaro entra al servicio de un clérigo	53
Lo que sucedió a Lázaro con un escudero	77
Lázaro se emplea con un fraile de la Merced	113
Lo que pasó Lázaro con un buldero	114
Lázaro sirve a un capellán	126
De cómo Lázaro llegó a ser pregonero en Toledo	128

ACTIVIDADES

Guía de lectura	135
Temas y personajes	139



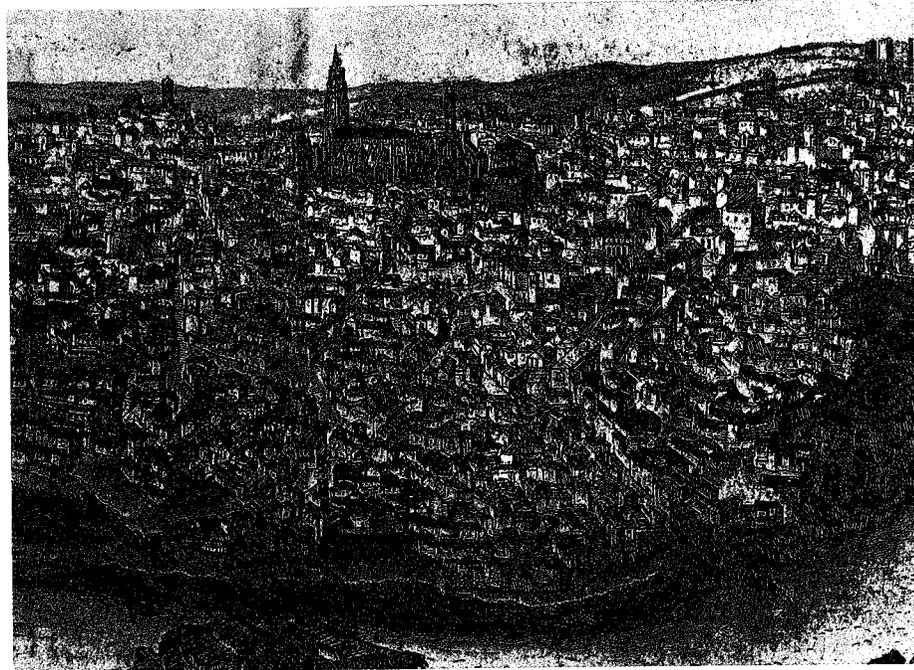
Escultura en bronce de Lazarillo y el ciego (1974), obra del artista salmantino Agustín Casillas.

INTRODUCCIÓN

UNA NOVELA REALISTA

Aunque el lector tiende a menudo a olvidarlo, el *Lazarillo* es una carta. La persona que la escribe es un pregonero llamado Lázaro de Tormes, quien cuenta su propia vida para satisfacer la curiosidad de un conocido al que se dirige con el tratamiento de «Vuestra Merced». Su autobiografía abarca unos veinticinco años y está enmarcada en un **contexto geográfico e histórico** muy **concreto**: el reino de Castilla en la primera mitad del siglo XVI. En la novela se lee, por ejemplo, que el padre de Lázaro murió en la expedición naval “de los Gelves”, una desastrosa aventura militar emprendida en 1510 que pretendía iniciar la conquista de África. Por otro lado, el protagonista concluye su historia justo cuando Carlos V entra victorioso en Toledo a celebrar cortes: debe de referirse al año 1525, cuando el emperador acababa de vencer a los franceses en la batalla de Pavía. Es decir, que el autor refleja en su obra una realidad contemporánea, algo que será muy característico del tipo de ficción que se origina con obras como el *Lazarillo* y el *Quijote*: la llamada novela moderna, que tiene un profundo carácter realista.

Aunque la historia que nos cuenta el *Lazarillo* sucede en las primeras décadas del siglo XVI, la novela se escribió algún tiempo después: en torno a 1550. De hecho, las ediciones más antiguas que conservamos del libro datan de 1554. El *Lazarillo* se publicó **anónimo**, lo que se puede explicar al menos por dos razones. En primer lugar, la novela contenía numerosas críticas a algunos estamentos de la Iglesia, así que era lógico que el autor no la firmase para evitarse represalias. Pero, además, parece que el anonimato tiene razones literarias. Sucede que, a mediados del siglo XVI, se había puesto de moda que algunos escritores publicasen sus cartas persona-



Grabado de la ciudad de Toledo, en la que Lázaro ejerce como pregonero, realizado en 1599.

les, en las que podían relatar chismes, explicar su propia vida o dar a conocer historias reales de sus familiares o vecinos. Así que es posible que el autor del *Lazarillo* ocultase su nombre para que los lectores pensaran que estaban leyendo la autobiografía de una persona real: un tal Lázaro de Tormes que deseaba hacer pública la historia de su vida.

Los lectores podían caer con facilidad en esa trampa por varias razones. En primer término, hay que tener en cuenta que las novelas que se publicaban a mediados del siglo XVI no se parecían en nada al *Lazarillo*: eran libros muy imaginativos que describían reinos lejanos o épocas remotas y que solían tener por protagonistas a personajes de cuna noble y comportamiento refinado. En cambio, el *Lazarillo* narraba la historia de un muchacho de origen humilde, contenía alusiones a personajes históricos tan relevantes como Carlos V y mencionaba poblaciones tan concretas como Salamanca, Maqueda, Torrijos y Almorox. Es decir, que no parecía una ficción, sino un relato verídico. Además, la obra no estaba escrita en el



Puente romano de Salamanca sobre el Tormes, el río en cuya ribera nace Lázaro.

estilo elevado propio de los escritores cultos sino con un lenguaje de apariencia coloquial: el que podía manejar un hombre de condición modesta como Lázaro de Tormes. De modo que era fácil pensar que el *Lazarillo* era la historia de un personaje real. Pero el engaño sólo podía funcionar si el autor publicaba su libro sin su nombre.

Contradiciendo la voluntad del novelista, los historiadores de la literatura han trabajado mucho para identificar al autor del *Lazarillo*. La obra se ha atribuido a Juan de Valdés, Alfonso de Valdés, Sebastián de Orozco y Diego Hurtado de Mendoza entre otros muchos escritores, si bien no hay ninguna prueba concluyente para determinar la **identidad de su autor**. No obstante, la novela da algunas pistas sobre la persona que la escribió. Parece claro, por ejemplo, que el autor era de Toledo o vivía en la ciudad, pues conoce bien la población y sus alrededores. Sin duda era un humanista, es decir, un escritor culto que manejaba con soltura el latín; y es muy probable que fuese fraile o clérigo, pues demuestra una gran familiaridad

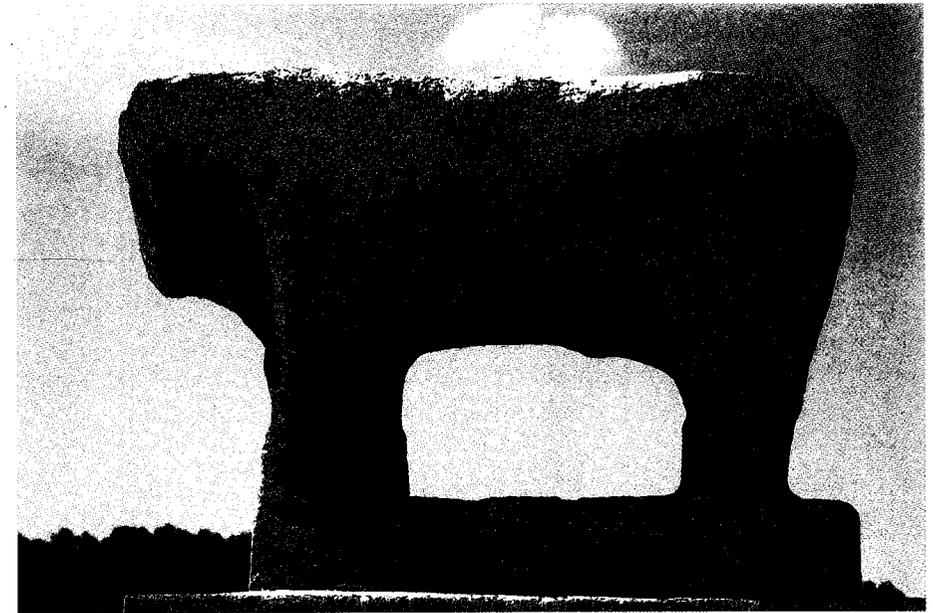
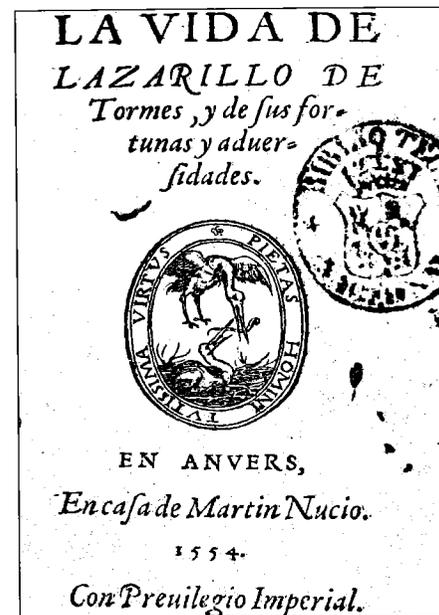


A la izquierda, el «Amadís de Gaula», prototipo de la novela idealista imperante en la España del siglo XVI. A la derecha, portada de la edición del «Lazarillo» publicada en Amberes en 1554.

con la liturgia católica y los Evangelios. Se ha supuesto que pudiera ser un erasmista, pues algunas de las ideas que se expresan en el *Lazarillo* sintonizan bien con el pensamiento de Erasmo de Rotterdam, influyente filósofo que vivió a caballo entre los siglos XV y XVI y que era muy crítico con la corrupción moral que imperaba en buena parte de la Iglesia. Asimismo, se ha especulado con que el creador del *Lazarillo* pudiera ser un converso, es decir, un cristiano descendiente de judíos, ya que pone en cuestión el concepto tradicional de la honra que imperaba en la sociedad española del siglo XVI, algo que hacían con mucha frecuencia los conversos.

Del folclore a la novela

Aunque el *Lazarillo* pueda parecer una autobiografía real, buena parte de los sucesos que relata están basados en materiales de origen literario. De hecho, la novela tiene una estructura muy similar a la de los cuentos folclóricos, en los que es frecuente que el héroe abandone su hogar y comien-



En el capítulo primero, el ciego golpea a Lázaro contra un "toro": se trata del verraco de época celtibérica que aparece en la fotografía, situado a la entrada del puente romano de Salamanca.

ce a vivir aventuras porque ha de conseguir algo que necesita. Tal es el caso de Lázaro, que al haber nacido en una casa donde escasean la ropa y la comida, ha de abandonar a su familia y vivir una sucesión de peripecias mientras intenta satisfacer esas necesidades tan elementales. En los cuentos folclóricos, la aventura del héroe consiste a menudo en superar una serie de pruebas para conseguir lo que anda buscando, y eso mismo es lo que le sucede a Lázaro: en el tratado segundo, por ejemplo, se ve obligado a sortear las continuas dificultades que le opone el clérigo de Maqueda para hacerse con un poco de pan. Además, el autor del *Lazarillo* utiliza fórmulas de construcción que son propias de los cuentos orales, como el tópico del burlador burlado o la composición a partir del número tres. Los tres capítulos iniciales de la novela, por ejemplo, forman una clara unidad, como enseguida veremos.

Por otro lado, buena parte de los sucesos que Lázaro relata como vivencias propias son en verdad anécdotas de origen tradicional, es decir, cuentecillos que la gente en la Edad Media y en el Renacimiento se expli-



El «Lazarillo de Tormes», óleo pintado por el aragonés Francisco de Goya en fecha anterior a 1812.

caba por la calle igual que hoy en día nos contamos chistes. Así, casi todos los lances que le suceden a Lázaro con el ciego pertenecen a la tradición folclórica: el golpe contra el toro de piedra, la ocurrencia de hurtar el vino del jarro con una pajita, el cambio de la longaniza por el nabo... Sin embargo, esas aventuras están tan bien acomodadas en el relato autobiográfico de Lázaro, que parecen creadas a propósito para la novela. Además, el autor eligió a menudo anécdotas entre las cuales pudiera establecer simetrías, tal y como sucede con dos de los cuentecillos folclóricos que aparecen en el primer capítulo: el de la "calabazada" que el ciego le propina a Lázaro contra el toro de Salamanca y el del testarazo del ciego contra un poste de Escalona. Las dos anécdotas existían antes de que el autor del *Lazarillo* las utilizase, pero lo interesante es que cobran un valor nuevo

gracias a la decisión de unir las en un mismo relato, pues sirven para demostrarnos la transformación que ha sufrido Lázaro durante el primer capítulo: el golpe contra el toro prueba su inocencia inicial, mientras que el testarazo del ciego contra el poste de Escalona pone de manifiesto que Lázaro ha dejado de ser un niño ingenuo y se ha convertido en un adolescente malicioso.

Aprender y medrar

En la vida de Lázaro podemos distinguir dos grandes períodos: el **aprendizaje** (capítulos I-III) y el **ascenso social** (capítulos IV-VII). El protagonista de la novela comienza su andadura sirviendo de forma sucesiva a un ciego, un clérigo y un hidalgo, quienes pertenecen respectivamente a los tres estamentos esenciales de la sociedad del siglo XVI: el pueblo, la Iglesia y la nobleza. Pero los tres tienen algo en común: manifiestan grandes defectos morales que los convierten en tutores poco recomendables para un niño. El **ciego** es un hombre sagaz e ingenioso pero profundamente mezquino, rasgos que son habituales en los ciegos que aparecen en los cuentos folclóricos. El **clérigo** de Maqueda, por su parte, es una persona dominada por los pecados de la hipocresía y la avaricia que lleva una vida ruin, mientras que el **escudero** es un hidalgo que intenta ocultar su realidad de hombre arruinado afanándose en simular que es rico.

Tanto el ciego como el clérigo y el escudero son personajes que tienen precedentes en la literatura pero están arraigados al mismo tiempo en la realidad social de la España del siglo XVI. De hecho, en aquella época era muy frecuente que los niños sin hogar entraran al servicio de ciegos, clérigos o nobles, pues la ley les exigía que se pusieran bajo la tutela de un adulto. Asimismo, el caso del hidalgo arruinado que simula riqueza era muy usual en el siglo XVI. Sucedió que, por ser miembros de la nobleza, los hidalgos estaban exentos de pagar impuestos, pero para conservar su título de aristócratas tenían que reunir dos condiciones: no trabajar y ser ricos. Así que muchos hidalgos fingían que tenían un gran patrimonio aunque vivieran en la mayor de las pobrezas a fin de conservar su condición de nobles y no verse obligados a pagar impuestos.

Los tres capítulos iniciales de la novela forman una unidad cuyo núcleo es el hambre. Con cada uno de sus tres primeros amos, Lázaro pasa más necesidad que con el anterior: con el ciego prueba algunos alimentos aunque tenga que valerse del ingenio para conseguirlos, con el clérigo apenas come unas migajas y con el escudero no sólo no recibe comida sino que es Lázaro quien ha de alimentar a su señor. Es decir, que en estos tres capítulos el muchacho vive en una extrema pobreza y ha de recurrir a la mendicidad para subsistir. Pero, al tiempo que sufre, Lázaro vive un proceso de aprendizaje: merced a sus experiencias, abandona su inocencia inicial, comprende que hay que ser avisado para sobrevivir, se hace cargo de que en la sociedad de su tiempo conviene guardar las apariencias y asimila que la nobleza no depende de la posesión de un gran patrimonio sino de la capacidad para fingirse rico.

Tras concluir su proceso de aprendizaje, Lázaro abandona la mendicidad y comienza su ascenso social. En los capítulos cuarto a séptimo, el personaje ya no acepta al primer señor que se le ofrece sino que elige por sí mismo a sus amos, entre los que predominan los religiosos. En el capítulo cuarto, acompaña a un fraile de la Merced inclinado a la lujuria, figura que enlaza con la tradición de los monjes lujuriosos de la literatura medieval. El narrador no nos explica muchas cosas sobre el personaje, pero deja muy claro que lleva una vida licenciosa. Ahora bien, gracias al fraile, Lázaro se calza por vez primera unos zapatos, lo que supone un punto de inflexión en su itinerario hacia una vida menos pobre. Posteriormente, el protagonista de la novela se pone al servicio de un buldero, es decir, de un predicador profesional dedicado a la venta de *bulas* ('privilegios con los cuales una persona puede incumplir excepcionalmente una obligación religiosa, como la de no comer carne los viernes de Cuaresma'). Al igual que sus otros amos, el buldero es un mal ejemplo para el protagonista, pues se dedica a estafar a la gente simulando falsos milagros. El propio Lázaro llega a creer en la ficción creada por el buldero, lo que demuestra la ingenuidad del personaje y su incapacidad para la vida picaresca.

A partir del capítulo sexto, Lázaro se pone a trabajar. Ejerce primero como aguador al servicio de un capellán, quien lo explota laboralmente, pues le da un sueldo tan mísero que, tras cuatro años de ahorrar sin des-

Comiença la vida de Lazarillo de Tormes / z sus fortunas z aduersi/ dades.

Tractado primero. Luenta Lázaro su vida / z cuyo hijo fue.



QUES sepa vuestra merced ante todas cosas que a mí llaman Lázaro d' Tormes / hijo de Thome Bonçalez / z de Antona Perez / naturales de Lejares / aldea de Salamãca. Mí nascimie / to fue d'entro d'el río Tormes / por la qual causa tome el sobrenóbre / z fue desta ma / nera. Mí padre (q' Dios perdone) tenía cargo de pro / ueer vna mollieda de vna hacaña q' esta ribera de aquel río / en la qual fue molinero mas de quinze años: z el / tado mí madre vna noche en la hacaña preñada de mí / tomole el parto z paríome allí / d' manera q' con verdad me puedo dezir nascido en el río. P'ues siendo yo niño de ocho años / achacaron a mí padre ciertas sangrias mal hechas en los costales de los que allí a moler venían / por lo qual fue preso / z confesso / z no nego / z padesció persecucion por justizia. Espero en Dios q' esta en la gloria / pues el euangelio los llama bienaventu /
A.ñ.

Comienzo del primer capítulo o "tratado" de una edición del «Lazarillo de Tormes» impresa en 1620.



En «La vieja frutera» (1619), Diego Velázquez retrata una estampa típica de la vida picaresca.

canso, Lázaro sólo consigue reunir dinero para comprarse ropa vieja. No obstante, en esas prendas usadas que, objetivamente, son tan poco valiosas, se concentra el sentimiento de prosperidad de Lázaro. El mozo cree que ha ascendido en la escala social porque viste prendas dignas de un “hombre de bien”: sayo, jubón, capa y espada. Y aún le parece que da un paso más en el camino hacia el ascenso social cuando comienza a trabajar como pregonero de vinos, oficio que, en verdad, durante el Siglo de Oro se consideraba uno de los más viles y menos honrosos. Gracias a ese trabajo, Lázaro conoce al arcipreste de San Salvador, con quien cree alcanzar “la cumbre de toda buena fortuna”.

Ahora bien, lo lamentable es que Lázaro consigue su bienestar material a costa de su **degradación moral**. Cuando sale de su casa, el personaje es un niño ingenuo y sin malicia. En los tres primeros tratados, se comporta de acuerdo con los valores cristianos y obra como un mendigo ejemplar, pues sólo pide limosna cuando no tiene amo ni dinero, ni alimentos que llevarse a la boca. Incluso da de comer al escudero sin humillarlo, pues lo socorre

antes de que él se rebaje a pedirle comida. En cambio, en los cuatro últimos tratados, Lázaro deja de ser caritativo y se envilece para medrar, hasta el punto de que acepta el trato deshonroso que le ofrece el arcipreste de San Salvador. Sucede que el arcipreste tiene una amante y, como tanto la ley civil como los preceptos de la Iglesia prohibían que los clérigos tuvieran relaciones sexuales, decide buscar una forma de ocultar sus amores. Lo que hace es casar a su amante con Lázaro para que nadie sospeche y seguir acostándose con ella en secreto. Y lo sorprendente es que Lázaro acepta con agrado ese pacto indignante. ¿A qué se debe su actitud? La respuesta nos la da él mismo: porque al lado del arcipreste y de su amante consigue un bienestar material que de otra forma no estaría a su alcance.

Lázaro se justifica

“Yo creo que es bueno que sucesos tan destacados”, dice Lázaro en el prólogo de su autobiografía, “sean conocidos por mucha gente”. De esa manera, nos da a entender que dirige su relato a un amplio público de lectores. Sin embargo, luego sabremos que está escribiendo una carta dirigida a un único individuo. Lázaro no nos dice quién es el destinatario de su carta, pero, como le da el tratamiento respetuoso de “Vuestra Merced”, cabe pensar que es un hombre de nivel social elevado. Sabemos, asimismo, que es el superior del arcipreste de San Salvador, por lo que es probable que se trate de un canónigo o incluso del arzobispo de la catedral de Toledo.

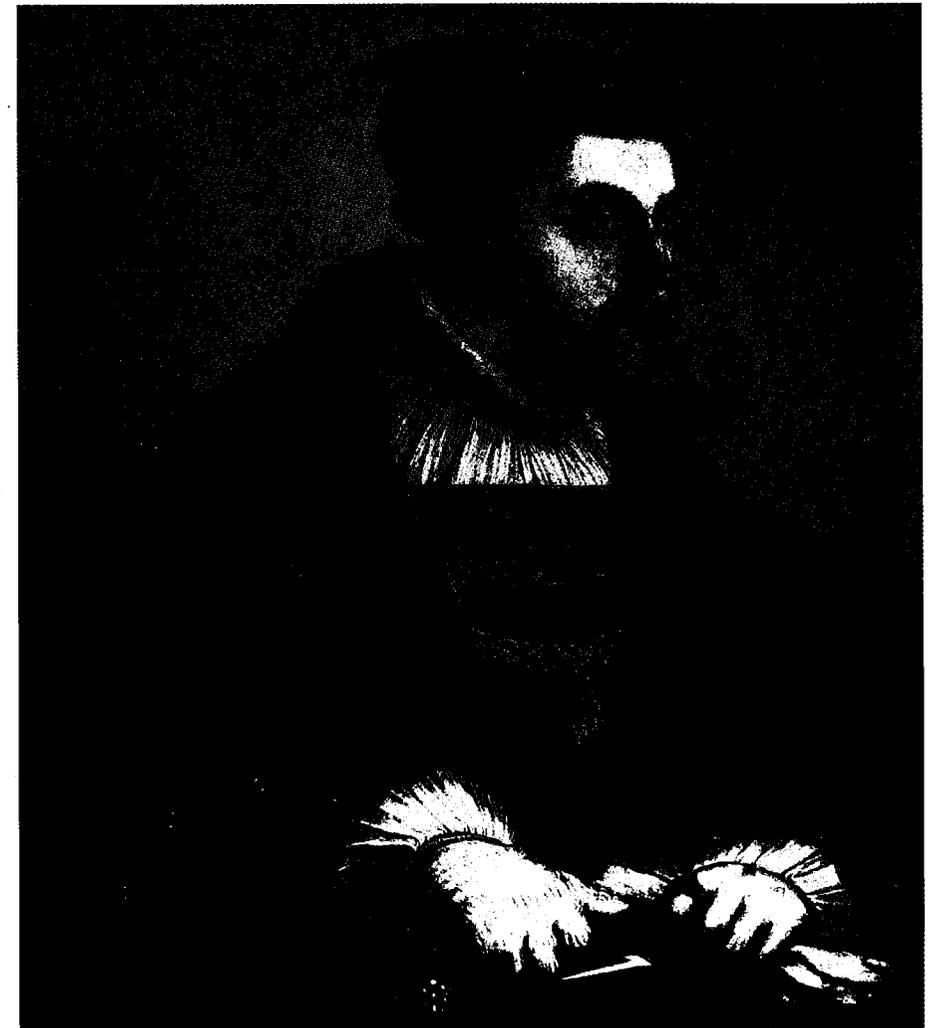
Lo que sí nos queda claro es que ese personaje incógnito le ha escrito a Lázaro pidiéndole explicaciones sobre cierto *caso*. ¿De qué se trata? Ya sabemos que Lázaro ha aceptado un trato deshonroso: verse favorecido por el arcipreste a cambio de contraer matrimonio con su concubina. Por desgracia, esa situación se daba a menudo en el siglo XVI: no eran pocos los clérigos que casaban a sus amantes con un pobre desgraciado para encubrir su lascivia. Así que esa situación no podía sorprender a “Vuestra Merced” ni moverle a pedir explicaciones a Lázaro. Lo que resulta verdaderamente insólito es la actitud que adopta Lázaro frente a su penosa circunstancia: el *caso* es que Lázaro se declara feliz y está convencido de que ha alcanzado la honra, cuando cualquier otro en su misma situación se sentiría profundamente deshonorado. “Vuestra Merced” no comprende esa extraña actitud, así

que le escribe a Lázaro pidiéndole explicaciones, y el pregonero responde narrándole a “Vuestra Merced” su propia vida, porque sabe que en sus experiencias pasadas se encuentra la clave de su actitud presente. Lo que Lázaro nos viene a decir es que se siente “en la cumbre de toda buena fortuna” porque ha superado el hambre y las penurias que le acompañaron en los primeros años de su vida. Y, verdaderamente, se entiende que haya aceptado el trato deshonroso que le propone el arcipreste cuando conocemos el sinfín de sufrimientos que ha padecido el pregonero a lo largo de su vida.

Una de las genialidades del *Lazarillo* es que nos ofrece sin que casi nos demos cuenta dos puntos de vista contrapuestos sobre el mismo caso. Por un lado, nos encontramos con la opinión de Lázaro, quien, si no es un cínico (como nos tememos), está convencido de que ha alcanzado la honra, un don que en la época se consideraba reservado a las personas con un cierto nivel social y económico. Pero también entrevemos el punto de vista de “Vuestra Merced”, quien con toda seguridad opina que Lázaro vive deshonrado y envilecido. De hecho, eso es lo que hubiera pensado todo el mundo en el siglo XVI ante una situación como la de Lázaro: tanto los más conservadores como los más innovadores. Los primeros consideraban que la honra era un privilegio exclusivo de quienes descendían de la aristocracia, así que no estaba al alcance de un simple pregonero. Pero es que tampoco los más innovadores, como los humanistas, aceptarían la honra de Lázaro, pues consideraban que sólo es honrado quien ejerce la virtud, y es evidente que Lázaro no obra de forma virtuosa. Tan sólo hoy en día, cuando el viejo concepto del honor ha desaparecido, es posible que algunos lectores entiendan el punto de vista de Lázaro: es verdad que ha prosperado porque ha pasado de ser un mendigo hambriento a satisfacer todos los días las exigencias de su estómago, vestirse de “hombre de bien”, tener un oficio y una casa e incluso una mujer, aunque sea compartida.

Una visión crítica

El *Lazarillo* puede leerse de dos maneras: como una novela divertida e intrascendente y como un libro profundo y comprometido con la realidad social. El propio autor de la novela era muy consciente de esos dos niveles de lectura, pues en el prólogo dice que “a los que no profundicen tanto” en



El emperador Carlos V, retratado a los treinta y dos años por el pintor Cristoph Amberger.

el contenido de su libro, tal vez “les entretenga”. La carga social del libro se percibe, por ejemplo, en el contraste que se establece entre la España miserable y deshonrada que encarna Lázaro de Tormes y la España ostentosa y triunfal representada por las cortes que preside Carlos V en Toledo: frente al emperador que no conoce la derrota militar y que es dueño de un imperio inmenso que incluye buena parte de Italia, Flandes y América,



El filósofo y erudito Erasmo de Rotterdam (1546-1536) sirvió de consejero al emperador Carlos V, a pesar de lo cual la Iglesia española receló de su razonable apuesta por la purificación del cristianismo.

nos encontramos con la realidad tristísima del hombre que ha tenido que renunciar a su propia dignidad para tener una casa y poder alimentarse. Es decir, que el *Lazarillo* pone sobre el tapete las injusticias de una sociedad en que los ricos gozan de todo tipo de privilegios mientras que los pobres sólo pueden sobrevivir a costa de una lamentable degradación moral.

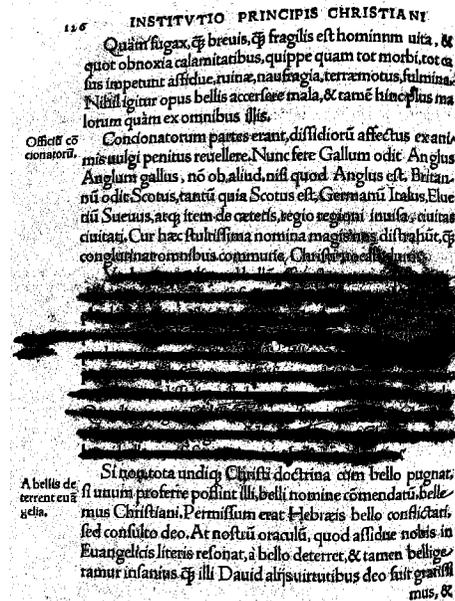
Por otro lado, el *Lazarillo* denuncia con rigor los vicios sociales propios de la España del siglo XVI, pues nos da a entender que la perversión moral de Lázaro es una consecuencia de las malas enseñanzas que el personaje ha recibido de sus amos. El personaje comete el error, por ejemplo, de creer que para tener honra basta con vestir capa y disfrutar de un cierto bienestar material, pero si piensa así es por culpa de lo que le han enseñado el escudero y el arcipreste. Este último, por ejemplo, le insiste a Lázaro en que no debe atender a las murmuraciones sobre el adulterio de su mujer: “no

mires a lo que puedan decir, sino a lo que te toca; quiero decir, a lo que te beneficia”. Y esa es la lección que aplica Lázaro al definirse a sí mismo como un hombre honrado.

Lo más llamativo es que los amos que han pervertido a Lázaro son en su mayoría miembros del clero: un clérigo egoísta y avaricioso, un fraile mercedario mujeriego y tal vez con alguna inclinación homosexual, un buldero que se dedica a estafar al pueblo, un capellán explotador y un arcipreste amancebado que profana el sacramento del matrimonio al utilizarlo para disimular sus vicios. Al ofrecer una imagen tan negativa del clero, la novela está pidiendo una reforma urgente de la Iglesia, idea en que el autor del *Lazarillo* coincide con Erasmo de Rotterdam, quien había denunciado que buena parte de los clérigos no practicaban la caridad ni la auténtica devoción. Erasmo defendía la recuperación del cristianismo primitivo, basado en una religión interiorizada en que lo importante fuese la oración sincera, el examen de conciencia y el ejercicio de la caridad, y no tanto la participación en rituales públicos como las misas y las procesiones. Además, Erasmo criticó la religión milagrera, que es lo mismo que hace el autor del *Lazarillo* cuando nos relata la historia del buldero, quien aprovecha la fe del pueblo en los milagros para cometer un fraude masivo.

Para los erasmistas, la caridad era la principal virtud del cristiano y en el *Lazarillo* se insiste en que, por desgracia, en la sociedad española del siglo XVI casi nadie la practicaba. Significativamente, el propio Lázaro es uno de los que lo hacen, aunque sólo de niño, cuando alimenta al escudero. En cambio, los ricos y los poderosos nunca practican la caridad en la novelita, ni tampoco los religiosos, por lo que el *Lazarillo* deja en el aire una pregunta: ¿es que los sacerdotes no son cristianos? Era una cuestión punzante que no pasó desapercibida para la Inquisición, que en 1559 prohibió la publicación del *Lazarillo*. Es verdad que el libro volvió a imprimirse de nuevo a partir de 1573, pero a partir de entonces llegó a los lectores en una versión censurada de la que se habían eliminado las frases religiosas irreverentes y dos capítulos completos: el del fraile de la Merced y el del buldero.

En el *Lazarillo* se detecta asimismo una crítica al concepto tradicional de la honra. Sucede que, en la España del Siglo de Oro, el honor se había



Durante el Siglo de Oro, el tribunal de la Santa Inquisición veló por el respeto de la ortodoxia católica prohibiendo y censurando libros e incluso condenando a la hoguera a los herejes. A la izquierda, ejemplar censurado de la versión original en latín de la «Educación del príncipe cristiano» (1516), obra en que Erasmo le advertía a Carlos V que cultivase la filosofía para conquistar el bien y convertirse en un perfecto cristiano. A la derecha, dos inculpados por la Inquisición a punto de perecer quemados.

convertido en un sentimiento obsesivo: con tal de mantener su buena reputación, la gente estaba dispuesta a fingir lo que no era e incluso podía llegar a matar. El *Lazarillo* critica con claridad esa obsesión por la honra por medio de la figura del escudero, de quien Lázaro dice: “¡Oh, Señor, cuántos como él debéis tener derramados por el mundo, que padecen por la negra honra lo que no sufrirían por Vos!”. Lo que el narrador nos viene a decir es que los nobles españoles ponen su honra por delante de Dios, lo cual constituye un pecado de soberbia. Además, a través de la figura del escudero se critica un concepto de la honra basado en la *apariencia*: el vestido, el porte, la cortesía, la simulación de riqueza... El propio escudero cuestiona la supuesta superioridad social y moral de la aristocracia, pues denuncia a los caballeros de rango superior al suyo, a los que acusa de fa-

vorecer la hipocresía, el servilismo y la adulación. Es decir, que desautoriza la forma de vida de toda la nobleza. Y es que, frente a la idea de un honor basado en la posesión de dinero, la alta posición social, la pureza racial y la ascendencia aristocrática, el *Lazarillo* nos da a entender que la verdadera honra no es la que se hereda de los padres sino la que se conquista por medio de la virtud y del esfuerzo.

La lengua del «Lazarillo»

El *Lazarillo* es una novela escrita por un autor culto pero narrada por un hombre sin estudios, de ahí que en la obra se perciban dos niveles lingüísticos casi antagónicos. Lázaro nos cuenta su vida en el estilo llano y coloquial propio de quien escribe una carta familiar: utiliza frases hechas y refranes y comete errores como las faltas de concordancia y los anacolutos. Pero al mismo tiempo, hay en la novela ciertas figuras estilísticas que delatan a un autor que conoce bien la lengua y que la trabaja con esmero: *antítesis* (“mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera”), *paradojas* (“dulce y amargo jarro”), *paronomasias* (“al tercer día me vino la terciana”), *bimembraciones* (“al uno de mano besada y al otro de lengua suelta”), *zeugmas*, *elipsis*...

Pero sin duda la figura retórica que resulta más significativa por la asiduidad con que se utiliza y por la relación que mantiene con los temas principales de la novela es la *disemia*, que consiste en emplear frases con doble sentido. Sucede a menudo, por ejemplo, que Lázaro emplea una expresión con un determinado significado aunque el autor nos esté invitando a que le atribuyamos otro. Así, cuando el narrador dice que “ven a mi mujer irle a *hacer la cama*” al arcipreste, el lector va más allá del sentido literal de esa expresión, pues entiende que la mujer de Lázaro no se limita a ordenar y asear la cama del arcipreste, sino que se acuesta con él. Es decir, que el *Lazarillo* aprovecha la ambigüedad como un recurso estilístico habitual, y eso es consecuente con la dualidad que preside toda la obra. Y es que en la novela casi todas las cosas tienen dos caras: el autor nos cuenta una vida que parece verídica pero es ficticia, nos explica una serie de anécdotas que parecen triviales pero que exigen una lectura trascendente, pre-

INTRODUCCIÓN

senta el caso de un hombre que se cree honrado pero no lo es, describe a un escudero que parece rico pero vive en la ruina, nos presenta un milagro que no es más que una farsa, utiliza un estilo con rasgos coloquiales pero que oculta a un escritor culto... Todo en el *Lazarillo*, por lo tanto, incide en una misma idea: que las cosas no siempre son lo que parecen y que toda experiencia humana puede contemplarse desde múltiples perspectivas y merecer juicios diversos.

Antonio Rey Hazas

ESTA ADAPTACIÓN

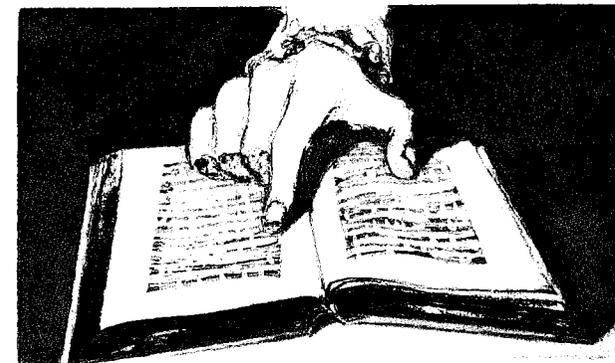
A menudo hemos pensado que el *Lazarillo* es un libro de fácil comprensión, pero la lectura atenta de multitud de pasajes bastaría para cuestionar esa falsa creencia. Prueba de ello es que todas las ediciones escolares requieren una anotación exhaustiva para aclarar un arcaísmo, un giro intrincado, la retórica que esconde una sutil ironía o un dato sociológico. Lo habitual es que la página se componga de unas pocas líneas de texto original y extensas notas de letra liliputiense, tan eruditas a veces como incomprensibles.

Para remediar esos obstáculos, se propone aquí una adaptación cuyo criterio fundamental es ofrecer un texto completo, tan literal y fiel como sea posible, pero tan actual como sea necesario, con el fin de facilitar la lectura comprensible y placentera. En esta versión no falta nada, está todo el *Lazarillo*, ce por be y frase por frase. Pero hemos procurado con toque delicado actualizar la escritura y hacer más sencillas las oraciones más intrincadas. ¿Qué tal suena este *Lazarillo*? Nos parece que conserva el "retrogusto" sonoro y rítmico del original. La cuidada presentación y las numerosas ilustraciones han de contribuir a facilitar la lectura provechosa y gozosa de un libro conmovedor que nos propone una experiencia vital inolvidable.

Eduardo Alonso

LAZARILLO DE TORMES





Prólogo

Yo creo que es bueno que sucesos tan destacados, y quizás nunca oídos ni vistos,¹ sean conocidos por mucha gente para que no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que a algunos lectores les enseñen algo y, a los que no profundicen tanto, les entretengan. A propósito de esto dice Plinio que «no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena»;² sobre todo si consideramos que no todo el mundo tiene los mismos gustos, pues lo que uno no come, otro lo desea, y lo que unos no aprecian, otros lo estiman. Por ello, no se debería menospreciar ninguna historia, a menos que sea muy detestable. Al contrario, debería comunicarse a todos, especialmente si no causa perjuicio y si de ella se puede sacar algún fruto. Porque, si no fuese así, muy pocos escribirían para sí mismos, pues escribir cuesta trabajo, y ya que se lo toman, los escritores quieren ser recompensados, no con dinero, sino con que la gente lea sus obras y se las alaben, si

1 El narrador se refiere a los sucesos que va a relatar en su historia.

2 El escritor latino del siglo I Plinio el Joven atribuye a su tío Plinio el Viejo esta frase, con la que se pretendía atraer el interés del lector por el libro que tenía en sus manos.



hay motivo para ello. A este propósito, dice Cicerón: «La honra cría las artes».³

¿Alguien piensa que el soldado que sube el primero por la escalera para asaltar un castillo es el que más aborrece la vida? Desde luego que no, pues lo que en verdad le lleva a ponerse en peligro es el deseo de alabanza. Lo mismo pasa en las artes y las letras. Hay predicadores muy buenos y que desean el bien de las almas, pero pregúntenle a alguno de ellos si le desagrada que le

³ Es decir, 'la búsqueda del honor es lo que mueve a los artistas'. Marco Tulio Cicerón fue un famoso escritor y orador romano del siglo I.

digan: «¡Oh, qué maravillosamente ha predicado Vuestra Reverencia!». Supongamos que el señor don Fulano lucha muy mal en un torneo, pero un truhán⁴ le alaba diciéndole que ha manejado la lanza con mucha destreza: ¿acaso no le regalará algún jubón?⁵ Y, de haber sido verdad, ¿qué no le hubiese dado?

Y así va todo. Yo confieso que no soy más santo que mis vecinos, y que esta obra, escrita en estilo vulgar, no es gran cosa. Pero no me pesará si consigue divertir a los que encuentren en ella algo de su gusto, y que adviertan cómo puede sobrevivir un hombre expuesto a tantas desgracias, peligros y adversidades.

Suplico a Vuestra Merced reciba este pobre trabajo de quien desearía hacerle más rico, si pudiera. Y pues Vuestra Merced me ruega que le escriba y relate mi caso muy por extenso, me pareció conveniente empezarlo desde el principio, para que se tenga noticia completa de mi persona,⁶ pero también para que los que son nobles y ricos por herencia consideren qué poco se les debe, pues la Fortuna⁷ fue con ellos parcial; en cambio, cuánto más mérito tienen los que, con la suerte en contra, pero remando con fuerza y maña, llegaron a buen puerto.

⁴ *truhán*: bufón, individuo que entretenía a los reyes o nobles con sus burlas.

⁵ *jubón*: 'prenda de vestir antigua que cubría desde los hombros hasta la cintura'. Era costumbre que los señores premiaran a sus criados con prendas de vestir ya usadas.

⁶ El *Lazarillo* es en realidad una carta que el protagonista de la obra, Lázaro de Tormes, escribe a un señor para responderle a una petición que éste le ha hecho. Este señor, al que el narrador trata de *Vuestra Merced*, desea que Lázaro le explique por *extenso* ('con detalle') el *caso* ('el asunto'), que puede referirse tanto a la situación de relativo bienestar material que el protagonista ha alcanzado, como, y más probablemente, al rumor de que la mujer de Lázaro mantiene relaciones con el sacerdote al que sirve.

⁷ *Fortuna*: la suerte, el destino.



Yo, aunque entonces era muy crío, reparé en la palabra que había empleado mi hermanico y me dije: «¡Cuántos hay en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!».

El mayordomo del Comendador acabó enterándose de la relación de mi madre con Zaide y, tras unas averiguaciones, descubrió que mi padrastro hurtaba la cuarta parte de la cebada que se le entregaba para los caballos. También descubrió que faltaba salvado⁸ y leña, y que Zaide fingía la pérdida de paños, mantas y cepillos de limpiar las bestias. Cuando no tenía otra cosa, Zaide llegaba incluso a quitarles las herraduras a los caballos, y con la venta de todo aquello ayudaba a mi madre a criar a mi hermanico. Si no nos sorprende que un clérigo o un fraile hurten a los pobres de la parroquia o al convento para mantener a sus devotas y a su descendencia,⁹ cómo ha de extrañarnos que a un pobre esclavo el amor le animara a hacer lo mismo.

8 *salvado*: cáscara del grano de los cereales desmenuzado por la molienda y que se utiliza como alimento para los animales.

9 Lázaro emplea la palabra *devotas* con el doble sentido de 'mujeres piadosas' y 'amantes', con las que afirma que algunos clérigos o frailes tenían hijos (*descendencia*) y los mantenían. De ahí que Lázaro compare a los religiosos con su padre.

En fin, se probaron todos los hurtos que acabo de decir y algunos más, porque a mí me hicieron preguntas con amenazas, y yo, como era un niño, descubrí por miedo todo lo que sabía. Hasta llegué a contar que, por mandato de mi madre, yo había vendido unas herraduras a un herrero. Al pobre de mi padrastro lo azotaron y le echaron gotas de tocino derretido en las heridas.¹⁰ A mi madre la justicia le puso la pena habitual de cien azotes¹¹ y le prohibió entrar en casa del Comendador y acoger en la suya al castigado Zaide.

Para no echarlo todo a perder, la pobre sacó fuerzas de flaqueza y cumplió la sentencia. Y para evitar nuevos peligros y apartarse de las malas lenguas, se fue a servir al mesón «La Solana». Y allí, sufriendo mil contrariedades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y yo me hice un buen mozuelo. Iba a buscar para los huéspedes vino, velas y todo lo que me mandaban.

En este tiempo llegó al mesón un ciego, el cual, creyendo que yo serviría para guiarle, me pidió a mi madre. Mi madre me entregó a él, rogándole que me tratase bien y que mirase por mí, puesto que era huérfano. Le dijo también que yo era hijo de un buen hombre que había muerto en la batalla de los Gelves en defensa de la fe cristiana,¹² y que confiaba en Dios que no saldría peor hombre que mi padre. El ciego le respondió que me recibía no por mozo, sino por hijo, y que cuidaría de mí. Así fue como entré a servir a mi nuevo y viejo amo.

10 El castigo que describe Lázaro es el que se aplicaba en la época a los mozos de mula que robaban cebada de las caballerizas.

11 Cien azotes era la pena con que se castigaba a las mujeres que vivían con hombres que no eran de religión cristiana.

12 La batalla de los Gelves (nombre dado por los españoles a la isla tunecina de Djerba) se libró en 1510 entre una expedición naval española y los turcos.

Permanecemos en Salamanca algunos días, pero como a mi amo le pareció que no sacaba muchas ganancias, decidió irse de allí. Antes de partir, yo fui a despedirme de mi madre. Lloramos los dos, y mi madre me dio su bendición y dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura ser bueno, y que Dios te guíe. Te he criado y te he puesto con buen amo. Válete por ti mismo.

Me separé de ella y me fui con mi amo, que me estaba esperando.

Salimos de Salamanca y, al llegar a la entrada del puente que cruza el Tormes, hay un animal de piedra que tiene forma de toro. El ciego me mandó acercarme al animal y, cuando llegué junto a él, me dijo:

—Lázaro, acerca el oído a este toro, y oirás gran ruido dentro de él.

Yo así lo hice, creyendo ingenuamente que era verdad. Pero cuando el ciego sintió que tenía la cabeza junto a la piedra, afirmó recio la mano y me dio tan gran calabazada¹³ en el maldito toro, que el dolor de la cornada me duró más de tres días.

Entonces me dijo:

—Tonto, aprende, que el mozo del ciego tiene que saber un punto más que el diablo.

Y se rió mucho de la burla.

Yo creo que en aquel instante perdí la inocencia y desperté de la simpleza en que, como niño que era, estaba dormido. Así que me dije: «El ciego tiene razón. Me conviene abrir los ojos y estar alerta, porque estoy solo y tengo que pensar cómo valerme por mí mismo».

¹³ *calabazada*: golpe dado en la cabeza, a la que se llamaba vulgarmente *calabaza*.



Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días el ciego me enseñó la jerigonza.¹⁴ Vio que yo tenía buen ingenio, y eso le divertía mucho. Y me decía:

—Lázaro, yo no te puedo dar ni oro ni plata, pero te daré muchos consejos para sobrevivir.

Y así fue, porque, después de Dios, él me dio la vida, y, siendo ciego, me alumbró y me adiestró¹⁵ en la carrera de vivir.

Me entretengo contándole a Vuestra Merced estas niñerías para darle a entender cuánta virtud hay en los hombres que saben subir siendo bajos, y cuánto vicio en los que se permiten bajar siendo altos.¹⁶

¹⁴ *jerigonza*: lenguaje o jerga que empleaban los ciegos y los maleantes para hablar entre sí y no ser entendidos por los demás.

¹⁵ *adiestrar*: llevar a un ciego de la *diestra* (la mano derecha) para guiarlo; enseñar.

¹⁶ Lázaro sostiene que ascender en la escala social partiendo de una posición humilde es una virtud, y, en cambio, bajar de categoría es un grave defecto.

Volviendo al bueno de mi ciego, voy a contar sus cosas. Sepa Vuestra Merced que desde que Dios hizo el mundo, no hubo nadie más astuto ni más sagaz que él. En su oficio era un águila.¹⁷ Sabía de memoria ciento y pico oraciones, y las decía con tono bajo, reposado y tan sonoro que resonaban en toda la iglesia donde rezaba.¹⁸ Y las decía con el rostro humilde y devoto, sin hacer gestos ni muecas con la boca y los ojos, como suelen hacer otros ciegos. Además de esto, tenía otras mil formas y maneras de sacar dinero. Sabía oraciones para muchos y muy diversos efectos: para las mujeres que no parían, para las que estaban de parto y para las malcasadas, con el fin de que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas sobre si traían un hijo o una hija. Y en cuanto a medicina, me decía que Galeno¹⁹ no sabía ni la mitad que él para curar el dolor de muelas, los desmayos o los males de la matriz. En fin, que en cuanto alguien le decía que sufría algún padecimiento, en seguida le decía mi amo:

—Haced esto, o esto otro, o coged tal yerba, o tomad esta raíz...

Así que todo el mundo andaba detrás de él, especialmente las mujeres, que se creían todo lo que les decía. Con estas artes²⁰ sacaba de las mujeres gran beneficio, y ganaba él más en un mes que cien ciegos en un año.

Pero también quiero que sepa Vuestra Merced que, a pesar de lo mucho que ganaba, jamás he visto un hombre tan avariento y mezquino.²¹ A mí me mataba de hambre, pues no me daba de co-

17 *sagaz*: listo, avisado; *un águila*: persona perspicaz y de vista penetrante.

18 A cambio de una limosna, los ciegos solían rezar oraciones o recitar romances acompañados de una guitarra.

19 Galeno fue un famoso médico griego del siglo II, cuya ciencia constituyó la base de todo el conocimiento sobre la medicina hasta el siglo XVII.

20 *artes*: habilidades.

21 *mezquino*: ruín, miserable.



mer ni la mitad de lo necesario. Digo la verdad: si no hubiera aprendido a arreglármelas con mi sutileza y buenas mañas, habría muerto de hambre muchas veces. Pero, a pesar de todo su saber y de toda su cautela, yo le rapiñaba de tal manera que siempre, o casi siempre, le sacaba lo mejor. Para lograrlo, le hacía trampas endiabladas. Os contaré algunas, aunque no de todas salí bien librado.

El ciego traía el pan y todas las cosas en un fardel²² de lona que se cerraba por la boca con una argolla de hierro, un candado y su llave. Cuando metía en él las cosas y las sacaba, estaba tan vigilante y llevaba tan bien la cuenta, que no había hombre en el mundo capaz de quitarle una migaja. Yo tomaba las miserias que él me daba y las despachaba de un bocado. Pero en cuanto él cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaría ocupado en otras cosas, yo descosía una costura lateral del saco, «sangraba» el avariento fardel, sacaba muy buenos pedazos de pan, torreznos, una longaniza..., y luego volvía a coserlo. Más tarde buscaba la ocasión, no de repetir el engaño, sino de remediar la endiablada escasez a que el mal ciego me tenía sometido.

Todo el dinero que podía sisar²³ y hurtar al ciego, lo traía en monedas de media blanca.²⁴ Como él carecía de vista, cuando le mandaban rezar y le tiraban una blanca, apenas hacía el gesto de entregársela el que se la daba, cuando yo ya lo había atrapado al vuelo, me la había metido en la boca y le había dado el cambiazco por media blanca al ciego. Y eso que él tendía la mano muy rápi-

22 *fardel*: saco que llevaban los pobres o los pastores y en donde guardaban la comida y otras cosas.

23 *sisar*: robar pequeñas cantidades de dinero.

24 La *media blanca* era una moneda de muy escaso valor; dos *medias* equivalían a una *blanca*, y dos blancas a un *maravedí*.

do. Al tacto se daba cuenta de que la moneda no era una blanca entera, sino media, y el mal ciego se me quejaba, diciendo:

—¿Qué diablos es esto, Lázaro? Desde que estás conmigo sólo me dan medias blancas, y antes me daban una blanca y muchas veces un maravedí. Tú debes ser el culpable de esta desdicha.

Me tenía mandado que en cuanto se fuera el que le mandaba rezar una oración, le tirase de la capa. Yo así lo hacía y él entonces dejaba la oración sin acabar. Luego volvía a dar voces, diciendo:

—¿Mandan rezar tal y tal oración?

Cuando comíamos, ponía a su lado un jarrillo de vino. Yo lo agarraba y, a toda prisa, le daba un par de besos callados²⁵ y volvía a dejarlo en su sitio. Pero esto me duró poco, pues por los tragos se dio cuenta de la falta de vino, y desde entonces no sólo no desamparaba el jarro, sino que lo tenía bien agarrado por el asa. Pero no había imán que atrajese tanto como yo atraía al vino con



25 Esto es, 'dos traguitos'.

una larga paja de centeno que había preparado con ese propósito. Metía la paja por la boca del jarro y chupaba el vino y dejaba al ciego a buenas noches.²⁶ Sin embargo, como el traidor de mi amo era tan astuto, creo que me sintió, y a partir de entonces colocaba el jarro entre las piernas y lo tapaba con la mano. De esta manera estaba seguro de que no le faltaba el vino. Pero como yo estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni me valía de nada, decidí hacer en el suelo del jarro una fuentecilla y un agujero fino, y taparlo delicadamente con una tortita de cera muy delgada. A la hora de comer, yo fingía tener frío y me metía entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos. Entonces, al calor de las llamas se derretía la cera, porque era muy poca, y comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo ponía de tal manera que maldita la gota que se perdía. Cuando el pobrecillo iba a beber y no hallaba nada de vino en el jarro, se sorprendía, maldecía y daba al diablo el jarro y el vino, porque no sabía qué había pasado.

—No diréis, tío,²⁷ que os lo bebo yo —le decía—, porque no soltáis el jarro de la mano.

Tantas vueltas le dio al jarro y tanto lo palpó, que acabó por encontrar la fuente y se dio cuenta de la burla; pero disimuló como si no hubiera notado nada.

Al día siguiente, me senté como solía, sin pensar en el daño que me estaba reservado ni que el mal ciego me sentía. Y cuando tenía el jarro rezumando en mi boca y estaba recibiendo aquellos dulces tragos, puesta mi cara hacia el cielo, un poco cerrados los ojos para gustar el sabroso licor, el desesperado ciego se dio cuen-

²⁶ *a buenas noches*: 'a oscuras', esto es, 'sin nada'.

²⁷ En los pueblos se llamaba *tío* a los viejos.

ta de que era el momento de tomarse la venganza, y alzando con sus dos manos aquel dulce y amargo jarro, lo dejó caer con toda su fuerza sobre mi boca. Como el pobre Lázaro no se esperaba esto, sino que, por el contrario, estaba descuidado y gozoso como otras veces, verdaderamente creyó que el cielo, con todo lo que hay en él, le caía encima. Fue tal el golpecillo, que me aturdió e hizo perder el sentido, y fue tan grande el jarrazo, que los pedazos en que se partió se me clavaron en la cara y me la rompieron



por muchas partes, y me quebró los dientes, y sin ellos me quedé hasta hoy.

Desde aquel momento quise mal al mal ciego. Aunque él me quería, me cuidaba y me curaba, vi que se había alegrado con el cruel castigo. Me lavó con vino las heridas que me había hecho en la cara con los pedazos del jarro, y sonriéndose, decía:

—¿Que te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y te da la salud.

Y añadía otras gracias, que para mi gusto no lo eran.

Pensé que con unos pocos golpes más como aquel, el cruel ciego se libraría de mí. Por eso, cuando ya estuve medio bueno de mis moraduras y cardenales, quise librarme yo de él. Pero no lo hice muy pronto, para hacerlo más a mi favor y provecho. Yo hubiera querido serenar mi corazón y perdonarle el jarrazo, pero no podía, por el maltrato que desde entonces el mal ciego me daba, pues me golpeaba sin causa ni razón, y me daba coscorrones y repelones.²⁸ Y si alguno le decía por qué me trataba tan mal, él contaba el cuento del jarro, diciendo:

—¿Acaso pensáis que este mozo mío es algún inocente? Pues oíd, a ver si el demonio es capaz de una hazaña igual.

Se santiguaban los que lo oían, y decían:

—¡Vaya!, ¡quién iba a pensar que un muchacho tan pequeño es capaz de tal ruindad!

Y reían mucho la ingeniosa burla de la paja de vino, y le decían al ciego:

—Castigadlo, castigadlo, que Dios os lo premiará.

Así que, animado con aquellos consejos, el ciego no hacía otra cosa. Yo, entonces, lo llevaba adrede por los peores caminos para hacerle daño. Si había piedras, lo llevaba por ellas, y si había lodo,²⁹ por lo más profundo; pues aunque yo entonces no podía ir por lo seco, me alegraba de romperme un ojo con tal de romperle los dos a él, que no tenía ninguno. Con la punta del bastón el ciego me tentaba³⁰ el cogote, así que siempre lo traía lleno de tolondrones³¹ y repelado de sus manos. Y aunque yo juraba que no

28 Un *repelón* es la acción de arrancar el pelo a tirones.

29 *lodo*: barro.

30 *tentar*: tocar con la mano o con un bastón para percibir la presencia de algo.

31 *tolondrones*: chichones.

lo hacía con mala intención, sino porque no encontraba un camino mejor, él no me creía: tan fino era su sentido y el grandísimo entendimiento del muy traidor.

Y para que vea Vuestra Merced hasta dónde llegaba el ingenio del ciego y su gran astucia, le contaré un caso de los muchos que me sucedieron con él.

Cuando salimos de Salamanca, decidió venir a tierras de Toledo, porque decía que aquí la gente era más rica, aunque no muy limosnera. Se apoyaba en el refrán que dice: «más da el duro, que el desnudo».³² Vinimos por los mejores pueblos. Donde hallaba buena acogida y ganancia, nos deteníamos. Y donde no, nos marchábamos a los tres días.

Sucedió que cerca de un pueblo que se llama Almorox,³³ en la época que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo de limosna. Como la uva suele ir maltratada en los cestos, y además en aquella época ya estaba muy madura, el racimo se le desgranaba en la mano. Si lo echaba en el fardel, se convertiría en mosto y todo lo mancharía. Así que decidió hacer un banquete, no sólo porque no podía guardar el racimo, sino también por contentarme a mí, pues aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes.

Nos sentamos en una valla del camino y dijo:

—Lázaro, ahora voy a ser generoso contigo. Vamos a comer este racimo de uvas entre los dos, y quiero que sea a partes iguales. Nos lo repartiremos de esta manera: tú picas una vez y yo otra. Si me prometes no coger más de una uva a la vez, yo haré lo mismo, y así hasta que acabemos el racimo. De esta manera, no habrá engaño.

32 Con este refrán se da a entender que el tacaño puede dar más que el que nada tiene.

33 Almorox es un pueblo de la provincia de Toledo, famoso por sus vinos.

Hecho así el acuerdo, comenzamos; pero ya al segundo lance, el traidor mudó de propósito y comenzó a tomar las uvas de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como vi que él rompía el trato, no me contenté con ir a la par que él, sino que lo adelanté, y comí las uvas de dos en dos y de tres en tres, y como podía.

Acabado el racimo, el ciego estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza dijo:

—Lázaro, me has engañado. Juraré a Dios que tú has comido las uvas de tres en tres.

—No las he comido así —dije yo—. Pero ¿por qué sospecháis eso?

Respondió el sagacísimo ciego:

—¿Sabes en qué veo que las comiste de tres en tres? En que yo las comía de dos en dos y tú callabas.

Me reí por lo bajo y, aunque era un muchacho, aprecié la aguda consideración del ciego.

Pero, en fin, para no ser prolijo³⁴ dejo de contar muchas otras cosas graciosas y sorprendentes que me sucedieron con este mi primer amo. Sólo relataré el último caso que me ocurrió con él, y pasaré a otra cosa.



³⁴ *prolijo*: demasiado extenso, pesado.

Estábamos en un mesón de la villa de Escalona³⁵ y el ciego me dio una longaniza para que se la asase. Después de comerse una rebanada de pan untada en el pringue³⁶ de la longaniza, sacó un maravedí de la bolsa y me mandó por vino a la taberna. Pero el demonio me puso la ocasión delante de los ojos, y como la ocasión hace al ladrón, según se suele decir, el caso fue que había junto el fuego un nabo pequeño, larguito y ruinoso. Debieron de tirarlo allí porque era tan malo que no servía ni para cocer en la olla. En aquel momento estábamos los dos solos. Yo tenía el apetito goloso, después de haberseme metido dentro el sabroso olor de la longaniza, de la cual sólo sabía que la iba a gozar, de manera que, sin pensar en lo que podría pasarme, dejé a un lado el miedo para satisfacer mi deseo. Y así, mientras el ciego sacaba de la bolsa el dinero, yo saqué la longaniza del asador³⁷ y en su lugar metí muy de prisa el nabo. Mi amo me dio el dinero para el vino, luego agarró el asador con el nabo ensartado y comenzó a darle vueltas al fuego.

Salí por el vino y, con el acompañamiento de algún trago, no tardé en despachar la longaniza. Cuando volví, hallé al pecador del ciego con el nabo apretado entre dos rebanadas de pan. Aún no se había dado cuenta del cambiazo, pues no había tocado el nabo con la mano. Se llevó las rebanadas a la boca y las mordió, creyendo también llevarse parte de la longaniza, pero se quedó frío³⁸ con el frío nabo. Se alteró y dijo:

—¿Qué es esto, Lazarillo?

—¡Pobre de mí! —dije yo—. ¿Queréis acusarme de algo? ¿No

35 Escalona es una población situada a 45 km de Toledo.

36 *pringue*: grasa que suelta la longaniza al ser freída.

37 *asador*: varilla puntiaguda en la que se clava un alimento para asarlo al fuego.

38 Esto es, 'se quedó helado'.

vengo de traer el vino? Alguien que andaba por aquí habrá hecho esto para engañaros.

—No, no —dijo él—, porque no he soltado el asador de la mano. No es posible.

Yo volví a jurar y perjurar que estaba libre de aquel trueque y cambio, pero de poco me aprovechó, pues nada se escapaba a la astucia del maldito ciego. Se levantó, me agarró por la cabeza y se acercó a olerme; y como, al igual que un buen podenco,³⁹ debió de notar el aliento, me sujetó muy ansioso con las manos y, para comprobar mejor la verdad, me abrió la boca más de lo normal y sin ningún reparo metió la nariz dentro. Tenía la nariz larga y afilada,



y con el enfado le había crecido un palmo, de manera que con la punta me tocó la garganta. Y por esto, y por el gran miedo que le tenía, y por el poco tiempo que hacía que me la había comido, la maldita longaniza aún no se había asentado en el estómago, pero, sobre todo, por el roce de la descomunal nariz, que casi me ahogaba, en fin, por todas estas cosas juntas, la golosina hizo su apari-

39 *podenco*: perro muy bueno para la caza por su aguda vista y olfato.

ción y fue devuelta a su dueño. De manera que, antes de que el malvado ciego sacase su trompa de mi boca, mi estómago sintió tal alteración que lo robado le dio en la nariz, la cual salió de mi boca al mismo tiempo que la negra y mal mascada longaniza.

¡Oh, gran Dios! ¡Ojalá hubiera estado sepultado en aquel instante, porque muerto ya lo estaba! Fue tal el coraje del perverso ciego que, si la gente no llega a acudir al ruido, pienso que no me hubiera dejado con vida. Me sacaron de entre sus manos, dejándoselas llenas de los pocos cabellos que me quedaban. La cara la tenía toda arañada y el cuello y la garganta llenos de rasguños. La verdad es que mi garganta se merecía este maltrato, pues por su maldad me venían tantos padecimientos.⁴⁰

Contaba el mal ciego mis desgracias a todos los que se acercaban, y les relataba una y otra vez el infeliz suceso del jarro, el del racimo y ahora el del nabo. Era tan grande la risa de todos, que toda la gente que pasaba por la calle entraba a ver la fiesta. Y el ciego volvía a contar mis hazañas con tanta gracia que, aunque yo estaba tan dolorido y lloroso, me parecía que le habría hecho una injusticia si no me hubiera reído.

Mientras pasaba esto, se me ocurrió pensar que había cometido una cobardía y una debilidad, por las que me maldecía: y era no haberlo dejado sin narices. Había tenido tiempo de hacerlo y llevaba la mitad del camino andado, porque con solo apretar los dientes sus narices se me habrían quedado en casa, y aunque eran de aquel malvado ciego, quizás mi estómago las hubiera retenido mejor que la longaniza. Quiera Dios que lo hubiera hecho, porque las consecuencias habrían sido más o menos las mismas.

⁴⁰ El hambre, el ansia de 'tragar por la *garganta*', es la causa de las desdichas de Lázaro, de ahí que el personaje diga que la garganta es malvada y que se merece el maltrato.

Se hicieron amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que yo había traído, me lavaron la cara y la garganta, sobre la cual bromeaba el mal ciego, diciendo:

—En verdad, este mozo me gasta más vino en lavatorios al cabo del año que yo bebo en dos. Bien puedes decir, Lázaro, que le debes más al vino que a tu padre, porque tu padre te engendró una vez, pero el vino te ha dado mil veces la vida.

Y luego contaba a la gente las veces que me había descalabrado y arañado la cara, y cómo me sañaba con vino.⁴¹ Y añadió:

—Yo te digo, Lázaro, que si un hombre en el mundo ha de ser afortunado con el vino, ese serás tú.

Con esto se reían mucho los que me lavaban, aunque yo renegaba. Pero el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y desde entonces me he acordado muchas veces de aquel hombre, que sin duda debía tener espíritu de profeta, porque lo que me dijo aquel día salió tan cierto como Vuestra Merced oirá más adelante.

Me pesan las jugarretas que le hice —aunque bien caras las pagué—, pero vistas las malas burlas que el ciego me hacía, decidí dejarlo para siempre. Y como ya lo tenía muy pensado y lo deseaba con toda el alma, me reafirmé en ello tras esa última burla del nabo.

Y la cosa fue así. Al día siguiente salimos por la villa a pedir limosna. Había llovido mucho la noche antes, y aún seguía lloviendo, y para no mojarnos andaba el ciego rezando bajo unos soportales que hay en aquel pueblo. Pero como ya se acercaba la noche y no cesaba de llover, me dijo el ciego:

—Lázaro, esta lluvia no para, y cuanto más oscuro se hace, más fuerte cae. Acojámonos a la posada.

⁴¹ Por su contenido alcohólico, el vino se utilizaba para curar heridas.

Para ir allá, teníamos que pasar un arroyo, que iba grande por la mucha agua caída. Yo le dije:

—Tío, el arroyo va muy ancho. Pero si queréis, miro yo por dónde podemos cruzarlo sin mojarnos. Por allí se estrecha mucho, y de un salto podemos pasarlo a pie seco.

Al ciego le pareció muy bueno el consejo y me dijo:

—Eres discreto,⁴² Lazarillo. Por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se estrecha, que ahora es invierno y el agua no sienta bien, y menos aún ir con los pies mojados.

Yo, que vi la oportunidad de cumplir mi deseo, lo saqué de los soportales y lo llevé frente a un pilar o poste de piedra de los que hay en la plaza sosteniendo los saledizos⁴³ de las casas. Una vez allí, le dije:

—Tío, este es el paso más estrecho del arroyo.

Como llovía recio, y el triste ciego se mojaba, y con la prisa que llevábamos para salir del agua que nos caía encima, y, sobre todo, porque Dios le cegó en aquella hora el entendimiento (para que me vengara de él), me creyó y dijo:

—Ponme bien derecho, Lázaro, y salta tú el arroyo.

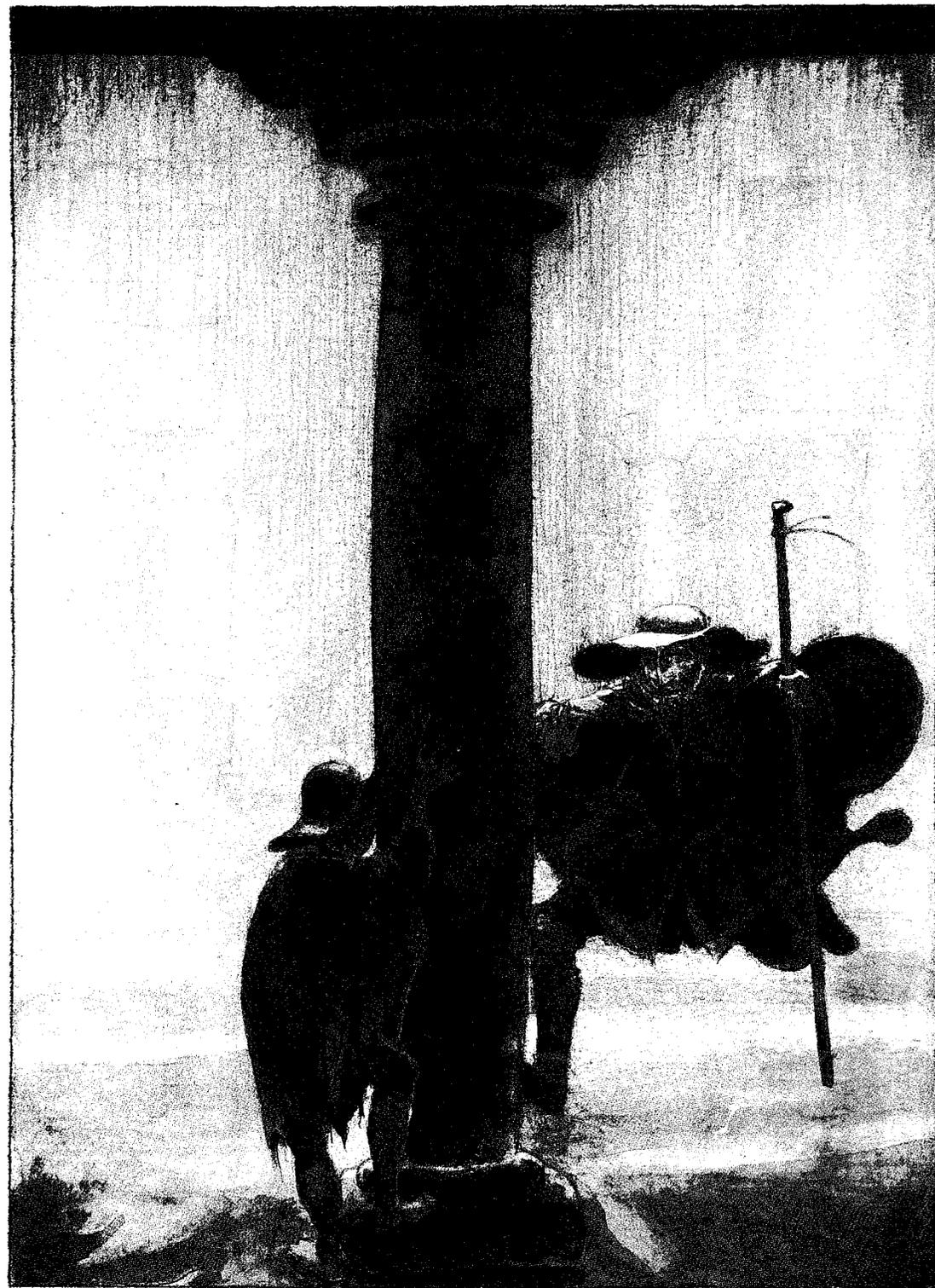
Yo le puse bien derecho frente al pilar, y luego di un salto y me puse detrás del poste como quien espera topetazo de un toro, y le dije:

—¡Vamos! Saltad todo lo que podáis, para que vengáis a parar a este lado del agua.

Apenas lo había acabado de decir, cuando el pobre ciego dio un paso atrás para hacer un salto mayor, y luego se abalanzó como cabrón, arremetió con toda su fuerza y dio con la cabeza en el poste,

42 *discreto*: inteligente, agudo, prudente.

43 *saledizo*: saliente, elemento arquitectónico que sale de la fachada.



que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza. Luego cayó para atrás, medio muerto y con la cabeza rota.

—¿Cómo? ¿Olisteis la longaniza y no el poste? ¡Oled! ¡Oled!
—le dije yo.

Lo dejé en poder de mucha gente que lo había ido a socorrer, y yo salí a todo correr por la puerta de la villa. Antes de que la noche viniese, di conmigo en Torrijos.⁴⁴ No supe más lo que Dios hizo del ciego, ni me preocupé de saberlo.



44 Lázaro debió correr mucho para llegar a Torrijos antes de anoecer, dado que esta población se encuentra a 24 km de Escalona.



Lázaro entra al servicio de un clérigo

Al día siguiente, como me parecía que allí no estaba seguro, me fui a un pueblo que llaman Maqueda.¹ Para mi desgracia, me encontré con un clérigo,² le pedí limosna y él me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo dije que sí, pues era verdad, porque, aunque el pecador del ciego me maltrataba, me enseñó mil cosas buenas, y una de ellas fue ésa. Finalmente, el clérigo me admitió a su servicio.

Escapé del trueno y di en el relámpago, porque, comparado con este nuevo amo, el ciego era un Alejandro Magno,³ con ser la misma avaricia, como he contado. Sólo diré que toda la tacañería del mundo estaba encerrada en el clérigo, pero no sé si era tacaño por naturaleza o si le había hecho tacaño el hábito de clerecía.⁴

Este clérigo tenía un arcón viejo y cerrado con llave, la cual traía atada a la capa con una cinta. Cuando venía de la iglesia con

1 Maqueda se encuentra entre Escalona y Torrijos; por tanto, Lázaro desanda en parte el camino.

2 *clérigo*: sacerdote.

3 El emperador Alejandro Magno (356-323 a.C.) era tenido por modelo de generosidad.

4 Esto es, 'la vestimenta de los clérigos', que tenía las mangas muy estrechas. De los tacaños se decía que tenían «la manga estrecha» (hoy diríamos «el puño cerrado»).

un bollo,⁵ lo metía en el arca y volvía a cerrarla. En toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele haber en otras: ni un tocino colgado junto a la chimenea,⁶ ni un queso puesto en alguna tabla, ni un canastillo guardado en el armario con los pedazos de pan que sobran de la mesa. Porque yo creo que, aunque no hubiera probado nada de eso, al menos me habría consolado con verlo. Sólo había una ristra de cebollas, que estaba bajo llave en un cuarto alto de la casa. Mi ración era una de estas cebollas cada cuatro días. Cuando le pedía la llave para ir por la cebolla, si había alguien presente, el clérigo metía la mano en un bolsillo del pecho, desataba la llave con gran solemnidad y me la daba, diciendo:

—Toma, Lázaro, pero devuélvemela en seguida. Y no hagas más que golosinear.⁷

Era como si en aquel cuarto estuvieran todas las conservas de Valencia,⁸ cuando, como ya he dicho, no había más maldita cosa que las cebollas colgadas de un clavo. Y las tenía tan bien contadas que si, cediendo a la tentación, me hubiera pasado en una más de mi tasa,⁹ me habría costado caro. En fin, que me moría de hambre.

Conmigo tenía poca caridad, pero con él usaba mucha. A diario gastaba cinco blancas en carne para comer y cenar. Verdad es que repartía conmigo el caldo, porque lo que es de carne me quedaba en blanco, y ojalá hubiera repartido conmigo la mitad de pan, porque sólo me daba un poco.

Los sábados se suele comer en esta tierra cabeza de carnero, y mi amo me enviaba por una que costaba tres maravedís. Enton-

5 Las mujeres solían entregar un pan o bollo como ofrenda a la iglesia.

6 El tocino y los embutidos se ponían a secar al humo de la chimenea.

7 *golosinear*: comer algo muy apetitoso pero de poco alimento.

8 Eran famosos los dulces y las conservas de Valencia.

9 *tasa*: cantidad asignada, ración.



ces la cocía, y se comía los ojos, la lengua, el cogote, los sesos y la carne de las quijadas. A mí me daba todos los huesos roídos, y me los ponía en el plato, diciendo:

—Toma, Lázaro, come, disfruta, que para ti es el mundo. Vives mejor que el Papa.

«¡Dios te dé la misma vida que a mí!», decía yo por lo bajo.



A las tres semanas de estar con él, llegué a tanta flaqueza que las piernas apenas me sostenían de pura hambre. Vi que iba claramente a la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaban.

No tenía ocasión de usar mis mañas, porque en la casa no había nada que robar. Y aunque lo hubiera habido, el clérigo no era ciego, así que no podía engañarle como a mi primer amo (al que Dios haya perdonado, si es que falleció de la calabazada contra el poste), pues, aunque era astuto, no me veía sisarle porque le fal-

taba elpreciado sentido de la vista. Pero no había nadie con la vista tan aguda como este nuevo amo mío. Cuando estábamos en el ofertorio, no caía una blanca en la cesta que él no registrara: tenía un ojo puesto en la gente y el otro en mis manos.¹⁰ Los ojos le bailaban inquietos en las órbitas como si fueran de azogue.¹¹ Llevaba la cuenta exacta de todas las blancas que ofrecían, y al acabar el ofertorio, me quitaba enseguida el cestillo y lo ponía sobre el altar. No fui capaz de cogerle una blanca durante todo el tiempo que viví con él, o, para decirlo mejor, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino, y el poco vino de la ofrenda que traía a casa y guardaba en el arca, lo administraba de tal forma que le duraba toda la semana. Y para ocultar su gran tacañería me decía:

—Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy moderados en el comer y beber, y por esto yo no me excedo como otros.

Pero el muy tacaño mentía, porque en las cofradías y entierros¹² comía a costa ajena como un lobo y bebía más que un curandero. Y hablando de entierros, que Dios me perdone, porque yo jamás fui enemigo de la naturaleza humana hasta entonces. Y es que en los mortuorios comíamos bien y yo me hartaba. Así es que deseaba y rogaba a Dios que cada día matase a una persona. Y cuando dábamos un sacramento a los enfermos, especialmente la extremaunción,¹³ mi amo el clérigo mandaba rezar a los presentes, y entonces yo era de los que más rezaban, pero en vez de pedir al Señor la mejoría del enfermo, le rogaba con todo mi cora-

10 Durante la misa, mientras el sacerdote ofrecía a Dios la hostia y el vino (el *ofertorio*), los feligreses hacían su ofrenda a la iglesia, depositando monedas en un cestito.

11 El *azogue* o mercurio suele formar unas bolitas.

12 *cofradías*: 'reuniones de sacerdotes'. Por otro lado, durante los velatorios o tras el entierro, la familia del difunto solía ofrecer a los asistentes algo de comer y beber.

13 *extremaunción*: sacramento dado a los moribundos para prepararles a bien morir.

zón y buena voluntad que se lo llevase de este mundo. Y cuando alguno de estos enfermos se escapaba de la muerte, ¡que Dios me perdone!, yo lo mandaba al diablo¹⁴ mil veces. En cambio, al que se moría le echaba mil bendiciones. Durante los casi seis meses que estuve al servicio de este clérigo sólo fallecieron veinte personas, y a éstas creo que las maté yo o, por mejor decir, murieron a causa de mis súplicas. Porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que se alegraba de matarlos para darme a mí la vida.

Pero, en fin, a pesar de todo esto, mis padecimientos no tenían remedio, porque si bien es verdad que yo vivía y quedaba harto el día que enterrábamos a alguien, los días que no había muerto notaba más el hambre. Así que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte. Yo la deseaba a veces también para mí como para los demás, pero no la veía, aunque estaba siempre en mí.



14 Esto es, 'lo maldecía', aunque aquí, 'lo enviaba al infierno', 'le deseaba la muerte'.



Pensé muchas veces irme de aquel amo tan mezquino, pero no lo hacía por dos cosas: la primera, porque no me fiaba de mis piernas, pues de pura hambre temía su flojera. Y la otra porque me decía: «Lázaro, ya has tenido dos amos. El primero te traía muerto de hambre, lo dejaste y te encontraste con este otro, que de tanta hambre casi te tiene ya en la sepultura. Así que si dejas a este amo y das con otro peor, ¿no será el morir?». Por esto no osaba moverme, porque estaba seguro de que bajaría otro peldaño más hacia la tumba. Y entonces, adiós Lázaro: no se hablaría nunca más de él ni se le oiría más en el mundo.

Así es que estaba en esta aflicción, sin saber qué hacer. Pero como al Señor le agrada librar del sufrimiento a todo fiel cristiano, viéndome ir de mal en peor, un día en que el desventurado, ruin y miserable de mi amo había salido del pueblo, vino a la puerta un calderero.¹⁵ Yo creo que fue un ángel enviado por la mano de Dios disfrazado de calderero. Me preguntó si tenía algo que reparar. «A mí me tendríais que reparar», dije por lo bajo, sin que me oyese; «y no sería poca faena». Pero como no había tiempo para gastarlo en decir cosas graciosas, iluminado por el Espíritu Santo, le dije:

—Tío, he perdido la llave de este arcón, y temo que mi señor me azote. Por vuestra vida, a ver si traéis alguna que lo abra. Yo os la pagaré.

El angélico calderero comenzó a probar una y otra llave de un gran manajo que traía, y yo le ayudaba con mis flacas oraciones. Y cuando menos lo pienso, veo, como se suele decir, la cara de Dios en los panes que había en el arcón, pues lo había abierto. Entonces dije al calderero:

¹⁵ *calderero*: persona que hacía y vendía sartenes y calderos de cobre y hierro.

—Yo no tengo dineros para pagaros la llave, pero cobraos de ahí.

Él tomó un panecillo, el que le pareció mejor, me dio la llave y se fue muy contento. Más contento quedé yo: Pero en aquel momento no toqué nada del arcón, para que no se notara la falta, y también porque me vi señor de tantos bienes, que supuse que el hambre no se atrevería a acercárseme.

Llegó el tacaño de mi amo, y a Dios gracias no reparó en el panecillo que se había llevado mi ángel.



Al día siguiente, en cuanto salió de casa, yo abro mi paraíso panal,¹⁶ y tomo entre las manos un panecillo, lo pongo entre los dientes y en dos credos¹⁷ lo hice invisible. No olvidé cerrar el arca, y a continuación me puse a barrer la casa con mucha alegría. Con aquel recurso, creí que había encontrado el remedio de mi triste vida.

¹⁶ Esto es, 'paraíso de panes'.

¹⁷ *en dos credos*: en un santiamén. El *credo* es una oración.

Y así, aquel día y el siguiente estuve muy gozoso. Pero mi dicha no iba a durar mucho, porque al tercer día me atacó el mal. Y fue que vi a deshora al que me mataba de hambre inclinado sobre nuestro arcón, volviendo y revolviendo, contando y volviendo a contar los panes. Yo disimulaba, y decía en secreto esta oración y esta devota súplica: «¡San Juan, ciégale!».¹⁸

Mi amo estuvo un gran rato echando cuentas, contando con los dedos y por días, y luego dijo:

—Si esta arca no fuera tan segura, yo diría que me han cogido panes de ella. Pero para cerrar la puerta a la sospecha, a partir de hoy quiero llevar buena cuenta de ellos. Quedan nueve panes y un pedazo.

«¡Malas noticias te dé Dios!», dije yo para mí.

Con lo que mi amo me había dicho, creí que una flecha de montero¹⁹ me traspasaba el corazón. Mi estómago empezó a notar que el hambre escarbaba en él, pues ya se veía sometido a la misma dieta de antes.

Mi amo se marchó de casa y entonces yo, para consolarme, abrí el arca, y al ver el pan, comencé a adorarlo, pero sin atreverme a comulgar.²⁰ Conté los panes, por si el miserable clérigo se había equivocado, pero los había contado con más exactitud de lo que yo quisiera. Lo más que pude hacer fue darles mil besos y, con la mayor delicadeza que pude, partí un trocito del pan que estaba ya partido, y con eso pasé todo el día, aunque no tan alegre como el anterior.

Pero como desde hacía dos o tres días tenía el estómago hecho

18 Lázaro invoca a San Juan porque este santo era el patrón de los criados.

19 Los *monteros* usaban flechas muy puntiagudas para traspasar con más facilidad la piel gruesa y dura de algunos animales.

20 A lo largo de este pasaje, Lázaro usa un lenguaje religioso para referirse al pan y al arca.



a más pan, como he contado, ahora notaba más el hambre y me moría de mala muerte. Tanto que, en cuanto me veía solo, no hacía otra cosa sino abrir y cerrar el arca y contemplar aquella cara de Dios, como dicen los niños. Pero el mismo Dios, que socorre a los afligidos, viéndome en tanto apuro, trajo a mi memoria un pequeño remedio. Pensando, dije para mí: «Este arcón viejo y grande está roto, y por algunas partes tiene pequeños agujeros. Se podría pensar que entran en él los ratones y hacen un destrozo a este pan. Lo que no me conviene es sacarlo entero, porque mi amo advertirá la falta del que tanta falta me hace. En cambio, lo que voy a hacer podrá soportarlo».

Y comienzo a desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban. Y tomo un pan y dejo otro, de manera que saqué unas pocas migas de tres o cuatro panes. Después, como quien toma una gragea,²¹ comí las migajas, y algo me consolé.

Cuando mi amo vino a comer, abrió el arca, vio el destrozo y creyó sin ninguna duda que habían sido los ratones, porque mi imitación de lo que ellos suelen hacer había sido muy buena. Mi amo miró toda el arca, de un cabo a otro, y encontró los agujeros por donde sospechaba que habían entrado los ratones. Me llamó y me dijo:

—¡Lázaro! ¡Mira, mira qué persecución ha venido esta noche a por nuestro pan!

Yo me hice el sorprendido, y le pregunté qué podría ser.

—¡Qué ha de ser! —dijo él—. Los ratones, que no dejan cosa con vida.

Nos pusimos a comer, y quiso Dios que también en esto me fuera bien, porque me tocó más pan de la mísera cantidad que

21 *gragea*: trocito de confitura en forma de pequeño grano redondo.

solía darme. Y es que mi amo ralló con un cuchillo los trozos que le parecían ratonados,²² y me los dio, diciendo:

—Cómete eso, que el ratón es cosa limpia.

Y así, aquel día añadió la ración del trabajo de mis manos, o, mejor dicho, de mis uñas. Y acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba.

Pero de pronto me vino otro sobresalto, pues vi que andaba muy atareado quitando clavos de las paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros del viejo arcón.



«¡Oh Dios mío!», me dije entonces, «¡a cuánta miseria y cuántos azares y desastres estamos expuestos los nacidos, y cuán poco duran los placeres de esta trabajosa vida nuestra!²³ Y yo que pensaba que con el pobre y triste remedio de las migajas remediaría mi escasez, y me sentía ya un tanto alegre y con buena ventura... Pero no lo quiere así mi desdicha, que ha despertado a este des-

22 *ratonados*: mordidos o roídos por los ratones.

23 Lázaro se lamenta de la brevedad de los placeres de la vida del mismo modo que Jorge Manrique en sus *Coplas*: «¡Cuán presto se va el placer!», escribió el poeta.

graciado amo mío y le ha puesto más diligencia²⁴ de la habitual (pues la mayoría de los miserables no carecen nunca de ella) en tapar los agujeros del arca, y así me cierra también la puerta al consuelo y la abre a mis penalidades».

Así me lamentaba yo, en tanto que mi solícito²⁵ carpintero dio fin a su obra con muchos clavos y tablillas. Y luego dijo:

—Ahora, señores ratones, traidores, os conviene cambiar de propósito, porque mal porvenir vais a tener en esta casa.

En cuanto mi amo salió de casa, fui a ver la obra y hallé que no dejó en la triste y vieja arca ni un agujero por el que pudiese entrar ni siquiera un mosquito. Abro el arca con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y vi los dos o tres panes comenzados, aquellos que mi amo creyó que habían sido ratonados, y de ellos todavía saqué alguna migaja, tocándolos muy ligeramente, como un hábil esgrimidor.²⁶

Como la necesidad es tan buena maestra, y yo me veía tan necesitado, siempre estaba pensando, de noche y de día, en la manera de conservar la vida. Y pienso que el hambre me daba luz para encontrar estos negros remedios, pues por algo se dice que el hambre despierta el ingenio, y, por el contrario, la hartura lo adormece. Y eso me ocurría a mí.

Una noche que estaba desvelado, pensando en cómo me las podría arreglar y aprovecharme del arcón, sentí que mi amo dormía, pues no paraba de roncar y de dar grandes resoplidos. Como durante el día ya había pensado en lo que tenía que hacer y había mirado por dónde el arca tenía menos defensa, me levanté con muchísimo cuidado, me acerqué al triste arcón y lo acometí con

²⁴ *diligencia*: cuidado, interés y prontitud con que se hace algo.

²⁵ *solícito*: cuidadoso, diligente.

²⁶ *esgrimidor*: el que con la espada deja una señal al contrario pero no lo hiere.

un cuchillo viejo que usé como si fuese una barrena.²⁷ Y como la antiquísima arca estaba blanda y carcomida, sin fuerzas y sin corazón por tener tantos años, en seguida se me rindió y recibió en un costado un buen agujero, para remedio mío. Una vez hecho esto, abro muy despacito la llagada²⁸ arca y, al tiento, hice en un pan partido lo mismo que dije antes: lo ratoné. Con eso me consolé



algo. Luego cerré el arca, volví a mi lecho de paja y me tumbé a reposar y a dormir. La verdad es que dormía más bien poco, cosa que achacaba al no comer, porque, desde luego, no eran las preocupaciones del rey de Francia lo que me quitaba el sueño.²⁹

²⁷ *barrena*: instrumento que sirve para hacer agujeros.

²⁸ *llagada*: 'herida', puesto que está agujereada. Lázaro compara el arca con el cuerpo de Jesucristo en la cruz, que, ya sin vida, fue atravesado por una lanza en el costado.

²⁹ El rey de Francia Francisco I fue derrotado en 1525 por Carlos V y encarcelado en Madrid durante un año.

Al día siguiente mi amo vio el daño del pan y el agujero que yo había hecho, y comenzó a mandar al diablo los ratones.

—¿Qué explicación tiene esto? —decía—. ¡Nunca había sentido a los ratones en esta casa hasta ahora!

Y decía la verdad, sin duda, porque si en el reino había alguna casa libre de ratones, ésa era la suya, pues ya se sabe que los ratones no suelen morar³⁰ donde no hay qué comer.

El clérigo volvió a buscar más clavos por toda la casa y tablillas para tapar los agujeros. Y en cuanto llegaba la noche y el descanso, en seguida estaba yo en pie con mi cuchillo, de manera que cuantos agujeros tapaba él de día, los destapaba yo de noche.

Por la manera en que lo hacíamos y la prisa que nos dábamos se debió de decir aquello de que «donde una puerta se cierra, otra se abre». En fin, que parecía que tejíamos a destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día, lo rompía yo de noche.³¹ Y así, en unos pocos días y noches dejamos la pobre despensa tan llena de clavos y tachuelas que parecía una vieja coraza³² más que un arca.

Cuando mi amo vio que de nada le servía su remedio, me dijo:

—Este arcón está tan maltratado y es de madera tan vieja y endeble, que no se defiende de ningún ratón. Y si seguimos así, no valdrá para guardar nada. Pero no me puedo desprender de él, pues, aunque sirve de poco, algún servicio hace, porque si no lo

³⁰ *morar*: habitar.

³¹ El que trabaja a *destajo* produce mucho porque cobra por hora o pieza terminada. Por otro lado, en la *Odisea* del griego Homero se cuenta que, ante la larga ausencia de su marido Ulises, Penélope es asediada por numerosos pretendientes hasta que al fin promete casarse con uno de ellos en cuanto acabe de tejer una túnica. Para retrasar su elección, destejía de noche lo que tejía de día.

³² Lázaro dice que el arca (la *pobre despensa*) parece una vieja *coraza* (la armadura que cubre el pecho y la espalda) porque las corazas estaban hechas de piezas ensambladas.

tuviera me tendría que gastar tres o cuatro reales en uno nuevo. En adelante el mejor remedio contra los malditos ratones será ponerles dentro una trampa.

Pidió una ratonera y unas cortezas de queso prestadas a los vecinos, y dejó el gato³³ armado de continuo dentro del arcón. Esto fue para mí un auxilio extraordinario, porque aunque yo no necesitaba muchas salsas en la comida,³⁴ disfrutaba con las cortezas del queso que sacaba de la ratonera. Y además de esto, no perdonaba ratonar los panecillos.

El clérigo encontraba el pan ratonado y el queso comido, pero el ratón no caía en la trampa; de manera que se desesperaba, y preguntaba a los vecinos cómo podía ser eso de que el ratón se comiera las cortezas de queso y saliera de la ratonera sin quedarse atrapado, pese a haber caído la trampilla del gato.

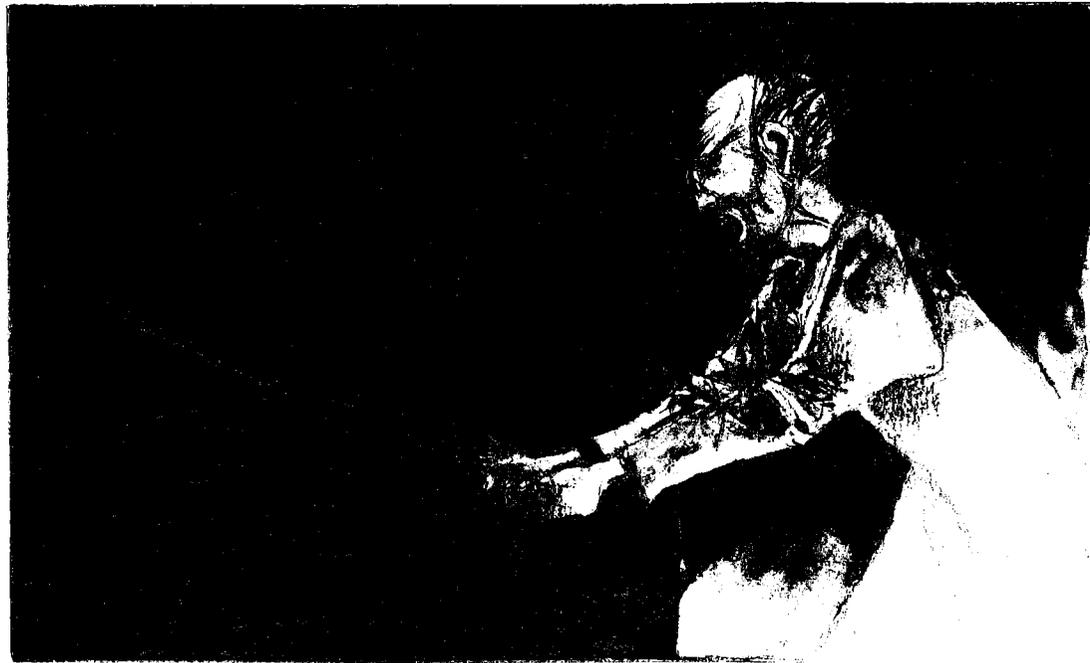
Los vecinos llegaron a la conclusión de que no era un ratón el que hacía este daño, porque era imposible que no hubiera caído al menos una vez en la trampa. Un vecino dijo a mi amo:

—Me acuerdo de que en vuestra casa solía andar una culebra. Sin duda que debe ser ella la culpable. Y claro, como es larga, toma el cebo, y aunque se le caiga encima la trampilla, como no entra entera dentro de la trampa, vuelve a salir.

Lo que dijo este vecino pareció razonable a todos y alteró mucho a mi amo, y desde entonces ya no dormía tan a pierna suelta, pues cualquier gusano de la madera que sonase de noche, pensaba que era la culebra que le estaba royendo el arca. Y al instante se ponía en pie, cogía un garrote que, desde que le dijeron lo de la culebra, ponía a la cabecera de la cama, y daba en la pecadora

³³ *gato*: ratonera.

³⁴ Porque dice el refrán que «la mejor salsa es el hambre».



del arca grandes garrotazos para espantar la culebra. Hacía tal estruendo que despertaba a los vecinos, y a mí no me dejaba dormir. Luego venía a mi lecho y revolvía entre las pajas, y a mí con ellas, pensando que la culebra se había ocultado entre la paja o entre mi ropa, porque la gente le decía que estos animales buscan calor de noche, y por eso van a las cunas de los niños, y a veces los muerden y los hacen peligrar.³⁵ Yo las más de las veces me hacía el dormido.

Por las mañanas, me decía mi amo:

—Lázaro, ¿no has oído nada esta noche? Pues anduve tras la culebra. Creo que irá a meterse en tu cama, porque son muy frías y buscan calor.

³⁵ *peligrar*: 'correr riesgo de perder la vida'. El comentario de la gente sobre las culebras obedece a una creencia popular.

—Dios quiera que no me muerda —contestaba yo—, porque le tengo mucho miedo.

Por todo esto, mi amo andaba tan falto de sueño, que la culebra —o el culebro, para ser más exactos— no se atrevía a levantarse para roer algo del arca. Pero de día, mientras el clérigo estaba en la iglesia o andaba por el pueblo, yo hacía mis asaltos. Cuando regresaba, veía los daños y el poco remedio que podía poner, así que, en cuanto llegaba la noche, como ya he dicho, andaba por la casa como un trago.³⁶

Yo empecé a temer que con aquellas diligencias nocturnas encontrase la llave que tenía debajo de las pajas, así que me pareció más seguro metérmela de noche en la boca. Porque desde que viví con el ciego, mi boca se convirtió en una bolsa donde llegué a guardar hasta doce o quince maravedís, todo en medias blancas, sin que me estorbasen para comer.³⁷ Era la única manera de tener una moneda, porque a menudo el maldito ciego no me dejaba costura ni remiendo sin rebuscar.

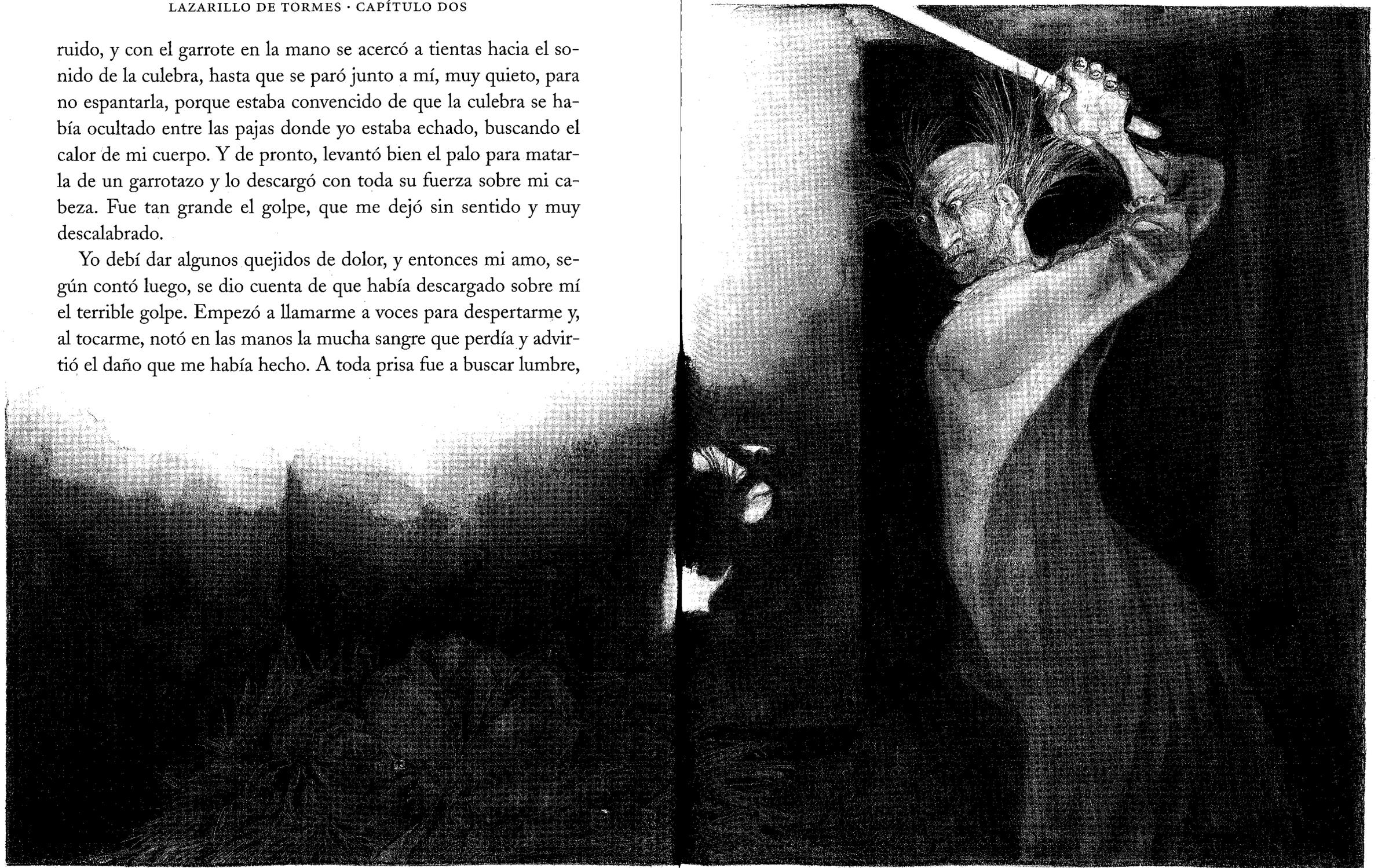
En fin, que, como acabo de decir, cada noche me metía la llave en la boca, y dormía sin miedo de que el brujo de mi amo diese con ella. Pero cuando la desdicha ha de venir, de nada sirven las precauciones. Quiso el destino —o, por mejor decir, mis pecados— que una noche, mientras dormía, la llave se me colocara en la boca, que debía tener abierta, de tal manera y posición, que el aire y el resoplido que yo echaba salía por el mango hueco de la llave, y, para mi desgracia, silbaba fuerte. Lo oyó el sobresaltado de mi amo y creyó sin duda que era el silbo de la culebra, y algún parecido debía de haber. Así que se levantó despacito y sin hacer

³⁶ El *trago* o duende es un espíritu o diablillo que hace travesuras en las casas.

³⁷ Es decir, que Lázaro llegaba a meterse en la boca entre 48 y 60 monedas.

ruido, y con el garrote en la mano se acercó a tientas hacia el sonido de la culebra, hasta que se paró junto a mí, muy quieto, para no espantarla, porque estaba convencido de que la culebra se había ocultado entre las pajas donde yo estaba echado, buscando el calor de mi cuerpo. Y de pronto, levantó bien el palo para matarla de un garrotazo y lo descargó con toda su fuerza sobre mi cabeza. Fue tan grande el golpe, que me dejó sin sentido y muy descalabrado.

Yo debí dar algunos quejidos de dolor, y entonces mi amo, según contó luego, se dio cuenta de que había descargado sobre mí el terrible golpe. Empezó a llamarme a voces para despertarme y, al tocarme, notó en las manos la mucha sangre que perdía y advirtió el daño que me había hecho. A toda prisa fue a buscar lumbre,



volvió con una vela y me halló lamentándome, todavía con media llave en la boca y la otra media fuera, porque nunca la había desamparado del todo. La llave estaba, más o menos, como cuando silbaba.

El matador de culebras miró con sorpresa la llave, me la sacó entera de la boca, y entonces se dio cuenta de que las muescas eran iguales a las de la llave de su arca. Fue a probarla, y comprobó la fechoría.³⁸ El cruel cazador debió decirse: «Ya he encontrado el ratón y la culebra que me daban guerra y se comían todas mis posesiones».

De lo que sucedió en los tres días siguientes no puedo asegurar nada, porque los pasé sepultado en el vientre de la ballena.³⁹ Pero doy fe de lo que acabo de contar, porque, después de volver en mí, oí a mi amo relatarlo con mucho detalle a todos los que venían por casa.

Al cabo de tres días recobré el sentido y me vi echado en mis pajas, con toda la cabeza cubierta de emplastos⁴⁰ de aceite y ungüentos. Lleno de espanto, pregunté:

—¿Qué es esto?

—En verdad —me respondió el cruel sacerdote—, que ya he cazado los ratones y culebras que me robaban.

Me vi tan maltratado que en seguida sospeché mi mal.

En esto entró una vieja que hacía ensalmos,⁴¹ acompañada de varios vecinos, y empezaron a quitarme los trapos de la cabeza y a

38 *fechoría*: mala acción.

39 En la Biblia se cuenta que el profeta Jonás pasó tres días en el vientre de una ballena. De manera indirecta, el protagonista puede referirse también a otro episodio bíblico en que Jesucristo resucitó a su amigo Lázaro, que llevaba tres días muerto.

40 *emplasto*: pomada que se aplica sobre las heridas.

41 *hacía ensalmos*: curaba diciendo oraciones, haciendo cruces sobre las heridas y poniendo sobre ellas pomadas y aceite.



curarme el garrotazo. Y al ver que había recobrado el sentido, se alegraron mucho y me dijeron:

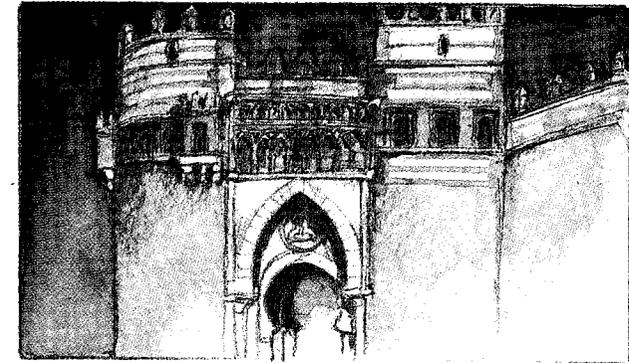
—Ya ha vuelto en sí, de manera que esto no será nada. Dios lo quiera.

Volvieron a hablar de mis males y a reírse, y yo, desdichado de mí, a llorarlos. Pero al menos me dieron de comer, porque estaba muerto de hambre, aunque apenas me pudieron remediar. Y así, poco a poco, a los quince días me levanté del lecho y estuve fuera de peligro, medio sano, pero con hambre.

Al día siguiente de ponerme en pie, el señor mi amo me cogió de la mano y me sacó fuera de casa, y ya en la calle, me dijo:

—Lázaro, desde hoy eres libre. Ya no estás a mi servicio. Así que búscate otro amo y vete con Dios. Yo no quiero en mi compañía un criado tan diligente como tú. Tienes que haber sido mozo de ciego. Si no, no me lo explico.

Y se santiguó como si yo estuviera endemoniado. Luego se metió en casa y cerró la puerta.



Lo que sucedió a Lázaro con un escudero

Tuve que sacar fuerzas de flaqueza y, poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, llegué a esta insigne¹ ciudad de Toledo, donde, gracias a Dios, a los quince días se me cerró la herida. Mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna, pero cuando ya estuve sano, todos me decían:

—Eres un granuja y un vagabundo. Deja de mendigar y búscate un amo a quien servir.

«¿Y dónde encontraré yo uno, si Dios no crea ahora uno de la nada, como cuando creó el mundo por primera vez?», me decía.

Pensando en estas cosas, iba de puerta en puerta sin lograr mucho remedio, porque ya la caridad había sido desterrada de este mundo. En estas, me encontré con un escudero² que iba por la calle bastante bien vestido y bien peinado, que se movía y andaba con paso uniforme y acompasado. Me miró, yo le miré, y él me dijo:

—Muchacho, ¿buscas amo?

—Sí, señor —le contesté.

¹ *insigne*: célebre, famosa.

² Los *escuderos* pertenecían a la baja nobleza y servían en la casa de los grandes señores.



—Pues vente conmigo, que Dios te ha premiado al ponerte en mi camino. Seguro que hoy has rezado una buena oración.

Yo le seguí, dando gracias a Dios por lo que acababa de oír y también porque por su vestido y su apariencia me pareció justo la persona que yo necesitaba.

Era bastante temprano cuando encontré a este tercer amo, y me llevó detrás de él por buena parte de la ciudad. Pasábamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones. Yo pensaba y hasta deseaba que me cargase con algo de lo que se vendía, porque era la hora habitual de hacer la compra. Pero él pasaba de largo, a buen paso, sin detenerse. Yo me decía: «Será que lo que aquí ve no es de su gusto y querrá comprar en otra parte».

De esta manera anduvimos hasta que dieron las once. Entonces entró en la catedral, y yo tras él, y le vi oír misa muy devotamente. Luego se quedó a los otros oficios religiosos,³ hasta que se acabaron y se fue la gente. Entonces salimos de la iglesia.

A paso ligero fuimos calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo de ver que no nos habíamos ocupado de buscar comida. Supuse que mi nuevo amo debía de ser uno de esos hombres que compran de una vez para muchos días, y que la comida ya estaría a punto, tal como yo la deseaba y la necesitaba.

En esto dio el reloj la una y llegamos a una casa. Mi amo se paró a la puerta, y yo con él. Dejó caer la punta de la capa hacia el lado izquierdo, sacó una llave de un bolsillo de la manga,⁴ abrió la puerta y entramos en casa.

La entrada era tan oscura y lóbrega,⁵ que daba miedo pasar. Dentro, sin embargo, había un patio pequeño y unos cuartos de razonable aspecto y tamaño.

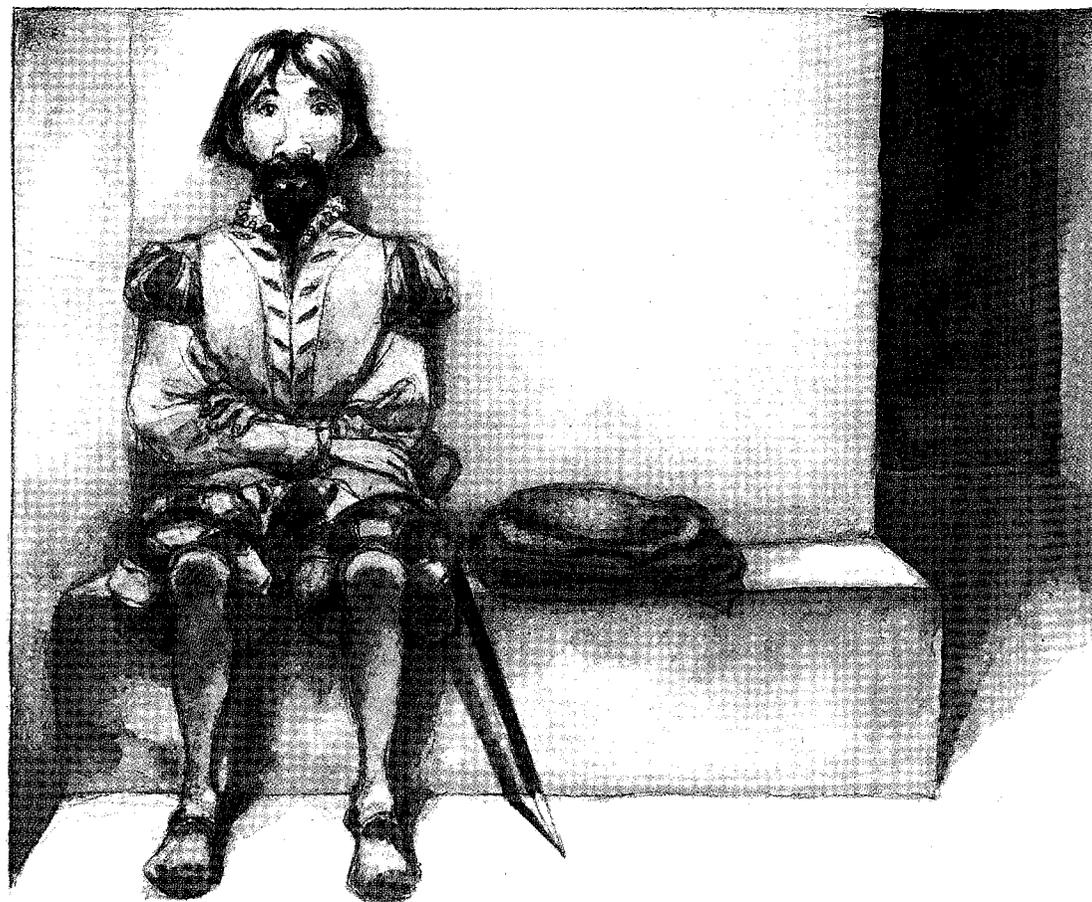
En cuanto entramos, mi amo se quitó la capa y, tras preguntarme si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y después de soplar muy limpiamente en un poyo⁶ que había allí, la colocó encima. Hecho esto, se sentó junto a la capa y me preguntó con todo detalle de dónde era y cómo había llegado a Toledo. Yo le di más explicaciones de las que hubiera querido, porque me parecía que era la hora de mandar poner la mesa y vaciar la olla en un plato, en vez de hablar de mi vida. A pesar de todo, le mentí lo mejor que supe. Alabé mis cualidades y callé todo lo de-

³ *oficios*: la misa u otros actos religiosos, como rezos o cantos.

⁴ Bajo la capa, y sobre la camisa, el escudero llevaba el jubón, una prenda que cubría desde los hombros hasta más abajo de la cintura, ajustada al cuerpo y que se abrochaba con cintas; podía tener algún bolsillo en la manga para guardar llaves, dinero, etc.

⁵ *lóbrega*: oscura, tenebrosa.

⁶ *poyo*: banco de piedra o de obra arrimado a una pared.



más, porque aquella casa tan distinguida no era el lugar adecuado para contar mis calamidades.

Después de esto, mi amo estuvo así, sentado y en silencio, un poco. A mí esto ya me pareció muy mala señal, porque eran casi las dos y le veía con menos ganas de comer que a un muerto. Me puse a pensar en por qué cerraba la puerta con llave y por qué no se oían en toda la casa, ni arriba ni abajo, pasos de persona viva. Todo lo que yo había visto eran paredes, porque en la casa no había ni banco, ni mesa, ni silla ni banqueta, ni siquiera un arcón co-

mo el del clérigo. En fin, que me pareció una casa encantada. Estando así, me dijo mi nuevo amo:

—Oye, mozo, ¿has comido?

—No, señor —dije—, que no eran ni las ocho cuando me encontré con Vuestra Merced.

—Pues, aunque era temprano, yo ya había almorzado. Y quiero que sepas que cuando almuerzo algo, pasó así hasta la noche. Por eso, arréglatelas como puedas. Ya cenaremos a su hora.

Crea Vuestra Merced que cuando le oí decir esto, estuve a punto de desmayarme, no tanto de hambre como porque me di perfecta cuenta de mi mala suerte. Entonces se me representaron de nuevo todas mis fatigas, y volví a llorar mis penalidades; entonces recordé que, cuando dudaba sobre si dejar o no al clérigo avaro y mísero, pensaba en que aún podía encontrar, por desgracia, a otro peor; entonces, en fin, lloré mi penosa vida pasada y mi cercana muerte venidera.

Pero, a pesar de eso, disimulé lo mejor que pude, y dije a mi amo:

—Señor, soy un mozo que no se fatiga mucho por comer, bendito sea Dios. Si de algo puedo yo alabarme es de tener la garganta menos tragona de todos los criados. Todos los amos que he tenido hasta hoy la han elogiado.

—Virtud es ésa —dijo el escudero—, y por eso yo te querré más, porque el hartarse es propio de los puercos. En cambio, el comer moderadamente es de los hombres de bien.

«¡Ya te entiendo!», dije para mí. «¡Maldita tanta medicina y tanta bondad como mis amos encuentran en el hambre!».

Me puse en un rincón de la entrada y saqué de debajo de la camisa unos pedazos de pan que me habían quedado de los que mendigaba por amor a Dios. El escudero, que vio esto, me dijo:



—Ven acá, mozo. ¿Qué comes?

Yo me acerqué a él y le enseñé el pan. Me cogió un pedazo de los tres que tenía, el mejor y más grande, y me dijo:

—Por mi vida, parece buen pan.

—¿Y desde cuándo, señor, el pan no es bueno?

—Tienes razón —dijo—. Pero ¿dónde lo has conseguido? ¿Estará amasado por manos limpias?

—Eso no lo sé yo, señor, pero a mí no me da asco el sabor que tiene.

—Sea lo que Dios quiera —dijo el pobre de mi amo, y se llevó el trozo de pan a la boca y comenzó a darle tan fieros bocados como yo a los otros dos trozos.

—Está muy sabroso este pan, por Dios —dijo.

Y como me di cuenta de qué pie cojeaba y lo vi tan dispuesto a echarme una mano con el pan que me quedase, si acababa antes que yo, engullí mi ración a toda prisa. Así que acabamos casi a la vez. Mi amo se sacudió unas pocas migajas, muy menudas, que se le habían quedado en el pecho y entró en un cuartito, sacó un jarro desbocado⁷ y no muy nuevo, bebió y luego me invitó a beber. Yo me hice el sobrio⁸ y le dije:

—Señor, no bebo vino.

—Es agua —me respondió—. Bien puedes beber.

Entonces tomé el jarro y bebí, no mucho, porque mi congoja⁹ no era de sed.

Luego estuvimos hablando hasta la noche. Yo respondí lo mejor que supe a las cosas que preguntaba. Llegada la hora, me metió en el cuarto donde estaba el jarro de agua y me dijo:

⁷ *desbocado*: que tiene gastada o mellada la boca.

⁸ *sobrio*: moderado.

⁹ *congoja*: angustia, pena.



—Mozo, quédate ahí y fíjate cómo hacemos esta cama, para que en adelante la sepas hacer tú solo.

Me coloqué a un lado y él al otro, y entre los dos hicimos la negra cama. La verdad es que no había mucho que hacer, porque sobre una estera de cañas, tendida sobre unos bancos, había una tela que hacía de colchón, porque lana tenía muy poca. Lo extendimos e hicimos como que lo ablandamos, porque es imposible ablandar lo que es duro. Al colocar sobre la estera el maldito colchón vacío, se marcaban en él todas las cañas y parecía el espinazo de un cerdo flaquísimo. Sobre el hambriento colchón¹⁰ extendimos una manta igualmente flaca y de color indefinido.

Hecha la cama, y como ya era de noche, me dijo mi amo:

—Lázaro, ya es tarde y de aquí a la plaza hay un buen trecho.

¹⁰ El colchón es delgado, porque tiene poca lana; está *hambriento*, por lo flaco que está.



Además, en esta ciudad andan muchos ladrones que roban de noche. Pasemos como podamos y mañana, venido el día, Dios dirá. Porque yo, como vivo solo, no tengo provisiones en casa, pues estos días pasados he comido por ahí fuera; pero desde hoy lo haremos de otra manera.

—Señor —le contesté—, no se apene por mí, porque si es preciso, yo sé pasar una noche, y más de una, sin comer.

—Así vivirás más, y más sano —me respondió—, porque, como decíamos hoy, no hay cosa mejor en el mundo para vivir mucho que comer poco.

«Si así fuera», dije para mí, «yo nunca moriré, porque siempre he guardado esa regla a la fuerza y espero, para mi desdicha, guardarla toda la vida».



Mi amo se acostó en la cama, colocó a la cabecera las calzas, el jubón y el sayo,¹¹ y me mandó echarme a sus pies. Así lo hice, pero ¡maldito el sueño que dormí! Porque durante toda la noche las cañas y mis salidos huesos no dejaron de pelearse y de enfadarse, pues creo que a causa de mis penalidades, mis males y el hambre, no había una libra¹² de carne en todo mi cuerpo; y además, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre. Y el hambre no tiene mucha amistad con el sueño. Me maldije mil veces (¡que Dios me perdone!) y maldije mi mísera fortuna. Así me pasé la mayor parte de la noche, y sin osar moverme para no despertar a mi amo, y, lo peor de todo, pedí muchas veces a Dios la muerte.

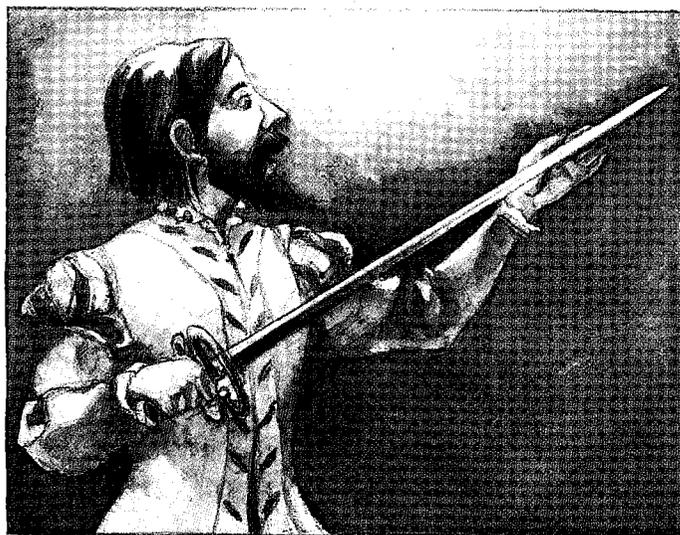
11 Las calzas cubrían desde los pies a la cintura. El sayo era una especie de chaqueta, con o sin mangas, que se ponía sobre el jubón.

12 Una *libra* equivalía a casi medio quilo.

Llegó la mañana, nos levantamos y mi amo comenzó a limpiar y a sacudir sus calzas y el jubón y el sayo y la capa. Para esto yo no le hacía mucha falta. Luego se vistió despacio y muy a su placer. Le eché agua en las manos, se peinó y se colgó su espada de la correa y, mientras se la ceñía, me dijo:

—¡Oh, mozo, si supieses qué pieza es ésta! No la daría yo ni por un marco de oro. Ni siquiera las espadas que hizo Antonio¹³ tienen un acero tan cortante como la mía.

Sacó la espada de la funda y la tentó con los dedos, diciendo:



—¿La ves bien? Yo me comprometo a cortar con ella un copo de lana.

«Y yo un pan de cuatro libras con mis dientes, aunque no sean de acero», dije para mí.

Volvió a meter la espada en la vaina, se la ciñó y colgó de la correa un rosario de cuentas gruesas. Luego, con paso sosegado,

13 Antonio Ruiz fue un famoso espadero. Forjó la espada del rey Fernando el Católico.

el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy elegantes movimientos, echó la punta de la capa sobre el hombro y a veces sobre el brazo, puso la mano derecha en el costado y salió por la puerta, diciendo:

—Lázaro, mira por la casa mientras voy a oír misa. Y haz la cama. Luego ve por una vasija de agua al río, que está aquí debajo, pero cierra la puerta con llave, no nos vayan a hurtar algo, y ponla en el quicio,¹⁴ para que yo pueda entrar, si vengo antes que tú.

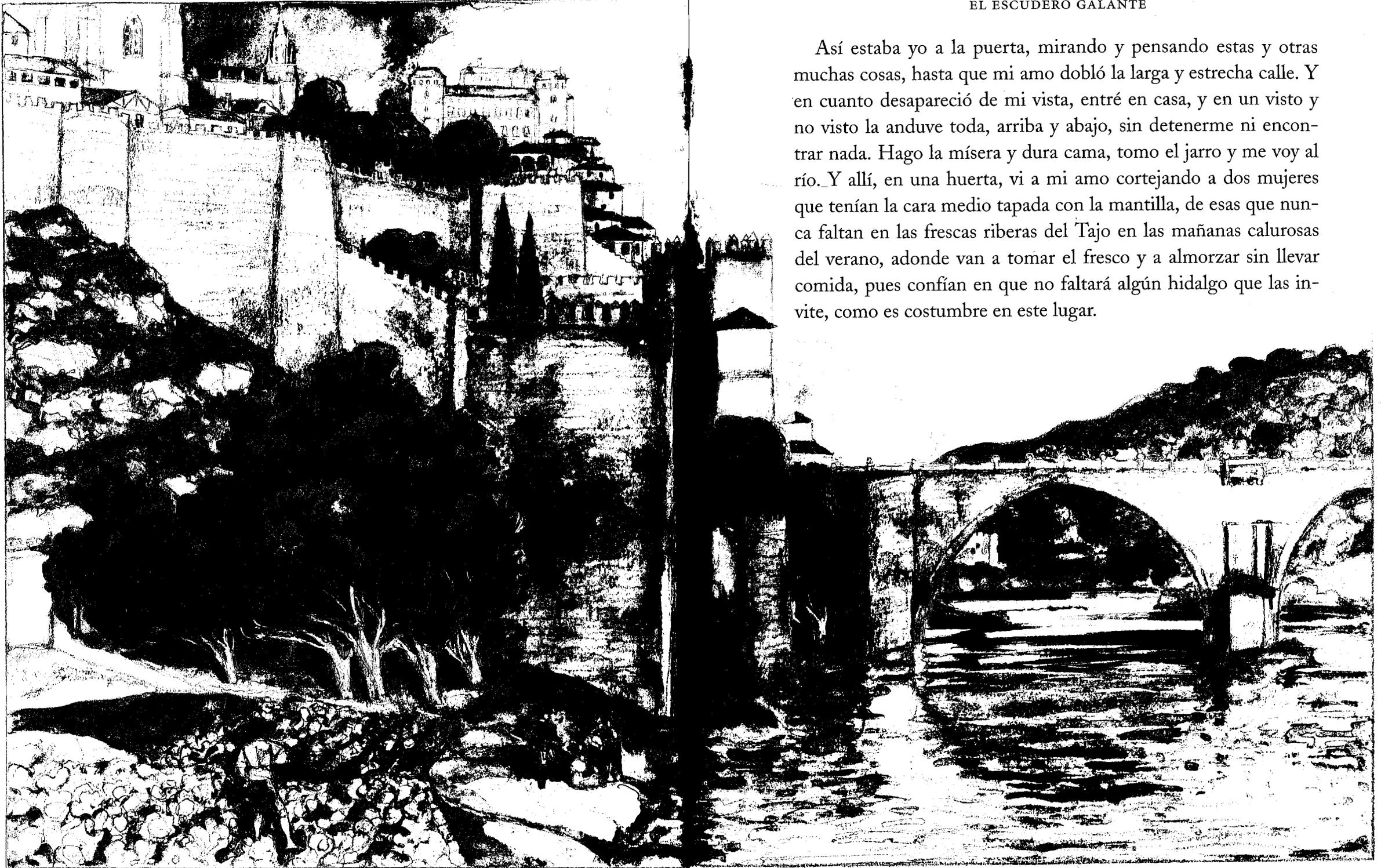
Y subió calle arriba con un gesto y una apariencia tan distinguidos, que quien no lo conociera pensaría que era un pariente cercano del conde de Arcos, o por lo menos el criado que lo vestía.

«¡Bendito seáis, Señor!», me quedé yo diciendo, «¡que dais la enfermedad y ponéis el remedio! El que se encuentre con mi señor y lo vea tan contento, ¿no pensará que anoche cenó bien y durmió en buena cama, y, aunque todavía es temprano, que esta mañana ha almorzado muy bien? ¡Grandes secretos son, Señor, los que hacéis y las gentes ignoran! ¿A quién no engañarán su aceptable ropa y su buena figura? ¿Y quién va a pensar que este hombre elegante se pasó todo el día de ayer sin comer, salvo el mendrugo de pan que su criado Lázaro trajo durante un día y una noche en su pecho, donde no se le podía pegar mucha limpieza? ¿Podría alguien sospechar que hoy, después de lavarse las manos y la cara, se ha secado con el faldón del sayo porque no tiene toalla? Nadie, seguro. ¡Oh Señor, cuántos como él debéis tener derramados por el mundo, que padecen por la negra honra lo que no sufrirían por Vos!».¹⁵

14 *quicio*: parte de la puerta junto a las bisagras.

15 En época del *Lazarillo* la honra se basaba en la estimación social que se tenía de las personas, de modo que para conservar la honra era necesario mantener las apariencias.

Así estaba yo a la puerta, mirando y pensando estas y otras muchas cosas, hasta que mi amo dobló la larga y estrecha calle. Y en cuanto desapareció de mi vista, entré en casa, y en un visto y no visto la anduve toda, arriba y abajo, sin detenerme ni encontrar nada. Hago la mísera y dura cama, tomo el jarro y me voy al río. Y allí, en una huerta, vi a mi amo cortejando a dos mujeres que tenían la cara medio tapada con la mantilla, de esas que nunca faltan en las frescas riberas del Tajo en las mañanas calurosas del verano, adonde van a tomar el fresco y a almorzar sin llevar comida, pues confían en que no faltará algún hidalgo que las invite, como es costumbre en este lugar.



Y como digo, mi amo estaba entre aquellas fulanas, hecho un Macías, diciéndoles más dulzuras que escribió Ovidio.¹⁶ Y como lo vieron tan apasionado, no les dio vergüenza pedirle de almorzar, a cambio del pago acostumbrado.¹⁷ Entonces mi amo, que tenía la bolsa tan vacía como el estómago, sufrió un escalofrío que le cambió el color de la cara. Comenzó a hablar atropellado y a poner malas excusas. Las mozas, que eran expertas, se dieron cuenta de cuál era su verdadero mal, y lo dejaron por pobre.

Mientras tanto yo me comí unos tronchos de berzas, con los que me desayuné. Luego, sin que mi amo me viese, volví a casa con mucha diligencia, como criado principiante, y pensé barrerla, porque le hacía buena falta, pero no encontré con qué. Me puse a pensar qué podría hacer, y decidí esperar a mi amo hasta el mediodía, a ver si traía algo de comer. Pero esperé en vano.

Dieron las dos y como no venía y me aquejaba el hambre, cerré la puerta de casa, dejé la llave donde me había mandado, y volví a mi oficio de mendigo. Con la voz baja y enferma, las manos cruzadas sobre el pecho, elevando los ojos a Dios e invocando su nombre, empiezo a pedir pan por las puertas y las casas más grandes. Este oficio yo lo había mamado en la leche, quiero decir que lo había aprendido con un gran maestro como el ciego, así que salí tan buen discípulo que, aunque en este pueblo no hay caridad ni el año había sido muy abundante, me di tan buena maña que, antes de que el reloj diese las cuatro, ya tenía otras tantas libras de pan almacenadas en el cuerpo y otras dos guardadas en las mangas y entre la camisa y el pecho. Volví a la casa y, al

16 Macías fue un poeta gallego del siglo xv que, según la leyenda, murió por amor. El poeta latino del s. i Ovidio escribió *El arte de amar*, un libro donde recomienda formas de cortejar a una mujer pero que también está lleno de obscenidades.

17 Esto es, la relación sexual que ofrece una prostituta.



pasar por la calle de la Tripería,¹⁸ le pedí a una de las vendedoras. La mujer me dio un pedazo de uña de vaca¹⁹ y unas pocas tripas cocidas.

Cuando llegué a casa, ya estaba en ella el bueno de mi amo. Había doblado su capa y la había puesto en el poyo, y se paseaba por el patio. En cuanto me vio entrar, vino hacia mí. Pensé que me iba a reñir por la tardanza, pero no lo quiso Dios.

—¿De dónde vienes, Lázaro? —me preguntó.

—Señor —le dije—, hasta las dos estuve aquí, pero cuando vi que Vuestra Merced no venía, me fui por la ciudad a encomendarme a las buenas gentes. Y me han dado esto que veis.

Le mostré el pan y las tripas que traía guardados entre la ropa. Lo miró con muy buena cara y me dijo:

—Pues te he estado esperando para comer, y como no venías, he comido. Te has portado como un hombre de bien, pues más vale pedir la comida por Dios que robarla. Me parece muy bien. Lo único que te pido es que nadie sepa que vives conmigo, para poner a salvo mi honra, aunque estoy seguro de que será un se-

18 La calle de la Tripería recibía ese nombre porque en ella se hallaban los puestos de venta de tripas y otros despojos. Hoy en día es la calle Sixto Ramón Parro.

19 *uña de vaca*: el pie de la vaca.

creto, porque muy pocos me conocen en esta ciudad. ¡Nunca debí venir a ella!

—Por eso no se preocupe, señor —le respondí—, que maldito lo que le importa a nadie pedirme cuentas de con quién vivo, ni yo las doy.

—Anda, ahora come, pecador, que si Dios quiere, pronto nos veremos sin necesidad. Aunque te digo que desde que entré en esta casa, nunca me ha ido bien. Debe ser de mal suelo, porque hay casas desdichadas, en las que entras con mal pie y luego te pegan la desdicha. Esta debe de ser, sin duda, una de ellas. Pero yo te prometo que, al acabar el mes, no me quedo en ella ni aunque me la regalen.

Me senté en un extremo del poyo y, para que no me tuviese por glotón, pasé sin la merienda. A la hora de la cena comencé a morder mi pan y mis tripas, y disimuladamente miraba al desventurado señor mío, que no apartaba los ojos de mis faldas, que en aquella ocasión me servían de plato. Tanta lástima tenga Dios de mí como yo tuve de él, porque sentí lo que él sentía, pues yo había pasado por lo mismo muchas veces y lo seguía pasando cada día. Pensaba si estaría bien invitarle, pero como me había dicho que había comido, temí que no aceptara la invitación. En fin, que lo que yo deseaba era que el pobre escudero remediase su hambre con el fruto de mi trabajo, y se desayunase como el día anterior. Además había mejor apañío, porque la vianda²⁰ era mejor y yo tenía menos hambre.

Quiso Dios cumplir mi deseo, y creo que también el suyo, porque en cuanto empecé a comer, el escudero dejó de pasear, se acercó a mí y me dijo:

²⁰ *vianda*: comida.



—¿Sabes qué te digo, Lázaro? Que en mi vida he visto a una persona comer con tanta gracia como tú. Y creo que no hay nadie que al verte no le entren las ganas, aunque no las tenga.

«Las muchas ganas que tú tienes de comer, te hacen parecer muy graciosas las mías», dije para mí.

A pesar de todo, decidí invitarle, porque me lo estaba pidiendo con los ojos y con aquellas insinuaciones.

—Señor —le dije—, un buen aparejo hace buen artesano.²¹ Este pan está sabrosísimo y esta uña de vaca está tan bien cocida y sazónada, que no hay nadie que se resista a probar su sabor.

—¿Es uña de vaca?

—Sí, señor.

—Pues te digo que es el mejor bocado del mundo. A mí ni un faisán me sabría tan bien.

—Pues pruebe, señor, y verá qué tal está.

Le pongo en las manos la uña de vaca y tres o cuatro trozos de pan de lo más blanco, se sienta a mi lado, y comienza a comer con muchas ganas, royendo cada huesecillo mejor que lo haría un galgo.

—Con salsa de almodrote,²² este manjar es único —dijo.

«Tú lo comes con hambre, que la mejor salsa del mundo», murmuré yo por lo bajo.

—Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera probado bocado.

«¡Ojalá tenga yo tan buen año como eso es cierto!», dije yo para mí.

Me pidió el jarro del agua y se lo di: señal de que, pues queda-

21 Esto es, 'un buen instrumental hace bueno al que lo maneja', o sea, 'la buena comida me hace parecer la persona que come con más gracia y placer'.

22 *almodrote*: salsa hecha con aceite, ajo, queso y otros ingredientes.

ba agua, no le había sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos fuimos a dormir como la noche anterior.

Y para no extenderme demasiado, diré que así estuvimos ocho o diez días. El muy pecador se iba por la mañana con aquel contento y aquel andar acompasado a papar aire por las calles, mientras el pobre Lázaro le servía como cabeza de lobo.²³ Meditaba yo muchas veces sobre mi desgracia, pues había escapado de dos amos miserables buscando mejoría, y fui a dar con uno que no sólo no me mantenía, sino que era yo quien tenía que mantenerlo a él. A pesar de eso yo lo quería bien, pues veía que él nada poseía ni podía hacer más, y antes le tenía lástima que enemistad.

Para llevar a casa algo con qué alimentarle, yo lo pasaba mal muchas veces.

Una mañana se levantó el pobre en camisa, subió a lo alto de la casa a hacer sus necesidades,²⁴ y mientras tanto yo, para salir de dudas, desenvolví su jubón y sus calzas, que había dejado a la cabecera de la cama, y encontré una bolsita de terciopelo raso hecha cien dobleces, pero sin una maldita blanca ni señal de haberla tenido en mucho tiempo.

«Este», me dije, «es pobre y nadie da lo que no tiene. Pero tanto el avaro ciego como el desgraciado y mezquino clérigo me mataban de hambre, aunque a los dos les daba Dios la comida, al ciego mediante limosnas y al clérigo a través de ofrendas. Así que era tan justo que no quisiera a ninguno de los dos como que este escudero me dé lástima».

Dios es testigo de que hoy día, cuando me encuentro a uno que va vestido como él, y con su paso y pompa, le tengo lástima,

23 Esto es, 'como medio para conseguir un beneficio'. El que mataba un lobo llevaba su cabeza por la comarca para que los ganaderos le dieran alguna recompensa.

24 Las necesidades fisiológicas se hacían en un corral o en el desván.



pues pienso que quizás padece tanto como sufría mi tercer amo. Porque, por todo lo que acabo de decir, me alegraría más servir a este amo que a los otros dos. Sólo una cosa suya me descontentaba un poco: que fuera tan presumido, pues hubiera podido disminuir un poco su arrogancia a medida que aumentaba su necesidad. Pero, según me parece, es ya una norma usada y guardada entre los hidalgos como él que, aunque estén sin un céntimo, no se quitan el sombrero para saludar. Y si el Señor no lo remedia, con ese orgullo han de morir.

Así pues, estaba yo en esa situación, pasando la vida que digo, cuando quiso mi mala fortuna, que no se cansaba de perseguirme, que no durase en aquella miserable y vergonzosa forma de vivir. Y es que, como aquel año la cosecha de trigo había sido muy escasa en esta región, el Ayuntamiento acordó que todos los forasteros pobres abandonasen la ciudad. El pregón²⁵ decía que se castigaría con azotes al que no lo hiciese.²⁶ Y así, en cumplimiento de la ley, cuatro días después de hacerse público el pregón, vi azotar a una procesión de pobres a los que llevaban por las Cuatro Calles. Esto me causó tan gran espanto, que nunca más me atreví a mendigar.

²⁵ *pregón*: lectura en voz alta y en lugar público de algo que conviene que todos sepan.

²⁶ A causa de la mala cosecha de trigo de 1545, el Ayuntamiento de Toledo decretó en 1546 una ley por la que se prohibía mendigar en la ciudad a los pobres venidos de fuera, so pena de recibir sesenta azotes y ser desterrado.



Había que ver, pues, la falta de alimentos en la casa y la tristeza y el silencio de sus moradores,²⁷ hasta el punto de que el escudero y yo estuvimos dos o tres días sin comer bocado ni hablar palabra. A mí me dieron la vida unas mujercillas hilanderas de algodón,²⁸ que hacían gorros y vivían al lado de nosotros, con las que tenía muy buena vecindad y trato... De la miseria que les traían me daban alguna cosilla, con la cual sobrevivía, hecho una uva pasa.

Pero no tenía tanta lástima de mí como del miserable de mi amo, pues en ocho días maldito el bocado que comió. En casa, al menos, no comimos. Fuera de ella no sé yo dónde andaba y qué comía. Pero ¡había que verle venir a mediodía, calle abajo, con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta! Y por lo que toca a su «negra» honra, como la llaman, tomaba un palillo, de los que apenas había en casa, y salía a la puerta escarbándose los dientes, que nada tenían entre ellos.²⁹ Y todavía se quejaba de la casa, diciendo:

—Toda nuestra desdicha es por esta vivienda. Como ves, es lóbrega,³⁰ triste y oscura. Mientras estemos aquí, nos tocará padecer. Ya deseo que se acabe este mes para dejarla.

Estábamos, pues, en esta afligida y hambrienta persecución, cuando un día, no sé por qué dicha o ventura, llegó a poder de mi pobre amo un real,³¹ con el cual entró en casa tan contento como si tuviera el tesoro de Venecia. Con gesto muy alegre y risueño me lo dio, diciendo:

27 *moradores*: habitantes.

28 *mujercillas*: 'prostitutas', muchas de las cuales tenían también el oficio de hilanderas.

29 Hurgándose con el mondadientes, el escudero aparenta haber comido.

30 *lóbrega*: tenebrosa, oscura.

31 *un real*: moneda equivalente a 34 maravedís. Véase nota 25, pág. 38.

—Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano. Ve a la plaza y compra pan, y vino y carne: ¡quebrems el ojo al diablo! Y aun te hago saber, para que te alegres, que he alquilado otra casa. En esta desastrada no hemos de estar ni un día más de este mes. ¡Con mal pie entré en ella! ¡Maldita sea la casa y el que puso su primera teja! Por Nuestro Señor, que desde que vivo en ella, no he bebido una gota de vino ni he comido un bocado de carne, ni he tenido ningún descanso. ¡Hay que ver qué aspecto tiene, qué oscuridad y qué tristeza! Lázaro, ve y ven pronto, y comamos hoy como condes.



Tomé mi real y el jarro, y dando prisa a los pies, comienzo a subir mi calle, encaminando mis pasos hacia la plaza, muy contento y alegre. Pero ¿de qué me servía, si está en mi triste suerte que ningún gozo me venga sin zozobra?³² Y así fue esta vez. Iba calle arriba, echando mis cuentas en qué gastar mejor y con más provecho el real, dando infinitas gracias a Dios porque mi amo se había hecho con dinero, cuando a deshora me vino al encuentro

32 *zozobra*: inquietud, angustia.

un muerto. Lo traían en andas,³³ por la calle abajo, con muchos clérigos y mucha gente. Me arrimé a la pared para dejarles paso, y nada más pasar el cuerpo venía tras él una mujer de luto, que debía ser la mujer del difunto, y con ella otras muchas mujeres. La viuda iba llorando, y decía a grandes voces:

—Marido y señor mío, ¿adónde os llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben!

Al oír aquello, se me juntó el cielo con la tierra, y me dije: «¡Ay, desdichado de mí! A mi casa llevan este muerto».

Dejé el camino que llevaba y me abrí paso por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo a todo correr, entro en casa, cierro a toda prisa la puerta, me abrazo a mi amo y le pido auxilio y le suplico que haga el favor de ayudarme a defender la entrada.

Mi amo, muy alterado, pensó que era otra cosa, y me dijo:

—¿Qué pasa, mozo? ¿Qué voces das? ¿Qué tienes? ¿Por qué cierras la puerta con tal furia?

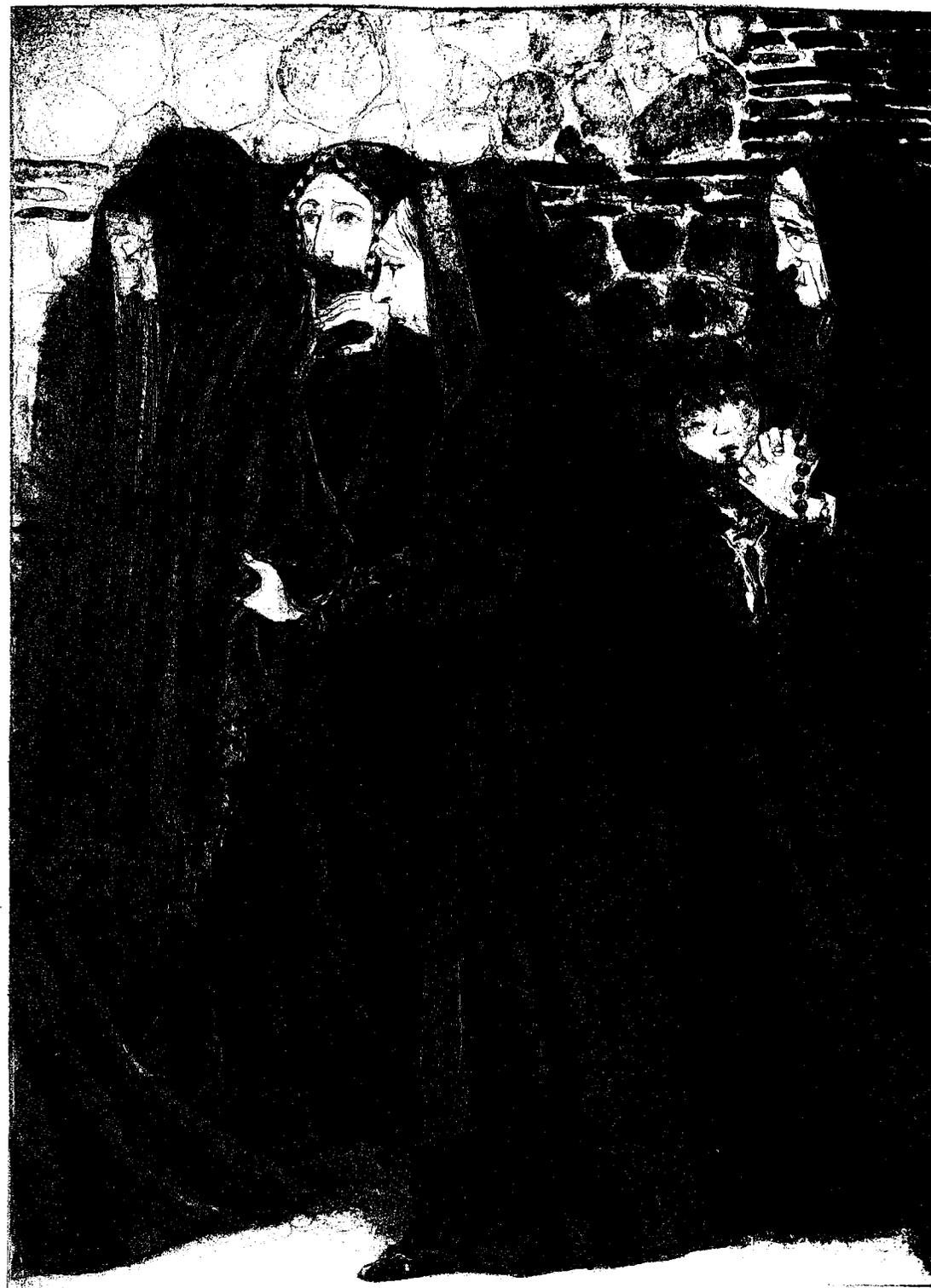
—¡Oh señor —dije yo—, acuda aquí, que nos traen un muerto a casa!

—¿Cómo es eso? —respondió él.

—Aquí arriba lo encontré, y venía diciendo su mujer: «Marido y señor mío: ¿adónde os llevan? ¡A la casa lóbrega y oscura, a la casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben!». Aquí nos lo traen, señor.

De verdad, cuando mi amo oyó esto, aunque no tenía por qué estar muy risueño, se rió tanto que estuvo un gran rato sin poder hablar. Yo aproveché aquel tiempo para atravesar la barra tras la puerta y apoyar el hombro en ella con el fin de defenderla mejor.

³³ *andas*: féretro o caja con varas en que se lleva a enterrar a un muerto.



Pasó la gente con el muerto, y yo aún temía que nos lo metieran en casa. Luego, bastante más harto de reír que de comer, el bueno de mi amo me dijo:

—Es verdad, Lázaro. Tal como lo decía la viuda, tuviste razón de pensar lo que pensaste. Pero, pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre la puerta, y vete por comida.

—Espere, señor, a que acaben de pasar de largo —dije yo.

Al fin se acercó mi amo a la puerta, pero era tanto mi miedo y mi alteración, que para abrirla tuvo que empujarme a un lado. Luego me mandó salir y rehacer el camino para comprar comida.

Aquel día comimos bien, pero maldito el gusto que me dio lo que comí. Ni siquiera en los tres días siguientes recuperé mi color de cara. En cambio mi amo se ponía muy risueño cada vez que se acordaba de aquella consideración mía.

De esta manera estuve con mi tercer y pobre amo algunos días más. Siempre había deseado saber la intención de su venida y de su estancia en esta tierra. Porque desde el primer día que entré a servir a este escudero, me di cuenta de que no era de Toledo por el poco conocimiento y trato que tenía con los naturales de la ciudad. Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba, porque un día que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, mi amo me habló de su vida y hacienda. Me dijo que era de Castilla la Vieja, y que había dejado su tierra sólo por no quitarse el sombrero para saludar a un caballero vecino suyo.

—Señor —le dije—, si él era un caballero y tenía más categoría que vos, ¿no estabais equivocado en no quitaros el sombrero primero, pues decís que él también se lo quitaba para saludaros?

—Él sí era caballero, y más noble que yo, y también se quitaba el sombrero ante mí. Pero yo me lo quitaba siempre primero, así que bien podía él anticiparse alguna vez.

—Me parece, señor —le dije yo—, que yo no repararía en esas cosas. Y menos si se trata de personas con más categoría que yo.

—Lázaro —me respondió—, eres muchacho y no sientes las cosas de la honra. En la honra está hoy día todo el capital de los hombres de bien.³⁴ Pues te hago saber que yo soy, como ves, un esudero; pero ¡juro por Dios! que si me encuentro a un conde en la calle y no me quita el sombrero muy bien quitado del todo, que en la siguiente ocasión que me cruce con él me meto en una casa, fingiendo en ella algún negocio, o me desvío por otra calle, si la hay, antes de que llegue a mi lado, todo con tal de no quitarme el sombrero. Porque un hidalgo como yo no debe nada a nadie más que a Dios y al rey,³⁵ así que no es justo, siendo noble, descuidarme un punto de valorar mucho mi persona. Recuerdo que un día humillé a un artesano de mi pueblo, y estuve a punto de castigarlo porque, cada vez que lo encontraba, me saludaba con un «Dios mantenga a Vuestra Merced». Hasta que le dije: «Vos, don villano miserable, ¿por qué no sois bien criado? ¿Me tenéis que decir “Dios os mantenga”, como si yo fuese un cualquiera?».³⁶ Desde aquel momento, me viera donde me viera, aquel hombre se quitaba el sombrero y me hablaba como debía.

—¿Pero —dije yo— no es buena manera de saludar un hombre a otro diciéndole que le mantenga Dios?

—¡Maldito seas, bribón! —me contestó—. A los hombres plebeyos se les dice eso, pero a los de alcurnia³⁷ como yo se les ha de decir «Beso las manos de Vuestra Merced», o por lo menos: «Os

³⁴ *hombres de bien*: nobles.

³⁵ El hidalgo era el noble de menor rango y sólo pagaba impuestos al rey, y no a miembro alguno de la nobleza.

³⁶ La fórmula de saludo «Manténgaos Dios» se consideraba vieja y aldeana. El orgulloso escudero quiere ser saludado como en la Corte.

³⁷ *plebeyo*: persona que no es noble ni hidalgo; *de alcurnia*: de ascendencia noble.

beso, señor, las manos», si el que me habla es caballero. Y así, no quise aguantar nunca más el saludo de aquel de mi pueblo que me llenaba de mantenimientos, y por eso vine a Toledo. Y nunca soportaría ni soportaré a ningún hombre del mundo, del rey abajo, que me diga: «Dios os mantenga».

«Ay de mí», pensé, «por eso este hidalgo se preocupa tan poco de mantenerte,³⁸ pues no tolera que nadie le mantenga».



—Además —dijo—, no soy tan pobre. Tengo en mi pueblo un solar de casas que, si estuvieran en pie, bien construidas y a dieciséis leguas³⁹ de allí, en pleno barrio de la Costanilla de Valladolid, valdrían más de doscientos mil maravedís. Y tengo también un palomar que, si no estuviera derribado como está, daría cada año

38 *de mantenerte*: de alimentarte.

39 Esto es, a unos 90 km.

más de doscientos palominos. Y, en fin, me callo otras cosas que abandoné por causa de la honra. Y vine a esta ciudad, pensando que aquí hallaría una buena ocupación,⁴⁰ pero no me ha sucedido como pensé. Me he encontrado con muchos canónigos y señores de la iglesia, pero son personas tan tacañas que no hay quien los saque de sus hábitos. Algunos caballeros de mediana fortuna también me ofrecen trabajo, pero servirles es un tormento, porque de hombre que eres te has de convertir en criado para todo, y si no, te despiden con un «Vete con Dios». Y, encima, la mayoría de las veces el pago es a largo plazo, y casi siempre lo comido por lo servido: sin ganar nada. Y cuando se arrepienten y quieren pagarte por tus sudores, te pasan al cuarto de la ropa y te pagan con un sudado jubón o una capa gastada o un sayo usado. Y cuando un hombre encuentra ocupación con un señor de título, también las pasa mal. Pero, ¿acaso no estoy yo preparado para servir y contentar a personas nobles? Por Dios, que si encuentro a uno de esos creo que sería su mayordomo perfecto. Le haría mil buenos servicios, porque yo sabría mentirle tan bien como el que más y agradarle a las mil maravillas; le reiría mucho sus gracias y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca le diría nada que le disgustase, por más que le conviniese oírlo. En su presencia sería muy diligente, pero no me mataría por hacer bien las cosas que no fuese a ver. Refñiría a los servidores cuando él me oyese, para que pareciera que me preocupaba mucho de sus cosas; en esas riñas, hablaría con tono agudo y algo airado para que creyese que lo hacía en bien del culpable. A este señor le alabaría lo que fuese de su agrado, pero sería malicioso, burlón y delator de

40 Los hidalgos solían emplearse de mayordomos en las casas ricas o de acompañantes de caballeros.

la gente de casa y de fuera de ella. Yo sabría indagar y averiguar secretos de vidas ajenas para contarle chismorreos, como sabría hacer tantas otras cosas por el estilo que hoy en día son costumbre en palacio. Todo esto les parece bien a los señores, porque no quieren ver en sus casas a hombres virtuosos; al contrario, a los virtuosos los aborrecen, no los aprecian y los llaman necios, y les dicen que no sirven para nada y que no son de fiar. Así que, con uno de esos señores, hoy por hoy es menester usar la astucia, como yo la usaría. Pero no quiere mi ventura que encuentre a ninguno de ellos.

Así lamentaba mi amo su adversa fortuna, dándome cuenta de su valía personal.

Y estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja. El hombre le pidió el alquiler de la casa y la vieja el de la cama. Hicieron cuentas, y la suma de dos meses subía más de lo que mi amo podría reunir en un año. Creo que le reclamaron doce o trece reales. Él les dio muy buena respuesta: que iría a la plaza a cambiar una moneda de treinta y que volviesen por la tarde. Pero su ida fue sin vuelta.

Por la tarde volvieron el hombre y la vieja, pero ya era tarde. Yo les dije que mi amo aún no había vuelto. Vino la noche, pero él no. Yo tuve miedo de quedarme solo en casa, así que me fui con las vecinas y les conté el caso, y allí dormí. Venida la mañana, los acreedores vuelven y llaman a la puerta... de las vecinas, preguntando por él. Las mujeres le dicen:

—Aquí tenéis a su criado y la llave de su casa.

El hombre y la mujer me preguntaron por mi amo y yo les dije que no sabía dónde estaba.

—No ha vuelto a casa desde que salió a buscar cambio —añadí—, y con él pienso que ha huido de vos y de mí.



Nada más oír esto, fueron a buscar a un alguacil y a un escribano.⁴¹ Vuelven en seguida con ellos, me llaman, toman la llave, llaman a testigos, abren la puerta y entran a embargar los bienes de mi amo hasta cobrarse la deuda. Pero recorrieron toda la casa y la hallaron tan vacía como he contado. Y me dijeron:

—¿Qué ha pasado con los bienes de tu amo, sus arcas, los tapices de las paredes y los demás muebles?

—No sé de qué me hablan —contesté.

—Sin duda —dijeron ellos— lo han sacado todo esta noche y lo han llevado a algún sitio. Señor alguacil, prended a este mozo, que él sabe dónde está todo.

⁴¹ El alguacil cumplía órdenes de la justicia: embargaba, citaba a juicio, apresaba y encarcelaba a los delincuentes. El escribano lo acompañaba para dejar constancia de lo sucedido por escrito y recoger testimonios.

En esto vino el alguacil, y me echó mano por el cuello del jubón, diciendo:

—Muchacho, tú vas preso si no descubres los bienes de tu amo.

Yo nunca me había visto en otra igual, porque del cuello sí me había agarrado infinitas veces el ciego, pero suavemente, para mostrarle el camino, así que me entró mucho miedo, y llorando prometí decir lo que preguntaban.



—Muy bien —dijeron ellos—, pues di todo lo que sabes, y no tengas temor.

Se sentó el escribano en un poyo para escribir el inventario, y me preguntó qué bienes tenía mi amo.

—Señores —dije yo—, lo único que tiene, según me dijo, es un solar de casas muy bueno y un palomar en ruinas.

—Bien está —dijeron los cobradores del alquiler—. Por poco que eso valga, es suficiente para cobrarnos la deuda. ¿Y en qué parte de la ciudad tiene eso?

—En su pueblo —respondí.

—Por Dios, que está bueno el negocio —dijeron ellos—. ¿Y dónde está su pueblo?

—Mi amo me dijo que era de Castilla la Vieja —contesté.

Se rieron mucho el alguacil y el escribano, diciendo:

—¡Como para cobrar esta deuda con esos datos!

Las vecinas, que estaban presentes, dijeron:

—Señores, este es un niño inocente, y hace pocos días que está con ese escudero, y no sabe de él más que vuestras mercedes. El pobrecico se viene aquí a nuestra casa, le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y por las noches se iba a dormir con él.

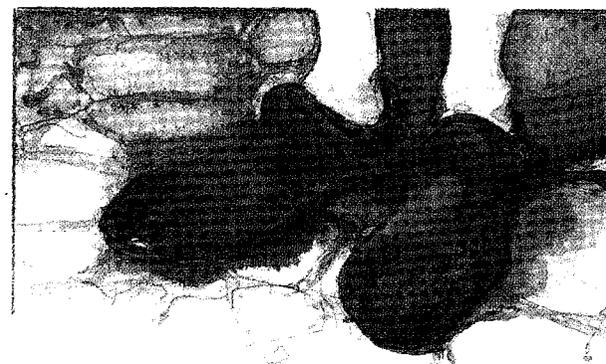
Vista mi inocencia, me dejaron libre. El alguacil y el escribano reclamaron al hombre y a la mujer el pago de sus servicios, pero ellos alegaron que no estaban obligados a pagar nada, pues no había de qué ni se había hecho ningún embargo. Entonces empezó entre ellos una buena disputa, a voz en grito. El alguacil y el escribano decían que habían dejado de ir a otro negocio que les importaba más por venir a éste. Finalmente, después de dar muchas voces, el ayudante del alguacil cargó con la vieja manta de la vieja y se la llevó, aunque no iba muy cargado. Y los cinco se alejaron dando voces. No sé en qué acabó la cosa. Yo creo que la pe-



cadora manta pagaría por todos, y bien merecido que se lo tenía, pues en lugar de reposar y descansar de los trabajos pasados, como correspondía a su edad, volvería a alquilarse.⁴²

Así, como he contado, me dejó mi pobre tercer amo. Con él acabé de conocer mi pobre dicha, la cual se mostraba tan en contra mía y contra mis intereses, que si lo habitual es que un mozo abandone a su amo, en mi caso ocurrió al revés, ya que fue mi amo el que me dejó y huyó de mí.

⁴² Con su habitual ironía, Lázaro supone que la manta será la que "pague" por todos, pues para cobrarse el servicio prestado, el alguacil y el escribano se quedan con ella y la siguen alquilando, pese a lo vieja y gastada que está.



Lázaro se emplea con un fraile de la Merced

Tuve que buscarme un cuarto amo, y éste fue un fraile de la Merced, hacia el que me dirigieron las mujerzuelas a las que me he referido, que tenían con él un trato muy «familiar». Este fraile era gran enemigo de los oficios religiosos y de comer en el convento.¹ En cambio, se perdía por andar fuera, pues era muy amigo de asuntos mundanos y de hacer visitas, tanto que rompía él más zapatos que todos los frailes del convento. Este amo me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida,² pero no me duraron ni ocho días, ni yo pude resistir sus andanzas. Y por esto, y por otras cosillas que no digo, lo dejé.

¹ La orden de la Merced se fundó en 1218. Los frailes mercedarios se dedicaban a rescatar cautivos cristianos en Argel, pero a mediados del siglo xvi no gozaban de buena reputación por su escaso espíritu evangélico. Este cuarto amo de Lázaro parece ser un fraile vividor, mujeriego y hasta alcahuete ('persona que facilitaba relaciones amorosas con las prostitutas').

² Hasta entonces Lázaro había andado descalzo.



Lo que pasó Lázaro con un buldero

Di por casualidad con el quinto amo, un buldero.¹ Era el más desenvuelto, desvergonzado y el mejor vendedor de bulas que jamás vi ni espero ver, ni creo que nadie vio, porque empleaba maneras astutas y muy sutiles engaños.

Nada más entrar en el pueblo donde tenía que predicar la bula, primero regalaba a los clérigos o curas algunas cosillas de poco valor y sustancia: una lechuga murciana, si era la época, un par de limones o naranjas, un melocotón, un par de duraznos,² una pera... Así procuraba tenerlos de su parte, para que favoreciesen su negocio y llamasen a los feligreses³ a comprar la bula.

Los curas le daban las gracias por los regalos y entonces el buldero se informaba de sus conocimientos. Si decían que entendían latín, mi amo no les hablaba ni una palabra en esta lengua para

1 El *buldero* era un clérigo que se dedicaba a predicar y vender bulas, de las que cobraba un porcentaje. La *bula* era un privilegio otorgado por el Papa que dispensaba a quienes la compraban de cumplir algunas obligaciones religiosas, como el ayuno de Cuaresma. El dinero recaudado con las bulas se había empleado en la Edad Media para pagar los gastos de las cruzadas y de la Reconquista, pero en el siglo XVI había pasado a ser una especie de impuesto muy impopular.

2 *durazno*: variedad de melocotón.

3 *feligrés*: el que pertenece a una parroquia.

no meter la pata, pero se aprovechaba de su elegante y perfecto castellano y de su lengua desenvuelta. Pero si se enteraba de que dichos clérigos eran de los que se ordenan sacerdotes más por dinero y cartas de recomendación que por conocimientos, entonces simulaba ser un santo Tomás⁴ y hablaba dos horas en latín... o más bien en algo que lo parecía, aunque no lo era.

Cuando no le tomaban las bulas por las buenas, conseguía que lo hicieran por las malas. Para ello causaba molestias al pueblo,⁵ o empleaba hábiles artificios. Sería largo de contar todos los trucos que le vi hacer, así que diré uno muy sutil y gracioso, con el cual probaré bien su inteligencia.

En un pueblo de la Sagra de Toledo⁶ había predicado dos o tres días, haciendo sus acostumbradas diligencias, pero no le habían comprado ni una bula ni, a mi ver, tenían intención de comprarla. Mi amo se daba a todos los diablos con aquello y, tras pensar qué podría hacer, decidió convocar al pueblo para el día siguiente por la mañana con el fin de despedir la bula.

Y esa noche, después de cenar, él y el alguacil se jugaron el postre,⁷ y por cosas del juego empezaron los dos a reñir y a decirse malas palabras. Él llamó ladrón al alguacil y éste lo acusó de falsario.⁸ Entonces, mi amo tomó un lanzón que había en el portal donde jugaban y el alguacil echó mano a la espada que llevaba a la cintura. Al ruido y a las voces que todos dimos, acudieron los huéspedes y vecinos y se interpusieron entre uno y otro, pero

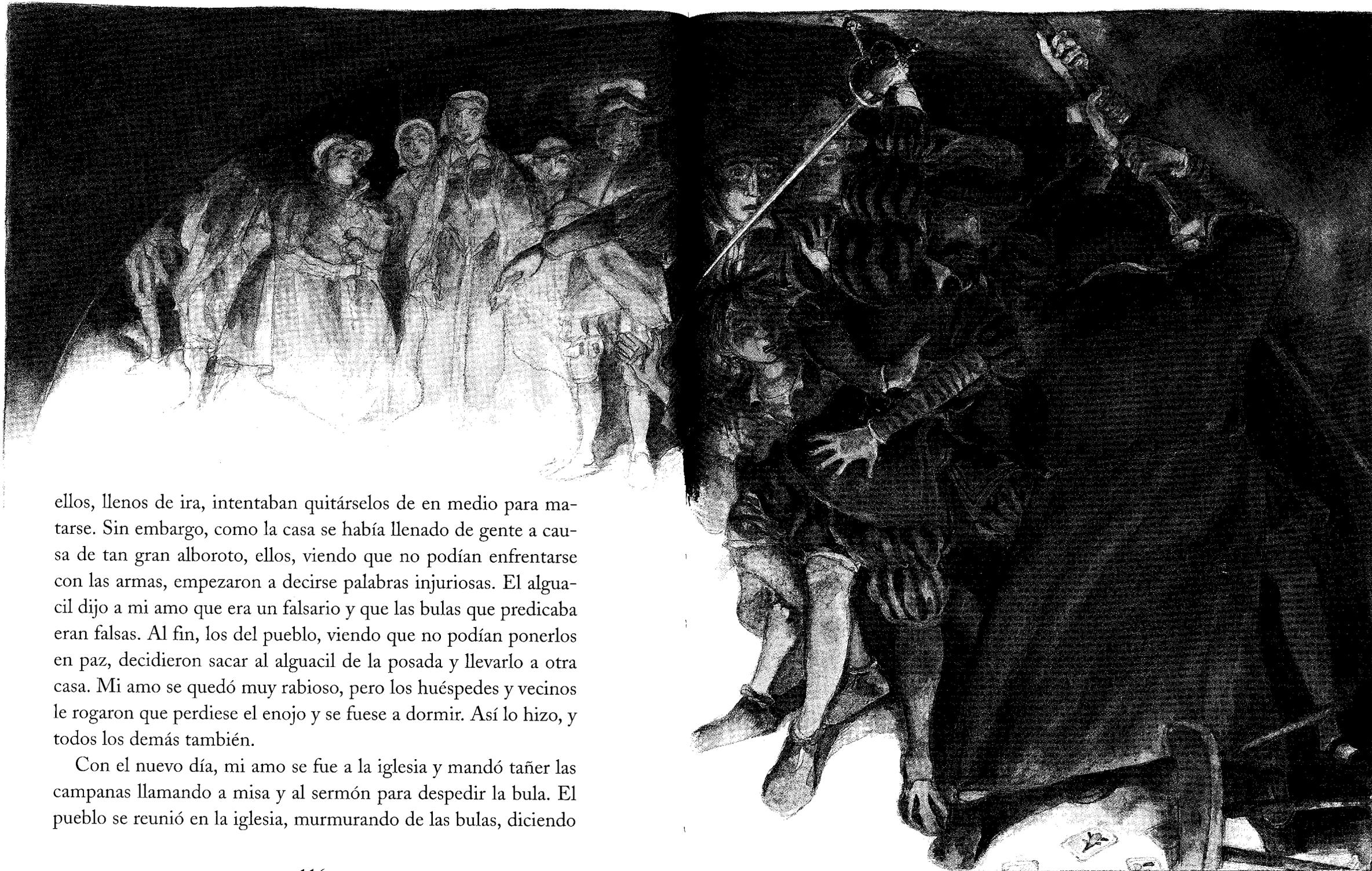
4 *ser un Santo Tomás*: ser un sabio.

5 Como el pueblo tenía obligación de acudir a los sermones, el buldero fastidiaba a la gente convocándola a la hora de trabajar en el campo.

6 La *Sagra* es una comarca situada al noroeste de la provincia de Toledo.

7 En el desempeño de su cargo, el buldero solía ir acompañado de un alguacil y un escribano.

8 *falsario*: mentiroso, falsificador.



ellos, llenos de ira, intentaban quitárselos de en medio para matarse. Sin embargo, como la casa se había llenado de gente a causa de tan gran alboroto, ellos, viendo que no podían enfrentarse con las armas, empezaron a decirse palabras injuriosas. El alguacil dijo a mi amo que era un falsario y que las bulas que predicaba eran falsas. Al fin, los del pueblo, viendo que no podían ponerlos en paz, decidieron sacar al alguacil de la posada y llevarlo a otra casa. Mi amo se quedó muy rabioso, pero los huéspedes y vecinos le rogaron que perdiese el enojo y se fuese a dormir. Así lo hizo, y todos los demás también.

Con el nuevo día, mi amo se fue a la iglesia y mandó tañer las campanas llamando a misa y al sermón para despedir la bula. El pueblo se reunió en la iglesia, murmurando de las bulas, diciendo

que eran falsas y que el mismo alguacil lo había descubierto durante la disputa. De manera que, si ya tenían pocas ganas de comprarlas, con aquello las aborrecieron del todo.

El buldero se subió al púlpito⁹ y comenzó su sermón, animando a la gente a que no se quedara sin los bienes e indulgencias de la santa bula.

Estando en lo mejor del sermón, entró por la puerta de la iglesia el alguacil, hizo una breve oración de rodillas y a continuación se levantó y con voz alta y pausada comenzó a decir con muy buen juicio:

—Buenos hombres, oídme una palabra, y después oíd a quien queráis. Yo vine aquí con este echacuervo¹⁰ que os predica, el cual me engañó y dijo que le ayudase en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y ahora, al ver el daño que hago a mi conciencia y a vuestras haciendas, me arrepiento de lo hecho, y os declaro claramente que las bulas que predica son falsas, y que no le creáis ni las toméis. Desde este momento yo no tengo parte en ellas, *directe ni indirecte*,¹¹ y ahora mismo dejo la vara de mi autoridad y la tiro al suelo. Y si alguna vez este falsificador fuese castigado por su falsedad, vosotros seréis testigos de cómo yo no estoy con él ni le doy ayuda, antes al contrario, os desengaño y declaro su maldad.

Así acabó su razonamiento. Algunos hombres honrados que estaban allí habían querido levantarse y echar al alguacil de la iglesia, para evitar el escándalo. Pero mi amo se lo impidió y mandó a todos que no le molestasen, bajo pena de excomunió,¹²

⁹ *púlpito*: plataforma pequeña y elevada desde donde se predica en las iglesias.

¹⁰ *echacuervo*: charlatán, vendedor de productos a los que se atribuían poderes mágicos.

¹¹ Esto es, 'ni directa ni indirectamente'; es expresión latina.

¹² *excomulgar*: expulsar a alguien de la iglesia católica y del uso de los sacramentos.



y que le dejasen decir todo lo que quisiera. Y así, él también guardó silencio, mientras el alguacil decía todo lo anterior. Cuando calló, mi amo le preguntó si quería decir algo más. El alguacil añadió:

—Mucho más podría decir de vos y de vuestra falsedad, pero por ahora basta.

El señor buldero se hincó de rodillas en el púlpito, juntó las manos en oración y, mirando al cielo, dijo así:

—Señor Dios, a quien ninguna cosa se esconde, pues todo lo ve, y a quien nada es imposible, pues todo lo puede: Tú sabes la verdad y cuán injustamente soy ofendido. En lo que a mí toca, yo le perdono, para que Tú, Señor, me perdones. No mires a este hombre, que no sabe lo que hace ni lo que dice; pero te pido y

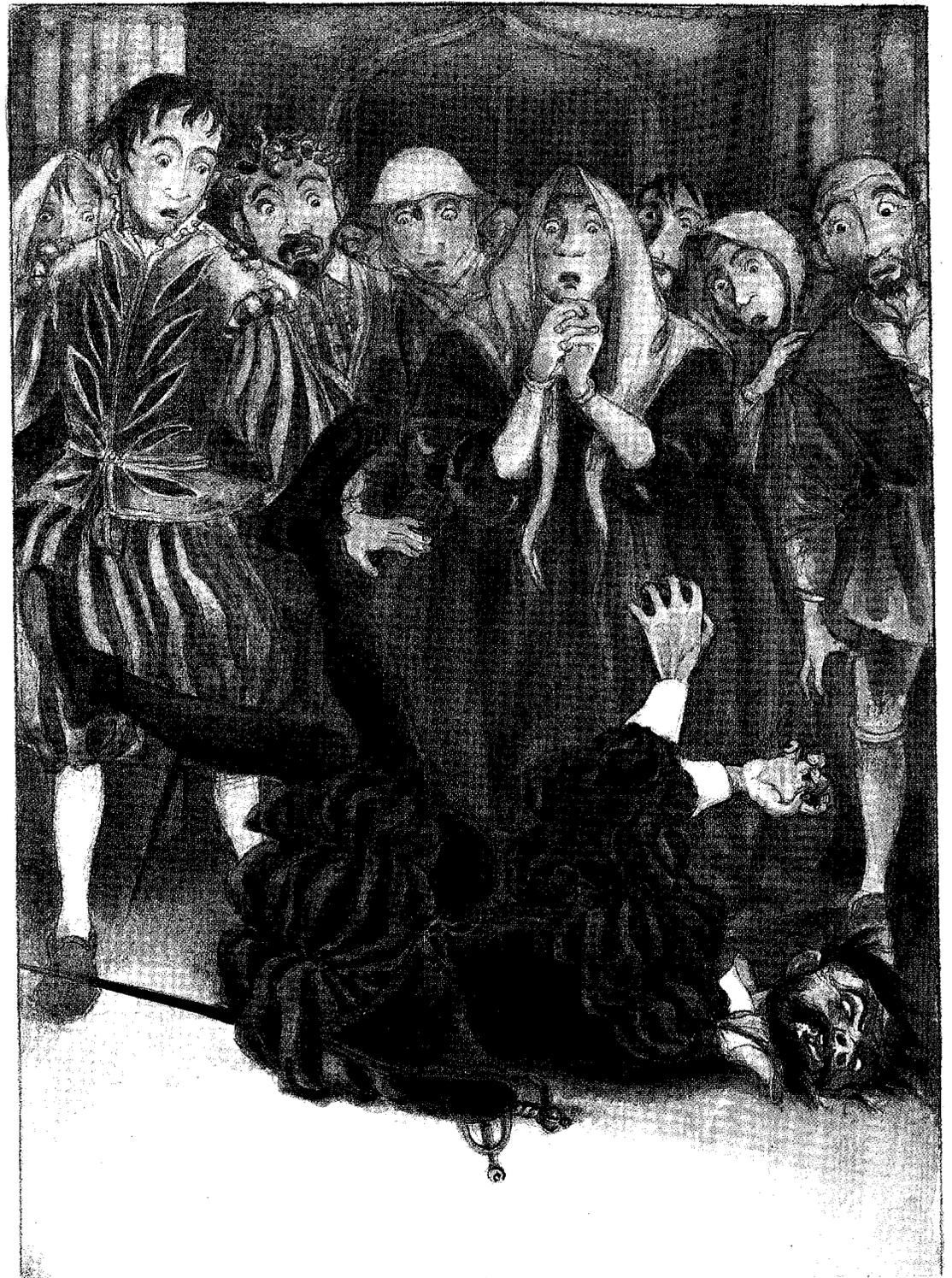
suplico que por justicia no tolere la injuria que Te ha hecho. Porque alguno de los presentes, que quizás había pensado tomar esta santa bula, puede dar crédito a las falsas palabras de este hombre y dejará de adquirirla. Y como es muy grande el perjuicio que hace, yo te suplico, Señor, que no lo disculpes, y que hagas aquí y ahora un milagro. Que sea de esta manera: si es verdad lo que él dice, que yo traigo maldad y falsedad, que este púlpito se hunda ahora conmigo y me sepulte bien hondo bajo tierra, donde quede enterrado vivo para siempre. Pero si es verdad lo que yo digo y este hombre dice una maldad porque el demonio lo ha persuadido para que prive a los que están presentes de tan gran bien, que sea castigado para que todos conozcan su malicia.

Apenas había acabado su oración mi devoto señor, cuando el negro alguacil cayó desmayado al suelo y se dio un golpe tan grande, que resonó en toda la iglesia, y al instante comenzó a bramar y a echar espumarajos por la boca, y a torcerla, haciendo muecas con la cara, y a agitar pies y manos, revolcándose en el suelo de una parte a otra.

El estruendo y las voces de la gente eran tan grandes, que no se oían unos a otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos decían: «El Señor le socorra y valga». Otros: «Bien se lo merece, por levantar tan falso testimonio».

Finalmente, unos cuantos se acercaron con no poco miedo al alguacil y lo trabaron de los brazos, con los que daba fuertes puñetazos a su alrededor. Otros le tiraron por las piernas y entre todos lo sujetaron fuertemente durante un buen rato, porque no había mula falsa¹³ en el mundo que soltase tan recias coces, pues eran más de quince los hombres que estaban sobre él y a todos

¹³ *mula falsa*: mula que tira muchas coces.



repartía manotazos y patadas, hasta en los hocicos, en cuanto se descuidaban un poco.

A todo esto, el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, con las manos juntas y los ojos puestos en el cielo, concentrado en su meditación sobre la esencia de Dios, pues ni el llanto, ni el ruido, ni las voces que había en la iglesia eran suficientes para apartarle de su divina contemplación.

Algunos buenos hombres se acercaron a él y lo despertaron a voces y le suplicaron que socorriese al pobre alguacil, porque se estaba muriendo, y que no tuviese en cuenta las cosas pasadas ni sus falsas acusaciones, pues ya estaba pagando por ellas. Y que si podía hacer algo para librarle del peligro y de los sufrimientos que padecía, que por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veían muy claro que el alguacil era el culpable y que él, en cambio, era bondadoso y decía la verdad, porque, gracias a su petición, el Señor no le alargó el castigo al alguacil.

El señor buldero, como quien despierta de un dulce sueño, los miró y miró al delincuente y a todos los que le rodeaban, y muy pausadamente les dijo:

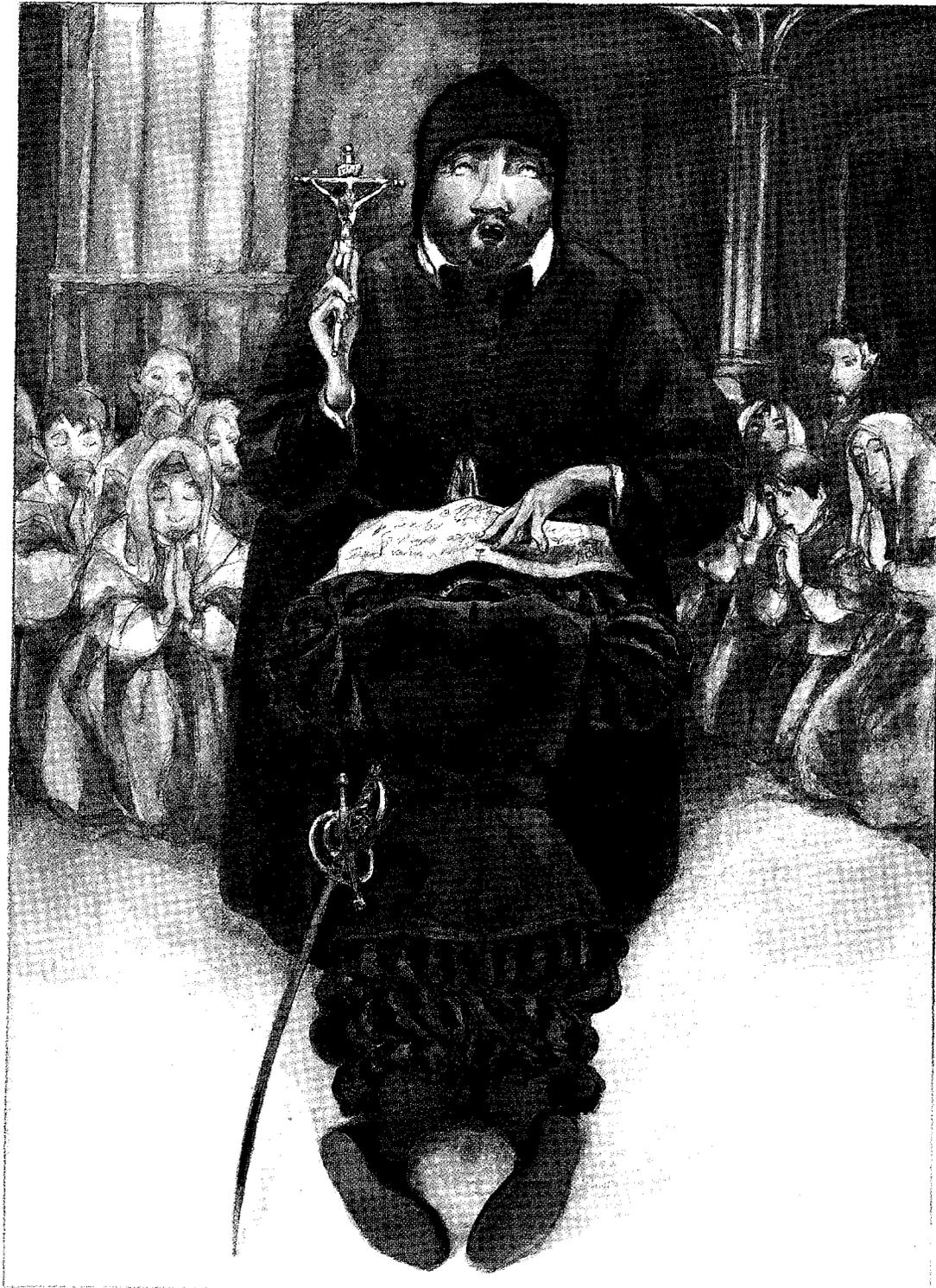
—Buenos hombres, vosotros nunca habrías de rogar por un hombre en quien Dios se ha manifestado con tanta claridad. Pero como Él nos manda perdonar las injurias y no devolver mal por mal, vamos todos a suplicarle que se haga su voluntad y que perdone a ese hombre, que le ha ofendido poniendo obstáculos a su santa fe.

Y, así, el buldero bajó del púlpito y pidió que suplicasen con mucha devoción a nuestro Señor que perdonase a aquel pecador, y que le devolviese la salud y su sano juicio, y que lanzase de él al demonio, si es que Su Majestad había permitido que entrase en él por su gran pecado.



Todos se hincaron de rodillas delante del altar y, con los clérigos, comenzaron a cantar una letanía¹⁴ en voz baja. Luego el señor mi amo se acercó al alguacil con una cruz y agua bendita, elevó al cielo las manos y los ojos, de los que sólo se veía lo blanco, y rezó una oración tan larga como devota, con la cual hizo llorar a toda la gente, como suele pasar en los sermones de Semana Santa. Y puesto que nuestro Señor no quiere la muerte del pecador, sino su vida y su arrepentimiento, le suplicaba que perdonase a aquel endemoniado casi moribundo, y le diese vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados.

¹⁴ *letanía*: rezo consistente en una serie de alabanzas a la Virgen.



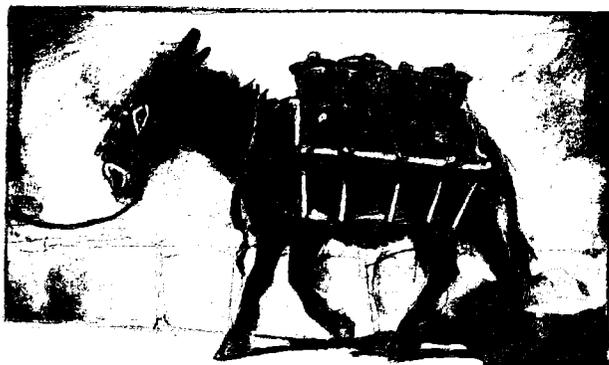
Hecho esto, mandó traer la bula y la puso sobre la cabeza del alguacil. Poco a poco el pecador del alguacil empezó a encontrarse mejor y a volver en sí. Y cuando se repuso del todo, se echó a los pies del señor buldero, le pidió perdón y confesó haber dicho aquello por boca y mandamiento del demonio: en parte para hacerle daño y vengarse de la ofensa, pero, sobre todo, porque el demonio recibía mucha pena por el bien que dispensaba la bula a los que la adquirían.

El señor mi amo perdonó al alguacil y entre ellos se restableció la antigua amistad. Y fue tanta la prisa por adquirir la bula, que en el pueblo casi no quedó alma viviente sin ella: marido y mujer, hijos e hijas, mozos y mozas.

Se divulgó la noticia de lo sucedido por los pueblos de la comarca y, cuando llegábamos a ellos, no era menester el sermón ni ir a la iglesia, porque venían a recoger la bula a la posada, como si fueran peras que se dieran de balde. De manera que en diez o doce lugares de aquellos alrededores el señor mi amo despachó otros tantos miles de bulas sin predicar ni un sermón.

Cuando se hizo aquella función en la iglesia, confieso mi pecado, yo también me espanté y lo creí todo, como otros muchos. Pero al ver luego las risas y burlas que mi amo y el alguacil se traían sobre el negocio que habían montado, comprendí que todo había sido maquinado por el astuto e ingenioso de mi amo. Y aunque yo era un muchacho, me cayó muy en gracia, y dije para mí: «¡Cuántos engaños deben de hacer estos burladores a la gente inocente!».

Con este mi quinto amo estuve casi cuatro meses, en los cuales pasé también bastantes penalidades.



Lázaro sirve a un capellán

Después de esto, encontré ocupación con un maestro de pintar panderos,¹ para mezclarle los colores, y también con él sufrí mil males.

Por este tiempo yo ya era buen mozalbete. Un día entré en la catedral y un capellán de ella me admitió a su servicio. Me dio un buen asno, cuatro cántaros y un látigo, y comencé a pregonar y vender agua por la ciudad.²

Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque el oficio me iba a pedir de boca. A mi amo le daba treinta maravedís diarios, y lo que ganaba de más y todo lo que recaudaba el sábado era para mí.

Me fue tan bien en el oficio que, al cabo de cuatro años que lo ejercí, y teniendo mucho cuidado de no malgastar el dinero, ahorraré para vestirme muy honradamente con ropa usada.³ Me com-

1 *pandero*: pandereta.

2 El oficio de aguador era uno de los más bajos y peor pagados de la época. Por otro lado, los clérigos que, como este capellán, explotaban un negocio, eran muy censurados por la doctrina cristiana.

3 La mayoría de la gente sencilla sólo podía comprar ropa usada. Sin embargo, Lázaro tarda nada menos que cuatro años en reunir dinero suficiente para adquirirla.



pré un jubón viejo de algodón y un sayo gastado, de manga trenzada y abierta por delante, y una capa que había tenido el pelillo rizado y levantado, y una espada de las más antiguas de Cuéllar.⁴ Desde el momento en que me vi en traje de hombre de bien, dije a mi amo que se quedase con su asno, que no quería seguir más en aquel oficio.

4 Cuéllar es una villa de Segovia donde había espaderos famosos.



De cómo Lázaro llegó a ser pregonero en Toledo

Me despedí del capellán, y entré a servir a la justicia como ayudante de un alguacil.¹ Pero viví muy poco con él, porque el oficio me pareció peligroso. Mayormente, porque una noche unos delincuentes nos corrieron a mí y a mi amo a pedradas y a palos. Yo salí huyendo, y no me alcanzaron, pero mi amo les plantó cara y ellos lo maltrataron. Por esto deshice el trato.

Pensando en cómo podría ganarme la vida con una ocupación estable, para tener descanso y ahorrar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en el camino provechoso. Y gracias al favor de algunos amigos y señores, logré lo que buscaba, un oficio real,² pues no hay mejor cargo. Con él encontré recompensa a todos los trabajos y penalidades que había pasado. Hasta el día de hoy vivo de él, y al servicio de Dios y de Vuestra Merced.

Y es que tengo el cargo de pregonar los vinos que se venden en la ciudad, así como anunciar las cosas perdidas y las subastas públicas, y acompañar a los que padecen persecución por la justicia

1 El ayudante del alguacil se encargaba de llevar a la cárcel a los delincuentes.

2 *oficio real*: cargo al servicio del rey o del ayuntamiento; funcionario.

y declarar a voces sus delitos. En fin, que soy pregonero,³ hablando claro.

Me ha ido tan bien, y yo he ejercido el cargo con tanta habilidad, que casi todas las cosas relacionadas con el oficio pasan por mi mano. Tanto es así que en toda la ciudad el que quiere vender vino u otra cosa piensa que no sacará ningún beneficio si no es Lázaro de Tormes quien lo pregonera.

En este tiempo, el señor arcipreste de San Salvador⁴ oyó hablar de mi habilidad de pregonero y de mi buen vivir, y me contrató para pregonar sus vinos. Este arcipreste, mi señor, y servidor y amigo de Vuestra Merced, procuró casarme con una criada suya.⁵ Yo vi que de tal persona no podía venirme más que bien y favor, y accedí a hacerlo. Y así me casé con ella, y hasta ahora no estoy arrepentido, porque, aparte de ser buena hija y una criada diligente y servicial, mi señor arcipreste me dispensa toda clase de favores y ayudas. A lo largo del año nos da casi cuatro fanegas⁶ de trigo, por las Pascuas nos regala carne y, de vez en cuando, un par de bollos, y cuando acaba el invierno me da las calzas viejas que deja.⁷ Y nos hizo alquilar una casita cercana a la suya. Los domingos y casi todas las fiestas comíamos en su casa.

Pero las malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir. Dicen no sé qué y sí sé qué, y que ven a mi mujer ir a hacer la cama⁸ a mi amo y a guisarle de comer. Y más vale que Dios les ayude, pues no dicen la verdad. Porque, además de que mi

3 El oficio de pregonero era muy mal visto, pero estaba bien retribuido.

4 *arcipreste*: el cura de mayor autoridad en una o varias parroquias.

5 En la época, no era infrecuente que un clérigo tuviera una amante y la casara con un criado para acallar los rumores de la gente.

6 *cuatro fanegas*: unos 45 kilos.

7 Los señores pagaban a sus criados no sólo con dinero, sino con alimentos y ropas usadas.

8 Además del sentido literal, *hacer la cama* significaba también 'acostarse con alguien'.

mujer no es de las que admiten esta clase de bromas, pienso que mi señor cumplirá lo prometido. Pues un día él me habló muy por extenso delante de ella y me dijo:

—Lázaro de Tormes, el que hace caso a chismorreos de malas lenguas nunca mejorará su fortuna. Digo esto, porque no me extrañaría que, viendo a tu mujer entrar en mi casa y salir de ella, te llegara algún rumor. Pero ella entra muy a tu honra y a la suya, y esto te lo aseguro. Por lo tanto, no mires a lo que puedan decir, sino a lo que te toca; quiero decir, a lo que te beneficia.

—Señor —le dije—, yo decidí arrimarme a los buenos. Es verdad que algunos de mis amigos me han dicho algo de eso. Y más de tres veces me han certificado que mi mujer había abortado tres veces antes de casarse conmigo. Y con todo respeto, porque está ella delante, dicen que estaba embarazada de Vuestra Merced.

En ese momento mi mujer empezó a soltar tales maldiciones que yo pensé que la casa se hundía con nosotros. Luego le dio por llorar y maldecir al que la había casado conmigo. Yo casi prefería estar muerto que haber dicho lo que dije de ella. Pero mi señor por un lado y yo por otro le dijimos tantas cosas y le concedimos tantas más, que cesó en su llanto. Yo le juré que nunca más en mi vida le mencionaría nada de aquello, y que me alegraba y tenía por bien que ella entrase y saliese, de noche o de día, en casa del arcipreste, pues estaba muy seguro de su bondad. Y así quedamos los tres muy conformes.

Hasta el día de hoy nunca nadie nos ha vuelto a oír discutir sobre el caso. Por el contrario, cuando alguno me va a decir algo de ella, le atajo⁹ y le digo:

⁹ *le atajo*: le corto.



—Mirad, si sois mi amigo, no me digáis nada que me disguste, porque no tengo por amigo al que me causa pesar. Y menos si me quiere meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que más quiero, y la amo más que a mí mismo, y Dios me hace con ella mil mercedes y más bien del que yo merezco. Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como cualquier otra que vive dentro de las murallas de Toledo. Y el que me diga otra cosa, se habrá de batir a muerte conmigo.

Así es que nadie me dice nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto pasó el mismo año que nuestro victorioso emperador¹⁰ entró en esta insigne ciudad de Toledo y tuvo en ella Cortes y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como Vuestra Merced habrá oído. En fin, que ahora estoy en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.



¹⁰ El emperador al que se refiere Lázaro es Carlos V.

ACTIVIDADES





1

GUÍA DE LECTURA

1.1 El protagonista del *Lazarillo de Tormes* le escribe a un señor para darle toda clase de explicaciones sobre un *caso* o asunto que, sin embargo, no concreta (p. 29). Y para que ese asunto se entienda mejor, Lázaro decide contar su vida, empezando por su **familia**.

a) ¿Cómo se llama el **padre**, qué oficio tiene y por qué razón es desterrado? (p. 30)

Al quedar viuda, la **madre** de Lázaro decide “arrimarse a los buenos para ser uno de ellos” (p. 31).

b) Sin embargo, ¿a quién se une Antona Pérez y qué fruto nace de esa relación? ¿Por qué motivo es castigado Zaide? (pp. 31-33)

Convertido ya en un mozuelo, Lázaro es entregado por su madre a un **ciego** para que le sirva de guía. A partir de ese momento, el pequeño Lázaro es abandonado a su suerte, como su propia madre le previene: “Válete por ti mismo”, le dice (p. 34). Y con su primer amo, el protagonista comienza un **duro proceso de aprendizaje** en la vida.

c) ¿Qué primera lección le enseña el ciego? (p. 34) ¿Con qué palabras reconoce Lázaro el valor de las enseñanzas de su primer amo? (p. 35)

Con lo que aprende de un maestro tan astuto como el ciego, y espoleado por el **hambre**, que le aviva el ingenio, el mozo consigue **engañar a su amo** y sobrevivir gracias a sus “buenas mañas”.

d) ¿Qué tres “trampas endiabladas” le hace al ciego para aumentar su escasa ración de comida y bebida? ¿Con cuál de ellas imita un comportamiento aprendido de su padre?

e) ¿Qué castigo recibe el mozo por la última de esas tretas? A partir de entonces, ¿en qué cambia su actitud respecto al ciego? (p. 42)

A lo largo de su relato, Lázaro no cesa de destacar “el grandísimo entendimiento” y la “**gran astucia**” del “**sagacísimo**” ciego.

f) ¿Qué dos anécdotas cuenta para demostrar el ingenio de su primer amo? (pp. 43-48)

g) ¿Por qué crees que, como protagonista y narrador del relato, a Lázaro puede interesarle poner de relieve las cualidades de su maestro y oponente?

Harto de soportar el maltrato a que lo somete el ciego, Lázaro decide vengarse de él.

h) ¿Qué trampa le tiende entonces? (pp. 50-52) ¿En qué se parece a la burla cruel que el ciego le hizo al niño apenas salieron de Salamanca? ¿Quién es ahora el burlador y quién el burlado?

1.2 En el segundo capítulo Lázaro pasa a servir a un **clérigo** en el que “toda la **tacañería** del mundo estaba encerrada” (p. 53), por lo que apenas da de comer al muchacho.

a) ¿Qué alimentos guarda el clérigo en casa? ¿Qué ración le corresponde a Lázaro? En cambio, ¿qué come el clérigo a diario? (p. 54) ¿Con qué “obsequia” los sábados a su criado? (p. 56)

El **hambre** es la causa de los conflictos de Lázaro con el ciego, pero el hambre que padece el muchacho al servicio del clérigo es tanta que se convierte en una verdadera obsesión.

b) ¿En cuántas ocasiones y con qué palabras dice Lázaro que se encuentra al borde de la **muerte**? (pp. 56-60) ¿Qué sucede cuando el mozo acompaña al clérigo a visitar a los moribundos? (pp. 57-58)

Si, en compañía del ciego, Lázaro recorre un pueblo tras otro, cuando sirve al clérigo la acción transcurre casi por entero en casa del sacerdote y se centra en los esfuerzos del muchacho por conseguir **pan del arcón**.

c) ¿Cuáles son las diferentes fases del combate que libran Lázaro y el clérigo, uno por hacerse con el pan del arcón, y el otro por defenderlo? ¿En qué acaba la pugna?

El narrador y protagonista del relato quiere demostrarnos que su vida está marcada por una serie de **experiencias** que van **forjando su carácter**, y, por otro lado, que con sus tres primeros amos **todo le va de mal en peor**. Por eso cuando entra a servir al clérigo **recuerda a menudo al ciego**.

d) ¿Qué enseñanza del ciego le sirve para que el clérigo lo acepte por criado? (p. 53) ¿Qué otra habilidad adquirida con el ciego le resulta muy útil para engañar al clérigo? (p. 71)

e) ¿Qué primera comparación establece Lázaro entre los dos primeros amos? (p. 53) ¿Con qué palabras nos da a entender que no ha hecho más que empeorar? (p. 60) ¿Por qué encuentra más dificultades para engañar al clérigo que al ciego? (pp. 56-57)

f) Por último, ¿qué le dice el clérigo a Lázaro al despedirlo? (p. 76)

1.3 En el capítulo tercero Lázaro llega a Toledo y, tras curar de su herida en la cabeza, se pone a servir a un **escudero** tan rematadamente pobre que no tiene siquiera para alimentarse.

a) Sin embargo, ¿qué le hace pensar al muchacho que ha dado justo con “la persona que necesitaba”? (pp. 77-80) ¿En qué momento se desengaña y con qué palabras expresa su decepción? (p. 82)

El escudero es un maestro en el **arte de fingir** y guardar las apariencias, pero Lázaro no actúa de modo muy diferente a su amo.

b) ¿En qué ocasiones miente el mozo al hidalgo? (pp. 80-84)

La **relación de Lázaro con el escudero** es muy distinta a la que tuvo el mozo con sus amos anteriores.

- c) Para empezar, ¿quién pasa más hambre ahora, el amo o el criado? Y sobre todo, ¿quién alimenta a quién y de qué modo sutil lo hace? ¿Se da cuenta Lázaro de lo desacostumbrado de esa situación? (p. 97) ¿De qué manera inusual acaba la relación entre ambos? (p. 112)

Lázaro califica al ciego de “avariento”, “mezquino”, “cruel”..., y del clérigo no tiene mejor opinión. Estos dos amos, además, lo maltratan.

- d) ¿Trata el escudero al muchacho del mismo modo que sus anteriores amos? ¿Qué decide hacer el hidalgo en cuanto consigue un real? (p. 101) ¿Qué siente Lázaro por su amo, y con qué palabras suele calificarlo? (pp. 93-94, 97-100)

Cuando Lázaro se dirige a la plaza para comprar pan, vino y carne, se encuentra con una procesión de clérigos y mujeres vestidas de luto que caminan tras un muerto al que llevan en andas.

- e) ¿Cómo reacciona el mozo al ver ese espectáculo? (pp. 102-104) ¿Qué reiteradas alusiones a las características de la casa del escudero justifican la reacción de Lázaro? (pp. 80, 82, 94 y 100-101) Sin embargo, y teniendo en cuenta la experiencia que el mozo vivió al servicio del clérigo (pp. 58-59), ¿son creíbles su alteración y su temor?

1.4 A partir del **capítulo cuatro**, el relato experimenta **dos cambios sustanciales**: en primer lugar, el protagonista deja de pasar hambre, con lo que el ansia de comer ya no es el móvil de todas sus acciones; en segundo lugar, el narrador no establece una clara relación entre las experiencias vividas con sus nuevos amos ni entre uno y otro amo, tal y como sucede en los tres primeros capítulos.

- a) Sin embargo, ¿qué tienen en común casi todos los amos a los que sirve Lázaro en los capítulos cuatro a siete?

El quinto amo del muchacho es un **buldero** muy “desenvuelto y desvergonzado” que “empleaba maneras muy astutas y muy sutiles engaños”. Desde el primer momento, pues, el narrador nos previene sobre la clave del episodio que va a contar.

- b) Cuando el buldero llega al pueblo, ¿qué hace para ganarse la voluntad de los clérigos y darles a entender que él es un sabio? (pp. 114-115)

- c) ¿En qué consiste la **farsa** que el alguacil y el buldero organizan en un pueblo para convencer a sus habitantes de que les compren bulas? Mientras los ve actuar, ¿cree Lázaro en la patraña de su amo y del alguacil? ¿Y el lector?

Tras pasar “bastantes penalidades” con el buldero y sufrir “mil males” con un maestro de pintar panderos, Lázaro ejerce de **aguador** al servicio de un capellán.

- d) ¿Por qué considera Lázaro que le “fue muy bien”? (pp. 126-127) ¿Por qué decide abandonar ese oficio y, cuatro años más tarde, el de ayudante de alguacil?

Al fin, Lázaro encuentra “recompensa a todos los trabajos y penalidades” al conseguir un oficio real, el de **pregonero**, y **casarse con la criada** del arcipreste de San Salvador.

- e) Al convertirse el protagonista en pregonero de vinos, ¿qué profecía del ciego se cumple? (p. 49)
- f) ¿Por qué razones decide Lázaro casarse con la criada del arcipreste? ¿Cómo la describe el protagonista? (p. 129) ¿Dice de ella que sea una buena esposa? Ante los rumores sobre la infidelidad de la mujer, ¿qué le recomienda el arcipreste a su criado? (p. 130)

Lázaro responde a su amo que él había tomado la determinación de “arriarse a los buenos” (p. 130).

- g) ¿Quién había empleado en su infancia la misma expresión, y en qué se había resuelto esa buena voluntad? (p. 31) ¿Podríamos decir que a Lázaro le ocurre algo parecido? ¿Por qué? No obstante, ¿en qué situación considera Lázaro que se encuentra al final del relato? (p. 132)



2

TEMAS Y PERSONAJES

2.1 Ya hemos visto que para lograr alimentarse y sobrevivir en la “carrera de la vida”, Lázaro ha de avivar el ingenio y aprender muchas cosas de sus amos. Pero de todas las enseñanzas que recibe, hay una que es clave para entender la situación deshonrosa en que se ve inmerso al final del relato: la lección de que una cosa es la **apariencia** y otra bien distinta la **realidad**. Casi todos los amos del muchacho son maestros en el **arte de fingir**, y Lázaro, alumno aventajado, sabrá ponerlo en práctica cuando le convenga.

El **ciego** se gana la vida rezando multitud de oraciones con las que pretende curar toda clase de males.

a) ¿Con qué actitud y entonación las reza? (p. 36) ¿Qué hace el ciego cuando el que le da una limosna se marcha? (p. 39)

En la «Guía de lectura» (1.1.f y g) hemos analizado el rasgo principal de este personaje: su extraordinaria **inteligencia**. Lázaro valora mucho ese don de su primer amo, pero se queja de su crueldad.

b) Sin embargo, ¿qué recuerdo guarda del ciego? (pp. 35, 53 y 56)

El **clérigo** ofrece una imagen de sí mismo que no se corresponde con su verdadero carácter. A su criado le dice que “los sacerdotes han de ser muy moderados en el comer y beber, y por esto yo no me excedo como otros”.

c) No obstante, ¿es así como él se comporta? (p. 57) ¿Qué le dice a Lázaro tras darle de comer huesos roídos? (p. 56) ¿Y cuando alguien se encuentra presente? (p. 54)

Como otros personajes de la obra, el clérigo se caracteriza por un solo rasgo: su desmesurada **tacañería**. Ese defecto del clérigo es descrito por el narrador con algunas pinceladas magistrales.

d) ¿Qué hace el sacerdote en el momento del ofertorio? (p. 57) ¿De dónde consigue clavos y tablillas para tapar el arcón agujereado? (p. 65)

De todos los amos de Lázaro, el **escudero** es sin duda el que se lleva la palma en el arte de aparentar lo que no es. En el apartado 1.3.a hemos visto cómo engaña al mozo con su buen aspecto y sus andares, propios de alguien resuelto y muy ocupado. Al igual que el clérigo, el hidalgo miente y se comporta como si no le faltaran recursos.

e) ¿Qué le dice a su criado cuando ambos llegan a casa? (p. 82) ¿Y a la hora de dormir? (pp. 85-86) ¿Y cuando manda al mozo a por agua? (p. 89)

f) ¿Con qué magníficos detalles nos pinta Lázaro la endiablada habilidad para aparentar del escudero? (pp. 84 y 100)

Como personaje perteneciente a la baja nobleza, el escudero actúa movido por su afán de mantener la **honra**, en que, según el hidalgo, “está hoy día todo el capital de los hombres de bien” (p. 105). Dado que en aquella época la honra se basaba en la opinión que los demás tenían de uno mismo, en el “qué dirán”, es comprensible que el arruinado escudero se muestre obsesionado por mantener las apariencias.

g) ¿Qué posesiones dice tener el escudero en su pueblo? (pp. 106-107) ¿Por qué razón ha abandonado su tierra? (pp. 104-105)

h) ¿Qué opina Lázaro de los que se ven obligados a mantener su honra de ese modo? (p. 89) ¿Quiénes son, pues, las verdaderas víctimas de aquella idea del honor?

A través de las palabras del mozo y del propio escudero, el narrador **critica a la nobleza** de la época.

i) Según el escudero, ¿cómo se comportan los nobles con sus criados? (p. 107) ¿Por qué el hidalgo considera que él sería un “mayordomo perfecto” para los señores de título? (pp. 107-108) ¿Qué valores morales se desprenden de sus palabras?

El **buldero** es también un terrible **embaucador** que habla a los clérigos incultos en un supuesto latín que desconoce y que monta una ingeniosa farsa para engañar al pueblo.

j) ¿Qué comentario suscita en Lázaro el comportamiento de su amo y del alguacil? (p. 125)

Aleccionado por el desafortunado ejemplo de tantos amos expertos en mentir y en aparentar lo que no son, Lázaro acaba actuando al igual que ellos. Por eso el “primer escalón para alcanzar buena vida” es para él vestirse “en traje de hombre de bien” (p. 127), aunque ese traje no sea más que ropa vieja y usada. Con el estómago lleno gracias a su nuevo oficio de pregonero y a los muchos “favores y ayudas” del **arcipreste**, Lázaro no se opondrá a casarse con la amante de su amo.

k) ¿Pero qué ficción se ve obligado a representar, qué deshonrada honra habrá de mantener?

Ya adulto, Lázaro ha aprendido que la realidad ofrece cuando menos dos caras y que todo en la vida depende de la perspectiva con que se contemple. Aventajado discípulo de farsantes, Lázaro se convierte en un **maestro de la ambigüedad**, y de ahí que tienda a describir a personas y cosas con términos contrarios: el ciego será para él su “nuevo y viejo amo”, el jarro de vino con que su amo lo golpea será “dulce y amargo”, el vino que le roba al ciego “le enferma” (pues motiva el jarrazo) pero también “le sana y da salud” (pues con él lo cura el amo)... Hasta su propio nombre es un disfraz.

l) Porque, ¿cómo se llama en realidad el personaje? (p. 30)

2.2 La ambigüedad que recorre todo el relato de Lázaro afecta también a la visión que ofrece sobre la **moral de la sociedad**. Hemos comprobado que la madre del protagonista decide “arrimarse a los buenos” y acaba uniéndose a un hombre “moreno” y muy humilde que roba en las caballerizas, de manera que las palabras de Lázaro parecen irónicas.

a) Sin embargo, ¿por qué roba Zaide? ¿Es entonces “malo”? Zaide es castigado, ¿pero son también castigados los clérigos y frailes que roban a los pobres? (p. 32) ¿Quién es “bueno” y quién es “malo” en el *Lazarillo*?

La mayoría de los amos de Lázaro pertenece a la **Iglesia**, pero ninguno de ellos muestra un comportamiento como el que se esperaría de un religioso. La crítica a la conducta poco edificante del clero era un tópico frecuente desde la Edad Media, pero a los inquisidores les debió parecer que el autor del *Lazarillo* se había excedido, pues en 1559 el libro fue prohibido.

b) ¿Qué vicios denuncia Lázaro en cada uno de los cinco amos que pertenecen al clero? ¿En alguno de ellos se aprecia una auténtica devoción religiosa, como la que propugnaba Erasmo en la época? (Consulta la p. 21 de la «Introducción»). En la obra, ¿salen los eclesiásticos mejor o peor parados que el ciego o el escudero?

2.3 Por su consustancial ambigüedad, el *Lazarillo* es un libro complejo pero de un **humor desternillante** que desde el primer momento causó las delicias de toda clase de lectores. Buena parte de las situaciones risibles son de un **humor negro** basado en la violencia, como el episodio de la “calabazada” contra el toro de piedra (p. 34).

a) ¿Qué otros episodios de la novela recurren a un humor semejante?

El episodio de la longaniza (pp. 46-48) es también violento, pero contiene además algunos detalles desagradables que, sin embargo, resultan divertidos.

b) ¿En qué consiste la gracia de ese episodio? Repara en cómo el ciego es ridiculizado, así como en el uso constante de comparaciones e hipérbolos con valor humorístico.

c) ¿Qué otras situaciones de la novela te resultan divertidas? ¿En qué consiste el humor en esos casos?